Teotihuacan

Eduardo Matos Moctezuma

FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS
SERIE CIUDADES

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA

TEOTIHUACAN

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
EL COLEGIO DE MÉXICO
FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS

Primera edición, 2009

Matos Moctezuma, Eduardo
Teotihuacan / Eduardo Matos Moctezuma. – México : FCE, COLMEX, FHA, 2009
153 p. : ilus. ; 21 × 14 cm – (Colec. Historia-Fideicomiso Historia de las Américas. Ser. Ciudades)
ISBN 978-607-16-0082-0

1. México – Historia – Prehispánico I. Ser. II. t.

LCF1219 Dewey 972.018 M337t

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
FILOSOFIA Y LETRAS

Distribución mundial

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar
Guardas: Dibujo basado en René Millon, *De Teotihuacan Map*, University of Texas, Austin, 1973

D. R. © 2009, Fideicomiso Historia de las Américas
D. R. © 2009, El Colegio de México
Camino al Ajusco, 20; 10740, México, D. F.

BY NC SA

D. R. © 2009, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738, México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001: 2000

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672 Fax (55) 5227-4694

ISBN 978-607-16-0082-0

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Índice

Presentación 9
Introducción 11

I. *¿Por qué surgieron las ciudades antiguas?* 13
Una discusión que no termina 13
El caso de Mesoamérica 17

II. *Antecedentes de Teotihuacan* 24
El valle de México y sus alrededores 24
Surgimiento y destrucción de Cuicuilco 26
Primeros asentamientos en Teotihuacan 29
La hipótesis de las áreas verdes 32

III. *Desarrollo de la ciudad* 35
Teotihuacan en las fuentes históricas 35
Fase Tzacualli (1-150 d.C.) 39
Fase Miccaotli (150-250 d.C.) 43
Fase Tlamimilolpa (250-450 d.C.) 54
Fase Xolalpan (450-650 d.C.) 59
Fase Metepec (650-750 d.C.) 63
Fase Oxtotípac (750-850 d.C.) 64

IV. *Economía y organización social* 69
El Estado teotihuacano 69
Población y territorio 71
Economía, estamentos, división del trabajo y gobierno 79

V. *Religión y cosmovisión* 99
Estructura del universo y orientación de la ciudad . . 99

Los dioses 102
Sacerdotes y ceremonias 106

VI. *Las manifestaciones artísticas* 111
Arquitectura 111
Pintura 118
Escultura 123
Cerámica 125
Otras expresiones artísticas 126

VII. *Las prácticas funerarias* 127

VIII. *La decadencia* 138
Hipótesis acerca de la caída de Teotihuacan 138
Otra opción 142

Epílogo 145
Bibliografía 147
Créditos de figuras y láminas 153

Presentación

El fideicomiso historia de las Américas de El Colegio de México cumplió en 2009 dieciséis años de presentar proyectos de investigación y divulgación de alto nivel, accesibles al estudiante y al gran publico. A la fecha hemos publicado en coedición con el Fondo de Cultura Económica cerca de ochenta estudios originales, merecedores de varias reimpresiones, traducciones y aun de premios.

Iniciamos la Serie Ciudades —con la generosa colaboración del doctor Eduardo Matos Moctezuma— porque pensamos que la historia de México no se comprende sin el conocimiento del mundo prehispánico. Elegimos la ciudad como unidad de estudio porque arroja luz en torno al desenvolvimiento y función de las urbes prehispánicas con respecto tanto a su territorio como a otras urbes mesoamericanas.

La ciudad es la expresión evidente de sociedades complejas que llegaron a reunir a miles y miles de personas en un determinado espacio. En ella se asentaban los poderes y se manifestaban la división social y las relaciones que establecían sus habitantes, además de que en su distribución interna se incluían espacios específicos de gobierno, de administración, habitacional, de intercambio, religioso, de vialidad, defensivo.

Desentrañar en lo posible la compleja función de las ciudades como centros religiosos, cabezas de reinos, centros de acopio y tránsito y goznes de grandes redes comunicantes y complementarias con jurisdicción sobre pobladores y amplios territorios es uno de los objetivos de esta serie.

Las urbes seleccionadas poseen diferentes características, determinadas por su lugar de asentamiento: Tenochtitlan es una ciudad lacustre; Teotihuacan se encuentra en medio de un pequeño

valle; Monte Albán está en lo alto de cerros cuyas laderas fueron aprovechadas intensivamente; Palenque nace en la selva, Paquimé en el árido norte, el Tajín en los trópicos, vecina al mar; Xochicalco, sobre el cerro, vigila el valle y el cruce de caminos de abasto de las ciudades del valle de México; Tikal y Calakmul se yerguen como ciudades-estado en los extremos del mundo maya; Chichén Itzá en planicies calcáreas, y Tula, en las goteras del valle de México.

Confiamos en que el lector recibirá este nuevo libro, *Teotihuacan,* el cuarto de la serie, con el mismo entusiasmo que los anteriores.

Alicia Hernández Chávez
Fundadora y presidenta del Fideicomiso
Historia de las América

Eduardo Matos Moctezuma
Instituto Nacional de Antropolgía e Historia

Introducción

En los inicios de nuestra era ocurrió un fenómeno singular: el surgimiento de la primera ciudad en el centro de México que se convirtió en la urbe más grande y desarrollada en Mesoamérica: Teotihuacan. ¿Cuáles fueron los factores que influyeron para que esto sucediera? ¿Cuáles sus antecedentes y características? ¿Cómo creció en el transcurso de los siglos? ¿Qué causas provocaron su abandono? En las siguientes páginas trataremos de despejar, en la medida de lo posible, todas estas dudas.

No hay duda de que Teotihuacan tuvo una enorme importancia durante el llamado Clásico del Centro de México (1-750 d.C.), periodo en el que vemos su influencia y presencia en diversas regiones mesoamericanas, y en el que convivió con ciudades como Cholula (Puebla), Monte Albán (Oaxaca), Matacapan (Veracruz), Palenque (Chiapas), Kaminaljuyú, Tikal y Uaxactún, en Guatemala, Copán, en Honduras, y muchas otras más que destacaron durante el Clásico mesoamericano. En Teotihuacan se dio toda una serie de características culturales que luego tomaron carta de naturalización en las sociedades que surgieron posteriormente en la región central de México. En efecto, a partir de entonces se consideró como lugar de mitos. Lejos de quedar en el olvido y de perder su antiguo esplendor, Teotihuacan se irguió como ciudad sagrada.

Los pueblos que llegaron a asentarse en el valle de México después de 750 d.C. vieron esparcidos aquí y allá restos de esculturas y cerámica; adivinaron que debajo de los montículos de tierra existían edificios y calzadas; pero no sabían quién los había construido. Entonces los atribuyeron a los dioses. El mismo nombre de la ciudad así lo refiere: "lugar donde nacen los dioses". El topónimo surge cuando esos pueblos deciden que fue en Teotihuacan donde se convocó a los dioses para crear el Quinto Sol y, por ende, al

hombre. Envuelta en mitos arcanos, la ciudad vuelve a cobrar vida como obra de los dioses.

Y ahí no para el asunto. En ella está presente toda una serie de aspectos que tendrían enorme influencia en los pueblos posteriores. Su traza toma en cuenta el movimiento solar y se divide en cuatro parcialidades, con un centro fundamental, que ocupa a su vez el centro del cosmos. Algunos edificios, como la Pirámide del Sol y el Templo de la Serpiente Emplumada en la Ciudadela, se transformaron en montañas sagradas y fueron el centro de la comunidad. La ciudad representa la idea que esos pueblos tenían del cosmos, y que es posible identificar también en ciudades como Tula y Tenochtitlan, que tuvieron enorme importancia en Mesoamérica.

Lugar del sacrificio de los dioses, también lo fue de los hombres. De la realidad se pasó al mito, y éste a su vez se convirtió en verdad para los pueblos que lo hicieron suyo.

I. ¿Por qué surgieron las ciudades antiguas?

Una discusión que no termina

Uno de los interrogantes que la arqueología no ha podido resolver del todo es la razón por la cual surgen las ciudades en la antigüedad. Muchos son los investigadores que han dedicado no pocas horas de estudio para tratar de encontrar respuesta a este apasionante tema. La incógnita ha permitido, desde luego, que existan diversos planteamientos acerca de la presencia de la urbe en las sociedades antiguas, lo que algunos consideran como elemento indispensable para el surgimiento de la civilización. Se cuenta con datos que nos hablan de la presencia de grandes conglomerados humanos desde varios milenios antes de nuestra era. Tal es el caso de Egipto, en África, y de las civilizaciones que nacieron entre el Tigris y el Éufrates en lo que hoy es Irak. En la India es posible rastrear la huella de importantes ciudades, y en China surgieron diversos centros que en poco tiempo se hicieron del control de regiones aun remotas. En la zona andina también se dio este fenómeno y otro tanto sucedió en Mesoamérica.

A todas estas urbes podemos considerarlas como parte del proceso de desarrollo de las sociedades que les dieron origen. Sin embargo, no tenemos una respuesta que, sin lugar a dudas, aclare la pregunta de por qué surgen las ciudades. Conocemos algunas de sus características, pero desconocemos del todo las causas que expliquen su surgimiento. Es innegable que la presencia de ciudades corresponde a un cambio cualitativo dentro del proceso del desarrollo humano. Los intentos por entender este fenómeno han dado paso a varios planteamientos desde diferentes perspectivas. Aquí sólo haremos mención de aquellos que consideramos más importantes. Así, tenemos la propuesta de Karl Wittfogel, quien, inspirado

en ideas marxistas que después fueron depurándose, desde la década de 1920 planteó lo que conocemos como hipótesis hidráulica, basada fundamentalmente en el control del agua y la utilización de grandes sistemas de regadío por parte de burocracias poderosas enmarcadas en el despotismo oriental, como las de la antigua China, Egipto y Mesopotamia. Gordon Childe, por su parte, planteó tres etapas, que denominó revolución neolítica, revolución urbana y revolución industrial. Concebía el concepto *revolución* no como una catástrofe, sino como parte de un proceso en el que diversos aspectos contribuyeron a los cambios cualitativos que transformaron el proceso evolutivo, en especial la población y la tecnología. En el caso de la revolución urbana en el Medio Oriente, y en relación particularmente con el surgimiento de la ciudad, anotaba varios factores que la caracterizaban: *a)* mayor tamaño y densidad del asentamiento; *b)* existencia de una clase gobernante; *c)* presencia de especialistas de tiempo completo; *d)* organización estatal basada en la residencia; *e)* sistemas de intercambio a larga distancia; *f)* concentración de los excedentes; *g)* sistemas de escritura y de notación numérica; *h)* ciencias exactas y predictivas; *i)* arte figurativo; *j)* arquitectura pública monumental.

Las ideas de Childe tuvieron gran influencia entre muchos estudiosos, quienes adaptaron sus planteamientos para aplicarlos en otras regiones. Pero no todo encajaba perfectamente. Algunas ciudades no presentaban todos esos rasgos y, sin embargo, estaban allí. Nuevas excavaciones arqueológicas en diferentes partes del mundo aportaron mayor información acerca del tema. Otros autores contribuyeron a tratar de dilucidar el surgimiento de las ciudades, como Paul Wheatley para el caso China, o Robert Adams para Mesopotamia y la América antigua, especialmente esta última, que no había sido considerada por Childe en su análisis de la revolución urbana. Mesoamérica y los Andes venían a sumarse a la discusión. Esta preocupación llevó a estudiosos como Sergio Staino y José Canziani a tratar sobre el asunto en la región andina, donde veían la importancia del sacerdote en los primeros asentamientos después de la disgregación del sistema económico del comunismo

primitivo y la formación de clases sociales, que ven claramente definida en la cultura Moche.[1] Por otra parte, el mismo Adams, Julian Steward, Gordon Willey, Pedro Armillas, William Sanders, Barbara Price y más recientemente Linda Manzanilla y Walburga Wiesheu, entre otros, han enfocado el tema en la cultura mesoamericana comparándolo con los casos de otras regiones del mundo o estudiándolo desde una perspectiva interna. De ahí han derivado diversas concepciones, como la que define de manera distinta una ciudad como Teotihuacan respecto de, por ejemplo, algunos centros mayas, clasificando la primera como un asentamiento urbano concentrado, y a los segundos como centros urbanos dispersos, categoría esta última por la que se inclinaba Willey, quien llegó incluso a clasificar civilizaciones con ciudades y sin ciudades.

También se discutió la existencia del Estado como institución administrativa de la ciudad y si éste se hallaba siempre como parte inherente de ella. Todo ello nos habla acerca de las ciudades y de lo que se considera como tal. Un análisis de toda esta problemática y de las distintas posiciones al respecto se pueden consultar en el trabajo de Wiesheu que trata críticamente sobre el tema de la transformación urbana,[2] o en el amplio estudio que sobre la teoría antropológica ha elaborado Marvin Harris.[3]

En los últimos tiempos se ha pasado de un planteamiento económico-tecnológico como el que sustentaban algunos de esos autores a una propuesta totalmente contraria: el papel que desempeñaron los aspectos religiosos, superestructurales, en el surgimiento de las ciudades. Ya Paul Wheatley había señalado el papel relevante que tiene la religión como núcleo aglutinador, dando paso a la ciudad. Por su parte, investigadores como Emmanuel Terray habían anotado que dentro de algunas sociedades antiguas prevalecía la

[1] Sergio Staino y José Canziani, *Los orígenes de la ciudad*, Ediciones INDEA, Lima, 1984.

[2] Walburga Wiesheu, *Religión y política en la transformación urbana*, INAH, México, 2002 (Serie Científica, 446).

[3] Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica*, Siglo XXI Editores, México, 1994.

dominación de la superestructura política e ideológica en la producción.[4] Estas últimas posiciones son las que se han planteado para Mesoamérica; así, algunas investigaciones destacan la relevancia del templo y de un grupo sacerdotal como base para el surgimiento pleno de la ciudad. Por mi parte, ya había comentado algo sobre el particular al plantear, en 1979, que el Estado se conforma desde el momento en que un grupo empieza a separarse dentro del todo social y establece los aparatos ideológicos y represivos que irá afinando y que lo ayudarán a mantener su estatus dentro de la sociedad. Este Estado reviste dos características: por un lado controla todos los aspectos internos de la sociedad, como la economía, la educación, el gobierno, la justicia, las manifestaciones estéticas, etc., mediante sus propios aparatos coercitivos e ideológicos. Por otro, cuando ese Estado rebasa sus propios límites territoriales e invade los de otros Estados o poblaciones, nos encontramos ante un Estado imperialista, como muy probablemente fue el caso de Teotihuacan y las subsecuentes sociedades del centro de México, como toltecas y aztecas.[5] Acerca de esto hemos dicho:

> Mucho se ha hablado de sociedades teocráticas primero y militaristas después. Nosotros pensamos que no se deben entender estos términos de manera absoluta, ya que actualmente se robustece más la idea de que ambos aspectos están íntimamente ligados y se fueron desarrollando conjuntamente [...] Para el caso de Teotihuacan, considerada para algunos autores como sociedad teocrática, y no militarista, en realidad tenemos que existe toda una serie de evidencias que permiten pensar de manera diferente.[6]

[4] Emmanuel Terray, *El marxismo ante las sociedades primitivas*, Losada, Buenos Aires, 1971.

[5] La Sociedad Mexicana de Antropología realizó un debate sobre los imperios prehispánicos en Mesoamérica, en el que participaron ponentes como Alfonso Caso, Pedro Bosch Gimpera, Ignacio Bernal, John Paddock y otros, cuyos resultados pueden consultarse en la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XX, México, 1966.

[6] Eduardo Matos Moctezuma, "Notas sobre el proceso de desarrollo en el centro de México", *Nueva Antropología*, núm. 12, México, 1979, pp. 93-110.

Así las cosas, aunque se continúa investigando y aportando nuevas ideas al problema, la verdad es que no se ha podido establecer algo definitivo. Ante el riesgo de ser considerado ecléctico, creo que hay que tomar en consideración las características de las ciudades según la región y el medio en que se desarrollan, sus características de organización social y su desarrollo tecnológico, además de las creencias y la cosmovisión de sus habitantes, ya que todo ello puede tener un papel decisivo en su desarrollo. Quizá en algunas regiones un aspecto pesó más que otro, pero lo que no podemos hacer es afirmar categóricamente que una ciudad surge si una sociedad cumple con ciertos rasgos específicos. Quedó demostrado en el pasado que esto no opera así. También considero arriesgado descartar del todo la hipótesis hidráulica, pues la tecnología agraria, al igual que otros factores como la religión y la organización social, incidió de manera importante en las formas de desarrollo que condujeron al surgimiento de las ciudades. Así, en algunas regiones, el factor preponderante pudo haber sido el religioso, entre otros. La construcción de estructuras monumentales de carácter religioso, que muestran la importancia sacerdotal, no puede dejar de lado la posible y también importante presencia civil dentro de los sistemas de gobierno. En pocas palabras, considero que no se puede hablar de una sola causa en el surgimiento de la urbe, sino que, de acuerdo con los datos hasta ahora conocidos, son diversas las circunstancias que hicieron factible la presencia de las ciudades.

El caso de Mesoamérica

Aunque cronológicamente más tardíos que los de África y Asia, los centros urbanos están presentes en las diversas regiones mesoamericanas. Y aquí es necesario referirnos y hacer hincapié en características distintivas de las primeras ciudades mesoamericanas: surgen de su propio desarrollo, son autóctonas y en su planteamiento no hubo influencias externas. Esto les da un carácter singular y nos permite ver de entrada que mientras que en otras regiones la pre-

sencia de grandes corrientes fluviales pudo ser uno de los factores importantes para el desarrollo de las ciudades, en el altiplano no tenemos vestigios de la existencia de grandes obras hidráulicas aplicadas a la agricultura, si bien se tiene cierta información acerca de la tecnología agrícola para el centro de México, expresada a través de lo que denominamos desde 1965 "hipótesis de las áreas verdes", que veremos más adelante. Hay que buscar, por tanto, otras explicaciones.

Desde luego contamos con ciertos antecedentes; por ejemplo, antes de que surja la ciudad, existen los llamados "centros ceremoniales", que se distinguen por sus características semiurbanas, lo que nos lleva de inmediato a atender un problema de difícil solución: la existencia de un Estado incipiente, como entidad superior, con el control económico, político, social y religioso. Debemos tomar en consideración varios factores, entre los que destacan la complejidad social y las relaciones dentro de esas sociedades, el medio ambiente y la religión. Como se ve, el asunto es complejo, por lo que empezaremos por analizar algunas referencias, como la cronología aceptada para Mesoamérica, lo que nos permitirá conocer el proceso de desarrollo en esta gran superárea y las diferentes etapas que la caracterizaron, concretamente en el centro de México, que dio como resultado final la presencia de una urbe como Teotihuacan.

Cuando los primeros pobladores atravesaron el Estrecho de Behring, hace aproximadamente 30 000 años, penetraron en los vastos territorios del nuevo continente y se fueron adaptando a un medio con características muy diversas, desde grandes desiertos hasta selvas tropicales, desde zonas lacustres hasta litorales ricos en productos marítimos; en fin, la biodiversidad era tan rica que permitió al hombre aprovechar esos recursos en su propio beneficio.

Estos primeros grupos tenían una organización social comunal; dedicados a la cacería de animales pequeños y de la megafauna existente, debieron de desarrollar todo su ingenio para fabricar utensilios, trampas y estrategias para la captura de los animales. La

recolección de plantas silvestres y la pesca en ríos y litorales fueron actividades complementarias de la caza. El conocimiento del movimiento de las manadas de animales según el cambio de las estaciones durante el año les permitió organizarse de manera tal que pudieron aprovechar mejor sus recursos e inventiva. De habitar en cuevas y abrigos rocosos, pasaron a construir campamentos temporales para estar cerca de las manadas, acecharlas y poder cazar. La observación del crecimiento de las plantas, por otro lado, les permitió relacionar la temporada de lluvias con el desarrollo de éstas y saber cuál era la mejor época para la recolección.

Mucho tiempo debió de pasar para que aquellos primeros grupos de cazadores-recolectores-pescadores empezaran poco a poco a asentarse en lugares permanentes. Hubo un factor determinante para que esto ocurriera: el descubrimiento de la agricultura. Fue tal el impacto que produjo, que las primitivas sociedades sufrieron un cambio cualitativo en todos sus órdenes. En efecto, datos provenientes del área de Tehuacán, Puebla, de la sierra de Tamaulipas, de los valles centrales de Oaxaca, de Chiapas y del Estado de México apuntan una antigüedad de entre 8 000 y 4 000 años antes de nuestra era a los primeros cultivos. Plantas como aguacate, maíz, frijol, calabaza, chile y amaranto comenzaron a domesticarse y a tener un lugar cada vez más preponderante en la dieta del hombre. Al mismo tiempo, empezaron a establecerse las primeras aldeas, formadas por unas cuantas familias que elegían lugares cercanos a los ríos para aprovechar el agua y practicar la agricultura. Todo esto va a traer aparejada una serie de cambios en la aldea y en relación de ésta con otros grupos. Surgieron nuevas formas de organización social en las que empiezan a destacar los lazos de parentesco y en la que el estatus desempeña un importante papel. Así fue como el chamán o brujo, a quien se cree poseedor de ciertos poderes, llega a adquirir una presencia significativa dentro del grupo. Lo mismo ocurrió con quienes dirigían la comunidad.

En relación con la división del trabajo, éste se distribuía por actividad, según lo muestran datos encontrados en el campamento Gheo Shih en Oaxaca, ubicado cronológicamente entre los años

4000 y 3500 a.C., donde se halló una área de instrumentos de moler y otra para puntas y raspadores de piedra, además de una posible área para actos rituales. En Tehuacán se encontraron casas semisubterráneas de forma oval, con postes de madera para sostener el techo, construidas hacia 3400-2300 a.C. Por otro lado, en Zohapilco, Estado de México, se ha localizado un sitio cuya primera fase se ubica entre 5500 y 3500 a.C., que muestra restos de trampas para cacería, coas e instrumentos de basalto, obsidiana y andesita. Resulta significativa la creación de nuevos utensilios para la práctica agrícola, como la coa o el bastón sembrador hecho de madera.

Posteriormente, hacia el segundo milenio antes de nuestra era, el hombre observó cómo el barro se endurecía por la acción del fuego, y surgió entonces la producción de cerámica, lo que llevó a la elaboración de vasijas con una función utilitaria inmediata, entre otras, la de almacenar granos y agua. A esto se une la aparición de figurillas de barro con diversos motivos, entre los que hay que destacar mujeres desnudas, que se han relacionado con la fertilidad. También ocurrió entonces algo muy importante: la tierra, el agua y la semilla fueron deificados; surgieron los dioses, estrechamente relacionados con los elementos que permitían la subsistencia de la comunidad. Un aspecto importante a señalar, y que se vincula con el surgimiento de aldeas permanentes, es el establecimiento de límites más o menos definidos de las tierras que les pertenecían, lo que conforma una idea de propiedad comunal de la tierra, lo que debió de traer aparejados conflictos con otras comunidades por la necesidad de poseer más espacio para el cultivo, y daría paso a dos categorías fundamentales de análisis: población y territorio. Todo lo anterior son antecedentes importantes para el establecimiento posterior de un Estado rector, cuyo entorno social se encontraba bajo su control.

Quiero destacar aquí la presencia de ciertas figuras dentro de estas comunidades igualitarias: los dirigentes y a quienes se les considera poseedores de poderes sobrenaturales, como el chamán. De ellos ya he mencionado:

De esta manera estamos ante dos de las figuras que más adelante van a tener una importancia fundamental para el surgimiento de las ciudades: el primero será quien poco a poco tenga el control civil y el segundo el control religioso. Dicho en otras palabras, empiezan a ser poseedores del poder terrenal y del poder divino.[7]

Cabe señalar cómo en sociedades urbanas muy tardías, como la de los mexicas o aztecas, ambos poderes estaban concentrados en una sola persona: el *tlatoani*. Éste revestía características de gran sacerdote, máximo gobernante y capitán de los ejércitos; la palabra *tlatoani* significa "el que habla, el que tiene el poder de la palabra". Con esto todo está dicho.

El área que hoy conocemos como Mesoamérica tuvo sus orígenes en las primeras sociedades que muestran rasgos de una marcada estratificación social y en los comienzos de un incipiente urbanismo en el que el templo guardaba una importancia manifiesta. El sacerdote comenzó a monopolizar el conocimiento acerca de los cambios climáticos y el movimiento de los astros, de donde surgió la creación del calendario, tan necesario para una sociedad agrícola. El sacerdote se convirtió en intermediario entre el pueblo y los dioses; éstos otorgaban dones a los hombres después de que aquél realizaba determinados rituales. Los dirigentes, por su parte, controlaban el poder civil, surgiendo entonces los primeros militares. En pocas palabras, el Estado apareció a la par de los aparatos ideológicos y coercitivos. Todo ello resultará en nuevas formas de organización social, económica, política y religiosa.

La economía descansaba principalmente en la agricultura y en la conquista militar. La sociedad se dividía en estamentos, en los que un amplio grupo estaba formado por productores —como alfareros, lapidarios, albañiles, etc.— y campesinos, en tanto que otro consolidaba la élite gobernante, que ejercía el poder civil y religioso. Un nuevo cambio cualitativo estaría presente en el desa-

[7] Véase mi artículo "El México prehispánico", en *Enciclopedia Temática Universal: Más actual, siglo XXI*, Centro de Estudios para el Desarrollo de México, México, 2004, p. 17.

rrollo de estas sociedades.[8] Si analizamos con detenimiento en qué momento surgen estas características en Mesoamérica, no cabe duda de que identificaríamos el periodo de los olmecas como la primera ocasión en que se observa este tipo de sociedades, es decir, entre 1400 y 600 a.C. En sitios como Teopantecuanitlan (Guerrero), La Venta (Tabasco), Tres Zapotes y San Lorenzo (Veracruz) y otros más se hallan ya los comienzos de una arquitectura planificada y monumentos de piedra y cerámica con deidades y personajes del grupo dirigente. Alrededor de 600 a.C. y comienzos de nuestra era empiezan a aparecer sitios en otras regiones mesoamericanas en las que el templo tiene una importancia fundamental, por ejemplo Tlapacoya y Cuicuilco, en el valle de México; Totemihuacan y Xochitécatl, en Puebla; San José Mogote y Monte Albán en sus fases iniciales, en Oaxaca, y Chiapa de Corzo e Izapa, en Chiapas. En varios de ellos se han encontrado tumbas que nos hablan de una diferenciación social evidente.

Todos estos centros y sus vestigios arquitectónicos muestran que para entonces debió de existir una organización social centralizada que podía contar con mano de obra para las construcciones religiosas, las cuales alcanzan, en algunos casos, grandes dimensiones. Tal es el caso de Totemihuacan, Puebla, donde el edificio principal llegó a tener cerca de 150 m de largo, o Cuicuilco, al sur de la cuenca de México, con su pirámide circular, de un diámetro similar y rampas para ascender a la parte superior. La materia prima utilizada indica un trabajo colectivo, pues significa desde labores de extracción del material (piedra volcánica) hasta su traslado al lugar de la construcción. A ello se une la dirección de la obra y los aspectos simbólicos que contiene. Queremos decir con esto que, para esos momentos, indudablemente tenía que haber existido un Estado incipiente que controlara y dirigiera todo lo relacionado con el asentamiento y aprovechamiento de los recursos naturales. Podríamos considerar que lo que se ha dado en lla-

[8] A mayor abundamiento sobre el tema puede consultarse, de mi autoría, "El proceso de desarrollo en Mesoamérica", en *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*, IPGH, México, s. f., pp. 161-175.

mar Preclásico Superior en la cronología aceptada para Mesoamérica reviste características iniciales de lo que más tarde conoceremos como Clásico.

En el siguiente capítulo vamos a analizar de manera más concreta la situación del valle de México y de las áreas adyacentes como antecedentes de la cultura teotihuacana, para así tener un panorama más claro de cómo surgió y se desarrolló la primera gran ciudad del altiplano, cuya influencia se dejó sentir en muchas partes de Mesoamérica.

II. Antecedentes de Teotihuacan

El valle de México y sus alrededores

En buena medida, el valle de México se formó debido a una gran actividad volcánica, que aún perdura, pues se encuentra en el eje neovolcánico que atraviesa parte del altiplano central de México. Ubicado a una altitud de alrededor de 2 400 msnm, el valle tenía una serie de lagos en la parte baja: Texcoco, Zumpango, Xaltocan, Xochimilco y Chalco. Las laderas de las montañas que conforman la cuenca del valle estaban cubiertas por pinares, encinos y otras especies, y se encontraban diversas especies animales, tanto acuáticas como terrestres; en suma, el hombre contaba con suficientes recursos naturales para sobrevivir. Materiales volcánicos como basaltos, andesitas, obsidiana y otros fueron utilizados para la fabricación de instrumentos, en tanto que la flora y la fauna se aprovecharon con fines alimenticios y como materia prima.

Según los datos que proporciona la arqueología, se han encontrado vestigios de la presencia del hombre cazador-recolector en Tlapacoya, Estado de México, desde hace por lo menos 20 000 años. Mamuts, gliptodontes, tigres dientes de sable, camélidos y la fauna menor permitía al hombre cazador hacerse de alimento, pieles, huesos y astas con los que fabricaba prendas y enseres. Muy cerca del poblado de Santa Isabel Iztapan, en el Estado de México, se hallaron en 1947 huesos de mamut con huellas claras de haber sido destazado con utensilios de obsidiana y sílex. Una gran cantidad de restos de paquidermos ha sido encontrada en las cercanías del lago de Texcoco, aunque no siempre se les ha relacionado con el hombre. Se piensa que alrededor de 7000 a.C. esta fauna se extinguió.

Con el desarrollo de la agricultura poco a poco el hombre se va estableciendo. El sitio de Zohapilco, Estado de México, ha permitido conocer un asentamiento que, en su fase más antigua, que va de 5500 a 3500 a.C., contaba ya con trampas para cacería e instrumentos para la siembra, además de utensilios hechos de rocas volcánicas. Poco después, hacia 2000 a.C., apareció la alfarería, tal como se ha comprobado en este sitio. El hombre, observador por naturaleza, descubrió el endurecimiento del barro por la acción del fuego, lo que le permitió la elaboración de una gran cantidad de productos manufacturados con este material. La arqueología nos informa que alrededor de 1000 a.C., surgen asentamientos permanentes cercanos al lago de Texcoco, como Tlatilco, El Arbolillo, Zacatenco y otros, que dependen económicamente de la agricultura y de la explotación del medio lacustre, como puede apreciarse en su producción cerámica. En efecto, en Tlatilco, Estado de México, se han encontrado figuras de patos, armadillos, tejones, peces y otras especies que son indicadores de lo anterior, y en algunos casos se trata de verdaderas obras de arte.[1] Algunos elementos decorativos en la cerámica muestran la influencia de la cultura olmeca, que por entonces florecía en sitios de la costa del Golfo y del actual estado de Guerrero. La acción creativa del hombre logra la representación de sí mismo en forma de figurillas, la gran mayoría femeninas, así como una serie de recipientes de uso diario y de uso ritual. Un objeto interesante y que llama la atención es una pequeña máscara de barro hallada en Tlatilco que muestra una mitad de la cara con vida y la otra descarnada, quizá para representar la dualidad vida-muerte, que alude, por otra parte, a la temporada de lluvias, en que todo crece y fructifica, y a la temporada de secas, en que falta el agua y las plantas pierden sus hojas y verdor y mueren.

La mayor parte de estas figuras e instrumentos fueron hallados en entierros encontrados debajo de las casas hechas de materiales

[1] Véanse los dos volúmenes de Román Piña Chán, *Tlatilco*, INAH, México, 1958.

perecederos (por ejemplo en Tlatilco), lo que ha llevado a pensar que formaban parte de sus prácticas mortuorias.[2]

Surgimiento y destrucción de Cuicuilco

Hacia 600 a.C. surgieron lugares que, por los hallazgos, nos permiten afirmar que entonces se efectuó un nuevo cambio cualitativo. Centros ceremoniales como Tlapacoya, Copilco y Cuicuilco bien pueden caracterizar ese momento. Al mismo tiempo emergieron aldeas cuya economía se basaba en el aprovechamiento de productos lacustres, como en Terremote-Tlaltenco, que podemos ubicar entre 400 y 1 a.C., al sur del lago y relativamente cerca de Cuicuilco. Allí se encontró un montículo habitacional que proporcionó rica información; pudo constatarse que posiblemente se trataba de una aldea de pescadores que aprovechaba la flora y fauna del lago para su subsistencia, pues se han encontrado evidencias de producción textil relacionada con esa actividad: redes, cuerdas, canastas y otros. Se pudieron determinar asimismo áreas de actividades diferentes; por ejemplo, además de la dedicada a la producción textil, había otra para la preparación de alimentos y una más dedicada a los entierros. Pudieron obtenerse del lugar instrumentos de piedra, como manos y metates para moler granos, raederas, raspadores y agujas.[3] El lugar es contemporáneo a los tres centros mencionados, lo que nos hace pensar que quizá estuviera bajo el control de alguno de ellos, pues la complejidad social y religiosa que habían alcanzado se hace evidente en las características que fue posible rastrear.

El primer centro, Tlapacoya, se localiza en un islote en el lago de Texcoco, y en él se han encontrado basamentos de piedra con escalinatas laterales, al parecer dedicados a actividades rituales, según los datos proporcionados por Román Piña Chán y Beatriz

[2] Roberto García Moll, "Tlatilco, prácticas funerarias", *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 40, México, 1999, pp. 20-23.

[3] Mari Carmen Serra y Sugiura Yamamoto, "Terremote-Tlaltenco, DF", *Anales de Antropología,* núm. 21, UNAM, México, 1979.

Barba.[4] Algunas tumbas halladas ahí, de planta cuadrada, contenían ricas ofrendas: vasijas de cerámica de distintas formas (botellones, platos trípodes, de cuello alto, ollas, etc.), la mayoría de ellas monocromas. Tanto la arquitectura del basamento como las tumbas contienen rastros indicativos de que se trataba de edificaciones claramente destinadas a una élite, que con seguridad controlaba y centralizaba las funciones económicas, políticas, sociales y religiosas del sitio, a la vez que debió de rivalizar con otros centros similares localizados en las márgenes del lago de Texcoco.

Cuando se excavó Cuicuilco a principios de la tercera década del siglo XX por Byron Cummings, se encontró un enorme basamento circular con una rampa orientada hacia el poniente que permitía el acceso a la parte superior. El edificio tiene más de 100 m de diámetro y consta de varios cuerpos inclinados superpuestos, lo que nos indica su importancia dentro del asentamiento. Fue construido con piedra volcánica y recubierto por una gruesa capa de lodo, pues aún no se utilizaba el estuco (mezcla de cal, arena y agua), que posteriormente sería de uso común en casi todas las construcciones ceremoniales y civiles. En excavaciones de las décadas de 1950 y 1960 se descubrieron estructuras arquitectónicas de lodo, y otras revestidas de piedra, de planta rectangular y cuadrada. La cerámica obtenida mostró una serie de vasijas de uso cotidiano, además de figurillas con representaciones humanas y de dioses. Entre éstas cabe destacar un jugador de pelota y una representación de Huehuetéotl, el Dios Viejo y del Fuego, a quien se muestra como un anciano sentado y encorvado que porta sobre su espalda un brasero. Otra figura de este dios proviene de Copilco, lugar cercano excavado por Manuel Gamio.[5] No es de extrañar la presencia de esta deidad, pues cerca de ambos sitios se encuentra un cono volcánico conocido como Xitle, del cual se sabe que hizo erupción alrededor del año 200 a.C., lo que trajo como conse-

[4] Beatriz Barba, "Tlapacoya, un sitio preclásico de transición", *Acta Anthropológica*, época 2, vol. 1, núm. 1, México, 1956.

[5] Véase, de Manuel Gamio, *La población del valle de Teotihuacan*, 3 vols., Secretaría de Agricultura y Fomento, México, 1922.

cuencia que tanto Cuicuilco como Copilco fueran cubiertos por la lava —lo que ahora conocemos como Pedregal de San Ángel, en el sur de la ciudad de México, es resultado también de dicha erupción—.

En relación con la población de Cuicuilco, se cree que antes de la erupción esta área al sur del lago de Texcoco debió de presentar un ambiente apropiado para el asentamiento humano. Al parecer algunos ríos confluían hacia el lugar y había aluviones que permitían la práctica de la agricultura. Esto, unido a la cercanía del lago, daba acceso a su explotación, tal como ocurría con otros centros similares. Algunos investigadores calculan que, en la primera fase (600-300 a.C.), la población debió de ser de aproximadamente 10 000 habitantes, llegando a 40 000 entre 300 y 100 a.C., en una extensión territorial de 400 ha,[6] cifras que me parecen un tanto exageradas, pues, además, resulta difícil hacer estos cálculos, sobre todo si consideramos que la mayor parte del asentamiento fue cubierto por la lava.

En cuanto a los enterramientos encontrados, se ha dicho que existía un número más alto de defunciones femeninas que masculinas, de individuos menores de 35 años, aunque este dato hay que tomarlo con reservas.[7] Por otra parte, existen estudios de los restos encontrados que permiten determinar la práctica de la deformación craneal artificial así como la mutilación dentaria con fines estéticos.

También se ha especulado si Cuicuilco fue abandonado antes de las erupciones o si esto ocurrió precisamente debido a ella. Algunos datos sugieren que parte del sitio fue cubierto por la lava en tanto que otras siguieron siendo ocupadas. Recordemos que en muchas ocasiones una actividad volcánica viene precedida de emanaciones de cenizas, de movimientos tectónicos, ruidos subterráneos y, en fin, una serie de fenómenos que anteceden la erupción de fuertes emanaciones de lava que destruyen todo a su paso. Por eso no es de extrañar que una parte de la población hu-

[6] Daniel Schavelzon, *La pirámide de Cuicuilco*, FCE, México, 1983.

[7] Véase la tesis de Patricia Sánchez Saldaña, *Cuicuilco, estudio osteológico de la población prehispánica*, ENAH, México, 1971.

biese emigrado antes de la destrucción del lugar, y esto explica también el culto al Dios Viejo y del Fuego. He observado que la forma circular del monumento principal de Cuicuilco se asemeja a los conos volcánicos del área, como el Xitle, y quizá muchos de los rituales estaban dedicados a este dios, que en sí representaba al volcán, con su brasero sobre la espalda, simulando el cráter que arroja ceniza y humo.[8]

Es importante señalar que fue en estos centros donde se hallaron por vez primera vestigios de una sociedad compleja; los datos permiten suponer la existencia de una sociedad estratificada, en la que a una gran parte de la población se le encargaba la ejecución de obras arquitectónicas. La extracción de piedras y el acarreo de éstas al lugar de construcción, la preparación del lodo para recubrir el basamento, las características simbólicas que tiene el monumento y su orientación demandan el trabajo de diversos especialistas y una mano de obra relativamente abundante. Además, en Cuicuilco vemos ya una serie de aspectos presentes en Teotihuacan, por ejemplo la representación del Dios Viejo y del Fuego como un anciano encorvado con un gran brasero sobre la cabeza, o edificios de planta cuadrada como los que se hallaron en la antigua "ciudad de los dioses". Por eso no es de extrañar que algunos investigadores hayan planteado que, con la desaparición de Cuicuilco, una parte de su población emigró un poco más al norte, donde constituyó, junto con los grupos que ya se encontraban allí, el núcleo inicial de lo que llegó a ser la ciudad más grande y poblada de Mesoamérica: Teotihuacan.

Primeros asentamientos en Teotihuacan

Los estudios de René Millon y su grupo de colaboradores han aclarado en mucho acerca de lo que ocurrió en el área de Teoti-

[8] Eduardo Matos Moctezuma, "Huehuetéotl-Xiuhtecutli en el centro de México", *Arqueología Mexicana*, vol. 10, núm. 56, julio-agosto, México, 2002, pp. 58-63.

huacan. La cronología hasta ahora aceptada muestra que ya existían allí asentamientos contemporáneos a Tlapacoya, Cuicuilco, Copilco y Terremote, los cuales se han situado en las fases Cuanalan y Tezoyuca, entre los años 500 y 100 a.C. En la fase Tezoyuca se han localizado cinco localidades que pudieran corresponder a sitios defensivos. En la cerámica se notan rasgos de Chupícuaro, Guanajuato, lugar en el que se ha encontrado gran cantidad de entierros acompañados de ofrendas cerámicas. También hay otras evidencias cerámicas que guardan relación con la tradición de Cuicuilco. En la fase siguiente, conocida como Patlachique (100 a.C.-1 d.C.), se pueden identificar dos pueblos de cuatro kilómetros cuadrados, uno situado al norte, donde surgirá posteriormente la gran ciudad, y el otro asentado en parte de lo que después será el área ceremonial y la Calle de los Muertos. Cálculos demográficos indican que la población aproximada era de 5 000 habitantes, cifra que contrasta de manera significativa con la de la siguiente fase —considerada propiamente teotihuacana—, en la que se elevará de manera notable.

Ahora bien, ¿cuáles eran las características del medio en el que estos primeros grupos se asentaron? El semivalle de Teotihuacan se localiza entre 2250 y 2850 msnm y se encuentra al noreste del lago de Texcoco. Varios cerros limitan el lugar: el cerro Gordo al norte, el Patlachique al sur, el Malinalco al oeste, y lomeríos de menor elevación al oriente. Todos ellos tienen un origen volcánico, por lo que el área contaba con andesitas, basaltos y desde luego obsidiana, que va a tener múltiples usos en la producción de objetos e instrumentos teotihuacanos. Muy cerca de Teotihuacan se han encontrado importantes yacimientos de obsidiana, por ejemplo en la población de Otumba y, quizá uno de los más grandes, en el cerro de las Navajas, al norte de la ciudad, en el actual estado de Hidalgo, y que, obviamente, pasó a estar bajo su control. Varias canteras como las de Xometla, Metepec y Hueyapan proveían de diversas rocas volcánicas.

Los cerros estaban cubiertos por pinos, encinos y otras especies, entre ellas el *Taxodium Mucronatum Ten* (ahuehuete o sabino) y

el *Cupressus sp.* (cedro o ciprés). Tanto ahuehuetes como sauces bordeaban los cauces de los ríos. Tres son los de mayor importancia: el San Juan, el San Lorenzo y el Huixulco, que unen sus corrientes para desembocar en el lago de Texcoco. Se puede apreciar con claridad que el curso del cauce del primero se cambió para adaptarlo a la traza urbanística de la ciudad. Una importante área de manantiales se encuentra hacia el suroeste de la urbe, junto a la población actual de San Juan Teotihuacan, a la que nos referiremos después por su importancia en los inicios de la ciudad.

Acerca de la fauna, muchos son los testimonios que han quedado en esculturas y pintura mural, además de los restos óseos de algunas especies encontrados en excavaciones. En las representaciones tenemos aves como lechuza, gavilán, águila, guajolote silvestre, palomas y aun especies ajenas al altiplano, como el quetzal, restringido a lo que hoy es Guatemala y el estado de Chiapas. También fueron representados animales como venado, liebre, coyote, perro, puma y jaguar, a los que hay que agregar conejo, que posiblemente estuviera en vías de domesticación, ya que se han encontrado criaderos en lugares como Oztoyahualco, conjunto habitacional de Teotihuacan. En la cueva de la Nopalera, Hidalgo, contemporánea de Teotihuacan, se han obtenido restos identificados como de conejo y venado, siendo éstos los más abundantes, además de liebre, ardilla, tuza, jabalí y rata. Por su parte, los reptiles también fueron representados en esculturas y pintura mural, como es el caso de la serpiente de cascabel, que tanta relevancia tuvo en diversas culturas mesoamericanas. Asimismo había mariposas, libélulas, hormigas y otros insectos. Se ha encontrado buen número de caracoles y conchas, muchos de ellos procedentes de la costa. También se representó en murales y esculturas plantas cultivadas como maíz, frijol, calabaza y otras más que servían de alimento al teotihuacano. De ellas haremos mención en otros capítulos por la importancia que tienen dentro del patrón alimenticio de la población.

Todo lo anterior refiere un determinado ambiente, en el que se desarrolló y supo aprovechar para su propio beneficio el teotihuacano.

La hipótesis de las áreas verdes

Las ideas que a continuación presento las expuse en 1965 en mi tesis de maestría de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, que versó sobre *La revolución urbana en la cuenca de México;* posteriormente, en 1967, amplié dicha hipótesis en una serie de observaciones en torno a la otra gran ciudad del centro de México: Cholula.

Mi interés provenía de la necesidad de encontrar una explicación para el surgimiento y desarrollo de ciudades como ésas. Algunas de las teorías se basaban en la visión marxista, por la influencia que por aquellos años ejercía Gordon Childe y su visión materialista dialéctica de la prehistoria, y otras se fundamentaban en los sistemas de regadío, si bien en el centro de México no se contó con grandes ríos ni hubo obras hidráulicas que pudieran explicar el fenómeno. Pese a esto, y tratando de encontrar una solución relacionada con el control del agua, puse atención en un aspecto que me resultaba interesante: las áreas con manantiales cercanas a estas grandes ciudades. Ya Manuel Gamio, desde su investigación sobre *La población del Valle de Teotihuacan,* mencionaba la existencia de manantiales hacia el suroeste de la antigua ciudad. En efecto, en el barrio de Puxtla, al sur de la población de San Juan Teotihuacan, se encuentra un área de manantiales. Cuando hice mi recorrido en 1963 y 1964, pude observar cómo estas emanaciones acuíferas eran aprovechadas por los vecinos para crear una verdadera zona de chinampas. Los canales abiertos formaban islotes en donde se construía la casa del propietario y se cultivaba maíz, frijol y otras plantas —los típicos árboles conocidos como huejotes servían de sostén en los bordes de las parcelas—. Previo permiso de los dueños, abrimos algunos pozos de sondeo en algunas parcelas y hallamos que a escasos 40 cm ya había una gran humedad, que poco más abajo se convertía en agua lodosa, lo que dificultaba la excavación. Extrajimos del lugar cerámica moderna en las partes altas y materiales teotihuacanos pertenecientes a las fases de apogeo de la ciudad; sin embargo, no pudimos profundizar más por la razón ya señalada: la constante humedad.

En la década de 1940, excavaciones arqueológicas emprendidas por Alfonso Caso descubrieron en Tepantitla, al oriente del área monumental de Teotihuacan, un mural policromado que bautizó con el nombre de *Tlalocan,* al pensar que se trataba del lugar también conocido como paraíso del dios Tláloc, adonde iban las personas que morían por acción del agua. Para mí, el mural representa una escena de la vida cotidiana en Teotihuacan, pues es posible distinguir una zona rural con sembradíos y gente del pueblo —su atavío no es ostentoso; sólo llevan taparrabos y aparecen descalzos—. Hay una parte del mural que me interesa en particular; en ella se aprecia una especie de manantial de cuya corriente de agua se deriva una serie de parcelas, pintadas en colores verde y azul, rodeadas de lo que parecen ser canales; encima de las parcelas crecen plantas como maíz, calabaza, frijol, flores, etc., y la corriente continúa a lo largo de la parte baja del mural (algunos personajes se encuentran cerca de las plantas). Lo interesante es que esta parte del mural corresponde a lo que pienso es el área rural de Teotihuacan, pues además del río mencionado y las parcelas, es posible reconocer escenas en las que gente del pueblo juega y se divierte cazando mariposas, en tanto que en otro tramo del mural vemos elementos urbanos característicos, como edificios, marcadores para el juego de pelota y a individuos ricamente ataviados jugando a la pelota. De esta manera, tanto en el entorno de la ciudad de Teotihuacan como en sus expresiones pictóricas tenemos evidencias de manantiales, canales y parcelas para el cultivo.

En Cholula pudimos constatar algo similar:[9] tanto en los recorridos de superficie que practicamos en las inmediaciones del lugar como en pictografías coloniales constatamos la existencia de manantiales en las cercanías de la gran pirámide. Otro tanto ocurre en sitios como Totemihuacan, Puebla, en un centro pertene-

[9] Eduardo Matos Moctezuma, "Estudio de la agricultura y su relación con los patrones de asentamiento", en *Cholula: reporte preliminar*, Editorial Nueva Antropología, México, 1967, pp. 49-57. Véase también "Surgimiento y caída de Teotihuacan: dos hipótesis", *Arqueología Mesoamericana*, número de *Homenaje a William T. Sanders*, tomo I, INAH, México, 1996, pp. 209-212.

ciente al Preclásico Superior, es decir, contemporáneo de Cuicuilco y Tlapacoya.

La "hipótesis de las áreas verdes" tiene como fundamento lo siguiente: es evidente la importancia que para un pueblo agrícola tiene el contar en las inmediaciones de su asentamiento con agua corriente todo el año. El aprovechamiento de los manantiales hace suponer la existencia de mano de obra para la canalización del agua y la construcción de parcelas, las cuales se enriquecían con el lodo proveniente de los canales excavados en la zona húmeda. Ésta es una de las formas que revisten las chinampas. Un control adecuado del recurso acuífero y de la tierra da como resultado un área de alta producción agrícola. Esto pudo ocurrir en Cholula y Teotihuacan, si bien, como siempre he destacado, estas técnicas agrícolas quizá sólo se utilizaron en los inicios de la ciudad, pues con su crecimiento y expansión es más que probable que hayan sido insuficientes para el abastecimiento de productos agrícolas. Así, es posible que posteriormente contaran con otras tierras para el cultivo, además del tributo que imponían a los pueblos conquistados y que éstos tenían que pagar con, entre otras cosas, parte de su cosecha.

La idea, pues, queda planteada. La reunión de diversas circunstancias: la existencia de manantiales y un poder centralizado dentro de un Estado incipiente, un ambiente favorable para la explotación de materias primas indispensables para la fabricación de instrumentos y otros productos, una organización social, política y religiosa fuertemente organizada, el establecimiento de grupos que ya contaban con una sociedad con estos componentes —como la de Cuicuilco—, hizo posible que Teotihuacan diera sus primeros pasos para convertirse en la ciudad que dejaría sentir su influencia en distintas regiones de Mesoamérica.

III. Desarrollo de la ciudad

Teotihuacan en las fuentes históricas

POCOS SON LOS DATOS QUE PROPORCIONAN LAS FUENTES HISTÓRICAS del siglo XVI acerca de la fundación y desarrollo de la ciudad de Teotihuacan. Las que contienen alguna información sólo hacen mención a la imagen que de ella tenían los pueblos que se asentaron en el centro de México después de la caída de la urbe. Bien sabemos que esos pueblos de habla nahua no sabían quiénes habían construido o habitado la ciudad, por lo que lo atribuían a los dioses. A partir de ese momento Teotihuacan se convirtió en lugar de mitos, donde la acción de los dioses tenía cabida. Uno de esos mitos, de gran trascendencia, lo es sin lugar a dudas el que se refiere a la creación del Quinto Sol. Recordemos que se habla de cuatro soles o edades en las que los dioses intentaron crear al hombre y el alimento que había de sustentarlo, pero fueron intentos fallidos que terminaron en cataclismo y la desaparición de todo lo creado. A continuación transcribimos este mito conforme a la relación de fray Bernardino de Sahagún en el *Códice Matritense*, que el franciscano obtuvo de indígenas informantes:

Cuando aún era de noche,
cuando aún no había día,
cuando aún no había luz,
se reunieron,
se convocaron los dioses
allá en Teotihuacan.
Dijeron,
Hablaron entre sí:
—"¡Venid acá, oh dioses!

¿Quién tomará sobre sí,
quién se hará cargo
de que haya día,
de que haya luz?

El relato continúa con un acontecimiento conocido: la disposición de dos dioses para arrojarse a la hoguera para crear al hombre. Uno de ellos era arrogante, de nombre Tecuciztécatl, "Señor de los caracoles", en tanto que el otro era un dios enfermizo, Nanahuatzin. Ambos se prepararon haciendo penitencia y, llegado el momento, primero avanzó el arrogante Tecuciztécatl, pero al ver cómo crepitaba la hoguera vaciló en cuatro ocasiones y no se atrevió a lanzarse. Tocó su turno a Nanahuatzin, y éste, sin temor, se arrojó en la pira convirtiéndose en Sol. Cuando Tecuciztécatl vio aquello quiso arrojarse, pero ya era tarde, y sólo alcanzó a convertirse en Luna. Los dioses esperaban ver salir al Sol y a la Luna y especularon sobre el lugar por el que aparecerían. Sólo dos dioses acertaron el lugar por donde apareció el primero: Quetzalcóatl —por eso su templo siempre está orientado hacia el este— y Xipe Tótec, quien entre los nahuas rige el rumbo oriente del universo. Los dos astros, sin embargo, permanecieron estáticos, sin movimiento. Volvieron a juntarse los dioses y dijeron así:

¿Cómo habremos de vivir?
¡No se mueve el Sol!
¿Cómo en verdad haremos vivir a la gente?
¡Que por nuestro medio se robustezca el Sol,
sacrifiquémonos, muramos todos!

Y fue así, por la muerte y sacrificio de los dioses, que el Sol tuvo movimiento y, por ende, hubo noches y días y el hombre fue creado por los dioses. Es fácil imaginar la importancia que Teotihuacan adquirió para aquellos pueblos tardíos, pues la señalaron como el lugar donde había surgido el Quinto Sol, la edad del hombre nahua. Este mito lo encontramos también en la *Leyenda de*

los Soles, transcrita en 1558 por fray Jerónimo de Mendieta en su *Historia Eclesiástica Indiana*, y en la *Historia de Tlaxcala*, de Diego Muñoz Camargo.

Los informantes de Sahagún también dan testimonio de la manera en que se pobló Teotihuacan:

> En seguida se pusieron en movimiento,
> todos se pusieron en movimiento:
> los niñitos, los viejos,
> las mujercitas, las ancianas.
> Muy lentamente, muy despacio se fueron,
> allí vinieron a reunirse en Teotihuacan.
> Allí se dieron las órdenes,
> allí se estableció el señorío.
> Los que se hicieron señores
> fueron los sabios,
> los conocedores de las cosas ocultas,
> los poseedores de la tradición.
> Luego se establecieron allí los principados...
> Y toda la gente hizo adoratorios
> al Sol y a la Luna,
> después hicieron muchos adoratorios menores.
> Allí hacían su culto
> y allí se establecieron los sumos sacerdotes
> de toda la gente.
> Así se decía Teotihuacan,
> porque cuando morían los señores,
> allí los enterraban.
> Luego encima de ellos construían pirámides,
> que aún ahora están.
> Una pirámide es como un pequeño cerro,
> sólo que hecho a mano.
> Por allí hay agujeros,
> de donde sacaron las piedras,
> con que hicieron las pirámides,

y así las hicieron muy grandes,
la del Sol y la de la Luna.
Son como cerros
y no es increíble
que se diga que fueron hechas a mano,
porque todavía entonces
en muchos lugares había gigantes...
Y lo llamaron Teotihuacan,
porque era el lugar
donde se enterraban los señores.
Pues según decían:
"Cuando morimos,
no en verdad morimos,
porque vivimos, resucitamos,
seguimos viviendo, despertamos.
Esto nos hace felices".
Así se dirigían al muerto,
cuando moría.
Si era hombre, le hablaban,
lo invocaban como ser divino,
con el nombre de faisán,
si era mujer con el nombre de lechuza,
les decían:
"Despierta, ya el cielo se enrojece,
ya se presentó la aurora,
ya cantan los faisanes color de llama,
las golondrinas color de fuego,
ya vuelan las mariposas".
Por esto decían los viejos,
quien ha muerto, se ha vuelto un dios.
Decían: "se hizo allí dios",
quiere decir que murió.

En esta última parte del relato encontramos la clave para entender lo que significa Teotihuacan: "lugar donde se hacen los dioses".

Existe un mapa colonial del año 1580 que muestra la región de Teotihuacan y en el que es posible apreciar un conjunto de pirámides. Aunque se trata de un dibujo esquemático, resulta interesante identificar en él la Calle de los Muertos, rodeada por los edificios piramidales, entre los que destacan la pirámide del Sol y de la Luna. Ambas representaciones tienen tres cuerpos superpuestos que los diferencian de los otros adoratorios que se encuentran a su lado y que fueron pintados en forma de triángulos, para hacer alusión a su carácter piramidal. Algo digno de mencionar es la inscripción que reza en lo que suponemos representa la Calle de los Muertos: "Oráculo de Montezuma".

Como mencionaba antes, pocos son los datos con que contamos acerca de Teotihuacan en las fuentes históricas, y todos ellos corresponden a la visión que pueblos posteriores tuvieron sobre el lugar. Sin embargo, la arqueología nos ofrece información que permite adentrarnos incluso en las casas y los palacios de la ciudad.

Fase Tzacualli (1-150 d.C.)

A continuación veremos el desarrollo de Teotihuacan, proceso que, conforme a los materiales que se han hallado en las excavaciones, los arqueólogos han divido en distintas fases. En la década de 1960, el doctor Millon y su equipo de colaboradores establecieron una cronología,[1] que prácticamente prevalece hasta hoy, si bien ha habido intentos de ajustarla, pues nuevas investigaciones han planteado una antigüedad mayor para su declinación, que va entre cincuenta y cien años. La primera fase lleva por nombre Tzacualli, y en ella ya estaban definidos los rasgos de la cultura teotihuacana.

Durante esos primeros años quedan delineados tanto la orientación de la ciudad, entre 15 y 17° en relación con el norte, como

[1] René Millon, "Extensión y población de la ciudad de Teotihuacan en sus diferentes periodos: un cálculo provisional", en *Teotihuacan*, XI Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1966. También consúltese, del mismo autor, *Urbanization at Teotihuacan*, University of Texas Press, Austin, 1973.

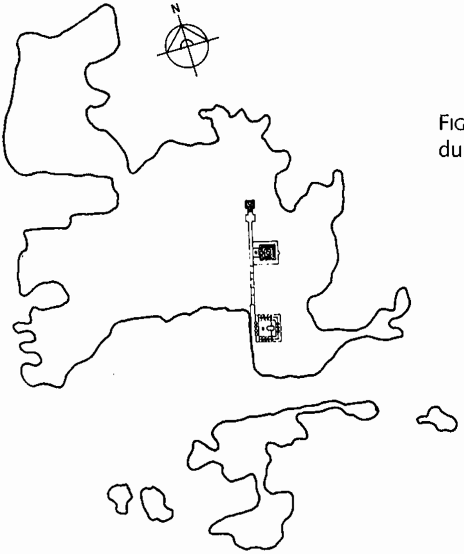


Figura 1a. Superficie de la ciudad durante la Fase Tzacualli.

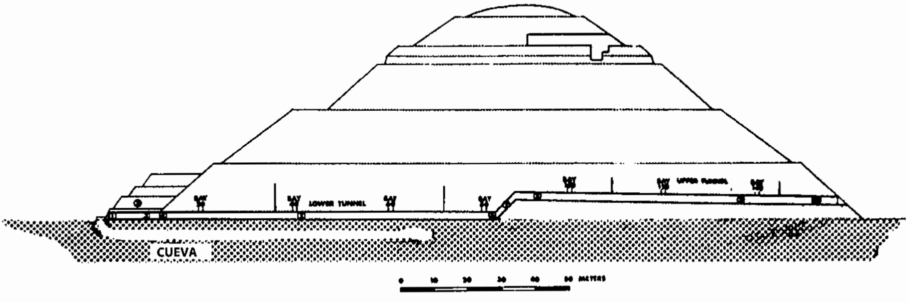
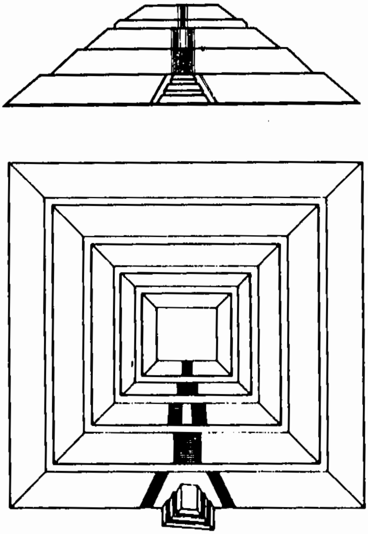


Figura 1b. Cueva encontrada debajo de la Pirámide del Sol a principios de los años setenta. (Tomado de Millon, 1993.)

FIGURA 1c. Alzado y planta de la Pirámide del Sol.



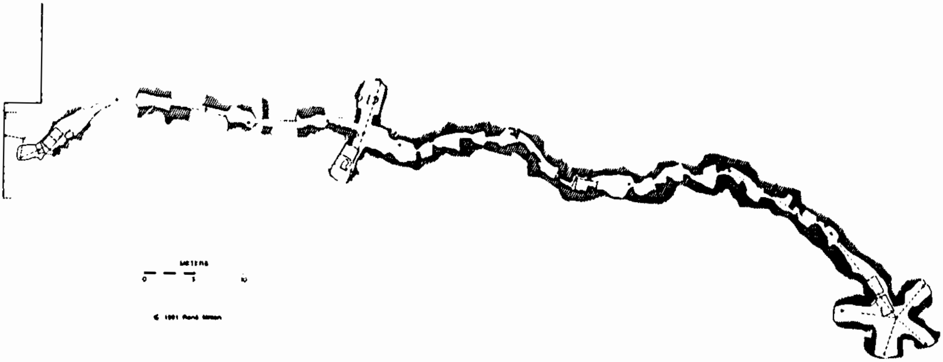


FIGURA 1d. Cueva hallada debajo de la Pirámide del Sol.

sus principales componentes. La Calle de los Muertos remata hacia el norte con la primera fase constructiva de la Pirámide de la Luna, que se construyó alrededor del año 100, de acuerdo con los datos aportados durante la excavación. Ahora sabemos que era de planta cuadrada, con 23.5 m por lado y muros en talud recubiertos de estuco. Entonces se construye también la Pirámide del Sol, orientada hacia el poniente, y la gran plataforma en forma de U que la rodea. Para ello se eligió el lugar donde se encuentra una cueva que corre 102 metros por debajo de la pirámide. Algunos investigadores han especulado acerca de si esta cueva es natural o artificial, hecho que en realidad no importa, sino el símbolo que esto representa. En efecto, en el mundo prehispánico la cueva tiene doble simbología: es matriz que pare pueblos y lugar de entrada al inframundo; es decir, guarda relación con la dualidad vida-muerte. Por lo tanto, si no había una cueva natural, el hombre teotihuacano la construyó, pues era esencial que la Pirámide del Sol, que representa la montaña sagrada o *axis mundi,* el lugar donde se encuentran los tres niveles del universo —celeste, terrestre e inframundo—, se constituyera en centro fundamental y eje rector de la ciudad. No es de dudar que desde ese momento la ciudad se trazara en cuatro cuadrantes, ubicando como centro fundamental a la Pirámide del Sol. Esta primera traza es lo que he dado en llamar "la ciudad vieja".

Una característica de esta fase es la construcción de conjuntos de tres templos, si bien sabemos que aun desde poco antes estuvieron presentes. La extensión de la ciudad abarca alrededor de 17 kilómetros cuadrados, y se ha calculado que tenía una población de cerca de 30 000 habitantes, lo que hace de Teotihuacan el centro más grande del altiplano central y quizá de toda Mesoamérica. Quizá sólo rivalizaban con ella la naciente ciudad de Cholula, en el valle poblano-tlaxcalteca, o Monte Albán, en Oaxaca, aunque con una población menor.

Fase Miccaotli (150-250 d.C.)

Es en esta fase cuando Teotihuacan queda dividida en cuatro grandes cuadrantes o "barrios", con el conjunto de la Ciudadela como eje o centro rector de la ciudad, del cual partían las calzadas este y oeste, que se cruzaban con la Calle de los Muertos. Esto indica que el centro de la ciudad se desplazó hacia el sur de la Pirámide del Sol. Es importante hacer ver que tanto la Pirámide del Sol como la Ciudadela tienen características muy similares. Ambos conjuntos están rodeados por una enorme plataforma, que con seguridad era la base de una serie de edificios, por lo que podemos decir que las plazas que se formaban en su interior tenían acceso restringido desde la Calle de los Muertos. Los dos edificios principales, Pirámide del Sol y Templo de Quetzalcóatl o de la Serpiente Emplumada, están orientados hacia el poniente y se encuentran asociados con elementos que simbolizan agua, fertilidad, etc. En la pirámide, este elemento es la cueva subterránea, dentro de la cual se encontraron vestigios de canales de piedra, a los que hay que añadir otro canal más que circunda el edificio y que, en épocas de lluvia, servía para recuperar la precipitación del agua. En el caso del Templo de Quetzalcóatl o de la Serpiente Emplumada, las esculturas que lo decoran —serpientes de cuerpos ondulantes rodeados de caracoles y conchas— guardan relación con la fertilidad.

Otro rasgo característico de esta fase son los sacrificios humanos. En la Pirámide del Sol, Leopoldo Batres, quien la excavó a partir de 1905, halló esqueletos de infantes en cada esquina y en cada uno de los cuatro cuerpos que conformaban el monumento. Por otra parte, en el edificio de la Serpiente Emplumada se encontraron grupos de entierros de cuatro, ocho, nueve y 18 individuos, colocados dentro del tepetate y orientados hacia cada rumbo del universo. Tenían la particularidad de tener las manos atadas a la espalda, lo que bien puede indicar la práctica del sacrificio humano con fines rituales. Las edades de estos individuos fluctuaban entre los 20 y 40 años, si bien había restos de sujetos más jóvenes. Algunos de los personajes vestían una indumentaria muy rica y elabo-

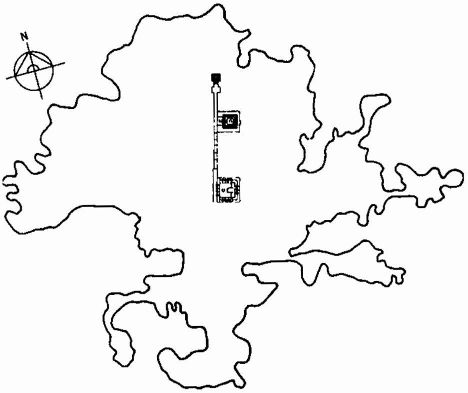


FIGURA 2. Superficie de la ciudad
durante la Fase Miccaotli (150-250 d.C.).

rada, además de collares de varias hiladas con cuentas de concha que imitaban dientes, pendientes que semejaban maxilares humanos con dientes igualmente hechos de concha y montados sobre una base de estuco, aunque también se encontraron mandíbulas humanas verdaderas. Un gran número de puntas de obsidiana —algunas de ellas muy cerca de la cabeza— acompañaban los entierros, además de discos de pizarra o broches colocados en la parte posterior del cuerpo, a la altura de la cadera. Un enorme túmulo mortuorio de alrededor de 20 individuos se encontró debajo del edificio, en el centro mismo. Algunos de los cuerpos estaban extendidos y otros semiflexionados; a su alrededor había ofrendas con orejeras, narigueras y cuentas de piedra verde, al igual que objetos de concha y obsidiana y pequeños conos con decoración geométrica cuya función se desconoce. Entre los objetos de concha había pendientes, cascabeles y orejeras, entre otros, y de obsidiana, puntas de proyectil, pequeños cuchillos miniatura y piezas conocidas como "excéntricos", que guardan forma humana y de serpientes. Un cálculo aproximado permite suponer que debajo del Templo de la Serpiente Emplumada pudieran encontrarse hasta 272 individuos sacrificados,

pues las características que presentaban los personajes hasta ahora hallados guardan relación con esta práctica mortuoria.[2]

Estos hallazgos respecto de la división de la ciudad en cuadrantes —que corresponde a los inicios de esta fase y que con seguridad se realizó con motivo de la construcción del Templo de la Serpiente Emplumada— nos lleva a pensar, como dijimos antes, en la enorme importancia que tenían estos conjuntos, pues representaban el centro del universo. Desconocemos las razones por las cuales en determinado momento se pensó en trasladar más al sur el centro de la ciudad. Lo que sí queda de manifiesto en algunos sitios de Teotihuacan es que hubo luchas internas, quizá por el poder, lo que posiblemente incidió en dicho cambio. Hay evidencias más tardías de que se desencadenaron más enfrentamientos internos, pues el Templo de la Serpiente Emplumada fue saqueado, como lo demuestra un túnel abierto en su esquina sureste, por el que extrajeron los objetos que acompañaban las dos tumbas que estaban en su interior.[3]

La importancia que revisten la Ciudadela y el Templo de la Serpiente Emplumada como centro de la ciudad y de la concepción cosmogónica de los antiguos teotihuacanos es, como dijimos, altamente relevante. El conjunto de la Ciudadela forma una enorme plaza de alrededor de 400 m por lado que alberga en su interior algunos edificios. Ya hemos hecho mención del más importante, el de la Serpiente Emplumada; sin embargo, otros han sido excavados a lo largo de muchos años, como el adoratorio que se encuentra en el centro de la gran plaza, con sus cuatro escalinatas para poder tener acceso a la parte superior. Otro edificio se encuentra hacia el lado sur de la plaza, donde se han hallado restos de pintura mural. Encima de la enorme plataforma que conforma la plaza, en los la-

[2] Véase Rubén Cabrera Castro y George Cowgill "El Templo de Quetzalcóatl", *Arqueología Mexicana*, vol. I, núm. 1, abril-mayo, México, 1993, pp. 21-26. También puede consultarse, de Rubén Cabrera, "Los ritos funerarios en Teotihuacan y su diferenciación social", *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 40, noviembre-diciembre, México, 1999, pp. 24-27.

[3] Cabrera y Cowgill, *op. cit.*, p. 24.

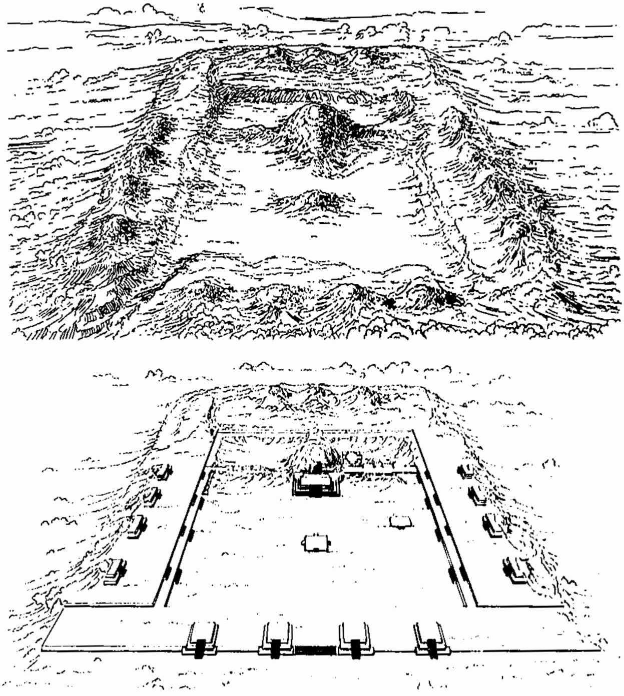


FIGURA 3. Conjunto de la Ciudadela antes y después de excavarse. (Tomado de Manuel Gamio, *La población del valle de Teotihuacan*, tomo I.)

dos norte, sur y oeste hay rastros de cuatro adoratorios, y en la parte posterior —lado este— se pueden identificar tres. El carácter cerrado del recinto se remarca con un solo acceso por la parte poniente. Se trata de una escalinata que lleva desde la Calle de los Muertos al interior de la Ciudadela, como ya lo habíamos advertido en el caso de la Pirámide del Sol. Destacan los dos conjuntos habitacionales que se ubican en el norte y en el sur del Templo de la Serpiente Emplumada, que han sido considerados como casas habitación de grupos de élite. Acerca de la Ciudadela, René Millon dice: "Parece que esta parte de la ciudad no solamente era el centro en un sentido geográfico sino también en un sentido cultu-

ral, político y posiblemente económico".[4] Tiene razón. Se ha pensado que enfrente de la Ciudadela, al otro lado de la Calle de los Muertos, se encontraba ubicado el mercado, como lugar de intercambio de productos. La importancia económica que esto tiene para una ciudad como Teotihuacan es evidente. Por otra parte, algunos de los conjuntos habitacionales que han sido excavados en la antigua ciudad quizá comenzaron a edificarse en ese momento, o tal vez en la fase anterior. Es el caso de La Ventilla, por ejemplo, conjunto localizado al poniente de la Calle de los Muertos, muy cerca de la carretera actual que lleva a la zona arqueológica, donde se ha encontrado el conjunto más antiguo de "barrio", consistente en un patio rodeado de edificios con talud y tablero y una sencilla decoración en los bordes de color rojo, y otra más elaborada hecha a base de conchas y entrelaces que pueden apreciarse en el entrecalle de los tableros, en el caso de estos últimos, y en las molduras en lo que a las conchas se refiere, todos ellos en diferentes tonalidades del rojo sobre el muro blanco de estuco. Acerca de este conjunto, denominado Frente 1, Sergio Gómez Chávez señala que cronológicamente corresponde a las fases Miccaotli-Tlamimilolpa Temprana, y agrega: "Datos estratigráficos corroboraron que estos templos son los edificios religiosos monumentales más antiguos localizados en el barrio, por lo que probablemente hayan sido los primeros en construirse y alrededor de los cuales se estableció la comunidad del barrio".[5]

Al lado poniente del conjunto anterior y separado por una calle se encuentra lo que se denomina Conjunto de los Glifos (Frente 2), por los elementos pintados sobre el piso del patio principal, lo que ha hecho pensar que posiblemente se trataba de un lugar de enseñanza. Las diversas habitaciones y patios que conforman el conjunto muestran en sus paredes pintura mural de buena calidad. Lo interesante de La Ventilla reside en que al parecer en fases muy tempranas de Teotihuacan esta parte de la ciudad fue

[4] René Millon, *Urbanization at Teotihuacan*, vol. I partes 1 y 2, University of Texas Press, Austin, 1973.

[5] Véase la tesis de licenciatura en arqueología de Sergio Gómez Chávez, *La Ventilla, un barrio de la antigua ciudad de Teotihuacan*, ENAH, México, 2000, p. 20.

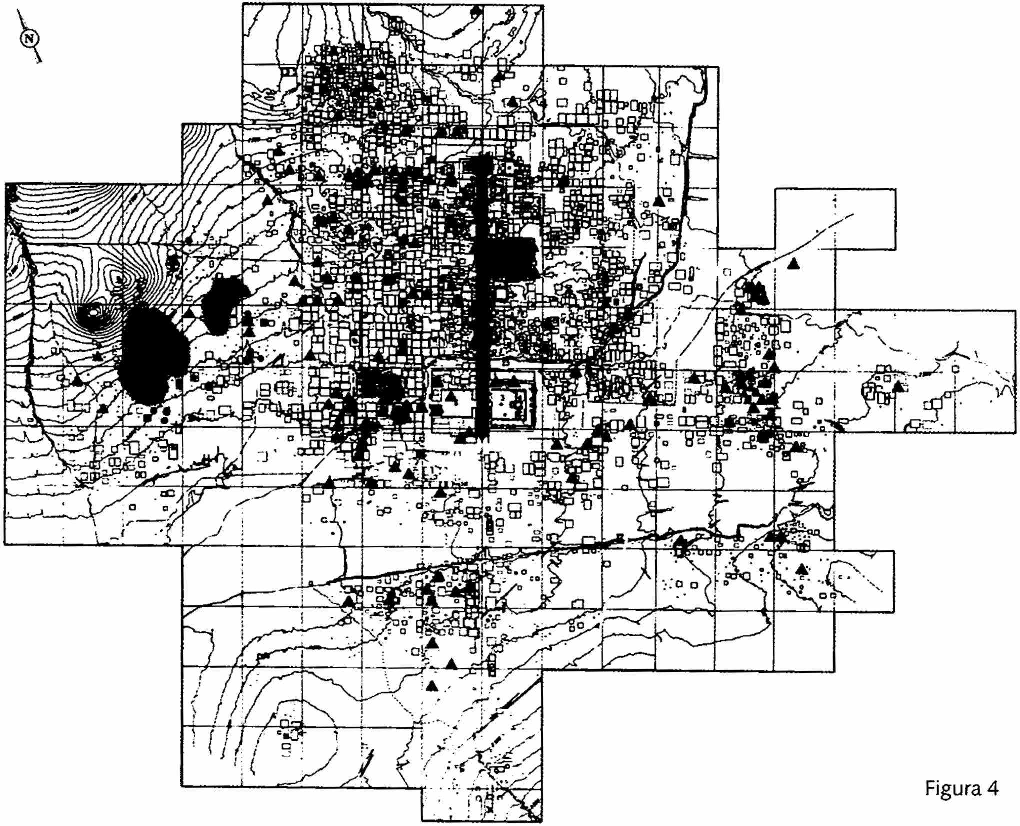
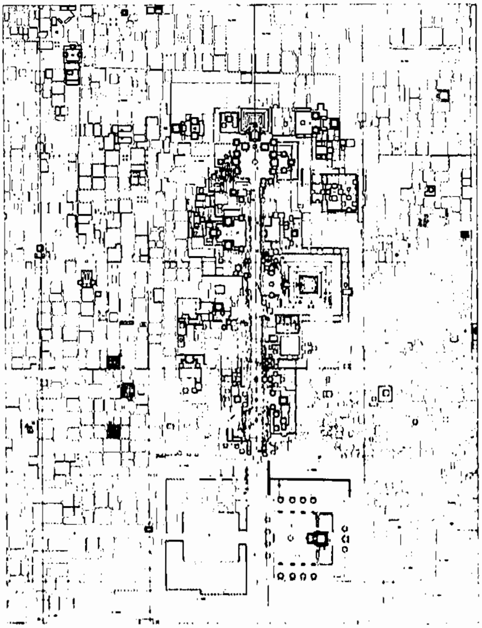


Figura 4



5

FIGURAS 4 y 5. Plano de la ciudad de Teotihuacan, según Millon, y sector central de la ciudad de Teotihuacan, respectivamente.

utilizada como área de cultivo, como se presume por algunos canales localizados en niveles profundos y sobre los que se construyeron las edificaciones mencionadas en la Fase Miccaotli y Tlamimilolpa Temprana y Tardía, lo que hizo que los campesinos que ocupaban el lugar se desplazaran hacia áreas más alejadas de la ciudad, o que se les integrara al "barrio" que ocupaba sus tierras. El lugar continuó siendo habitado hasta el final de Teotihuacan, y aun después, ya que se ha encontrado material cerámico relacionado con grupos que ocuparon la ciudad después de su abandono.[6]

Este dato viene a corroborar lo que ya habíamos planteado acerca de la llamada "ciudad antigua": durante la Fase Tzacualli el

[6] Gómez Chávez, *op. cit.*

centro lo constituía la Pirámide del Sol, y posteriormente éste se desplazó hacia el sur, poniendo como nuevo centro a la Ciudadela.[7] Un vistazo al plano de Millon (figuras 4 y 5) muestra con gran claridad cómo la ciudad se concentró alrededor de la Pirámide del Sol, en tanto que la parte sur quedó menos poblada. En esta fase se realizan también dos ampliaciones a la Pirámide de la Luna, cuyas construcciones son identificadas como Edificio 2 y Edificio 3; éstas conservan la planta cuadrada y los muros en talud. Se piensa que estas ampliaciones se hicieron entre 150 y 200 d.C., en tanto que una nueva etapa constructiva (Edificio 4) se llevó a cabo hacia 225 d.C., fecha alrededor de la cual se construyó el Templo de la Serpiente Emplumada en la Ciudadela. Datos relevantes de la construcción del Edificio 4 son, por una parte, que el monumento creció de manera significativa, hasta alcanzar 89.5 m de este a oeste, y, por otra, que al comenzar la ampliación se depositó un entierro-ofrenda (Entierro 2). Se trataba de un individuo masculino de entre 40 y 50 años de edad, sentado y con las manos atadas a la espalda, acompañado de una rica ofrenda de animales —cánidos y felinos—, colocados dentro de, al parecer, jaulas de madera, pues su marca quedó impresa en la arcilla. También se encontraron restos de nueve águilas reales, un espécimen de búho y otro de halcón; huesos de serpientes y:

> dos pequeñas esculturas humanas de labios gruesos, nariz ligeramente chata y restos de pirita en los ojos. Una de éstas tiene elaboradas orejeras de concha y un gorro cónico similar al de las deidades del maíz en la iconografía olmeca. Se recuperaron más de trescientas piezas de obsidiana, entre ellas figuras humanas estilizadas, puntas de proyectil, navajillas prismáticas y grandes cuchillos, algunos de singular belleza, cuya forma ondulada alude al rayo que porta Tláloc, dios de la tormenta. También se localizaron ocho vasijas de barro, de las conocidas

[7] Eduardo Matos Moctezuma, "Excavaciones recientes en la Pirámide del Sol, 1993-1994", en *Artes de México. La Pirámide del Sol, Teotihuacan (Antología)*, Instituto Cultural Domecq, México, 1993, pp. 312-329.

como "vasos Tláloc", ubicadas hacia los puntos cardinales en referencia al cosmos. Esta singular ofrenda cuenta también con numerosos caracoles marinos, algunos de grandes proporciones y otros más pequeños, usados como cascabeles. Se hallaron igualmente pendientes de concha y discos de pizarra con aplicaciones de pirita.[8]

La importancia de este hallazgo resulta evidente, pues hay que recordar que la práctica de sacrificios humanos con motivo de la construcción o ampliación de un templo la vemos presente también en los entierros hallados debajo del Templo de la Serpiente Emplumada en la Ciudadela, ya antes descritos.

Hay datos que permiten suponer que hacia fines del siglo II d.C. surgió un asentamiento zapoteca en el oeste de la ciudad, el cual se calcula llegó a tener entre 600 y 1 000 habitantes y continuó en fases posteriores; sin embargo, hasta el momento se desconocen los motivos por los que pobladores procedentes de los valles de Oaxaca llegaron a ocupar el lugar. El grupo conservó sus costumbres, especialmente en lo referente al entierro de sus muertos, que difería de la práctica de los teotihuacanos, e importó de su lugar de origen y fabricó urnas y otras piezas cerámicas.[9]

Es precisamente en esta fase cuando se da un gran auge de la construcción en Teotihuacan, alcanzando su máxima extensión, calculada en 22.5 kilómetros cuadrados. Para entonces la población había crecido de manera considerable, pues se cree que ascendía a 45 000 habitantes. Como ha dicho el mismo Millon, Teotihuacan era mayor en extensión que la Roma imperial, aunque no tenía ni la quinta parte de los habitantes de la ciudad de los Césares.

[8] Saburo Sugiyama y Rubén Cabrera, "Hallazgos recientes en la Pirámide de la Luna", *Arqueología Mexicana*, vol. XI, núm. 64, México, noviembre-diciembre, 2003, p. 45.

[9] Javier Urcid, "Las urnas del barrio zapoteca de Teotihuacan", *Arqueología Mexicana*, vol. XI, núm. 64, México, noviembre-diciembre, 2003, pp. 54-57.

CIUDADELA

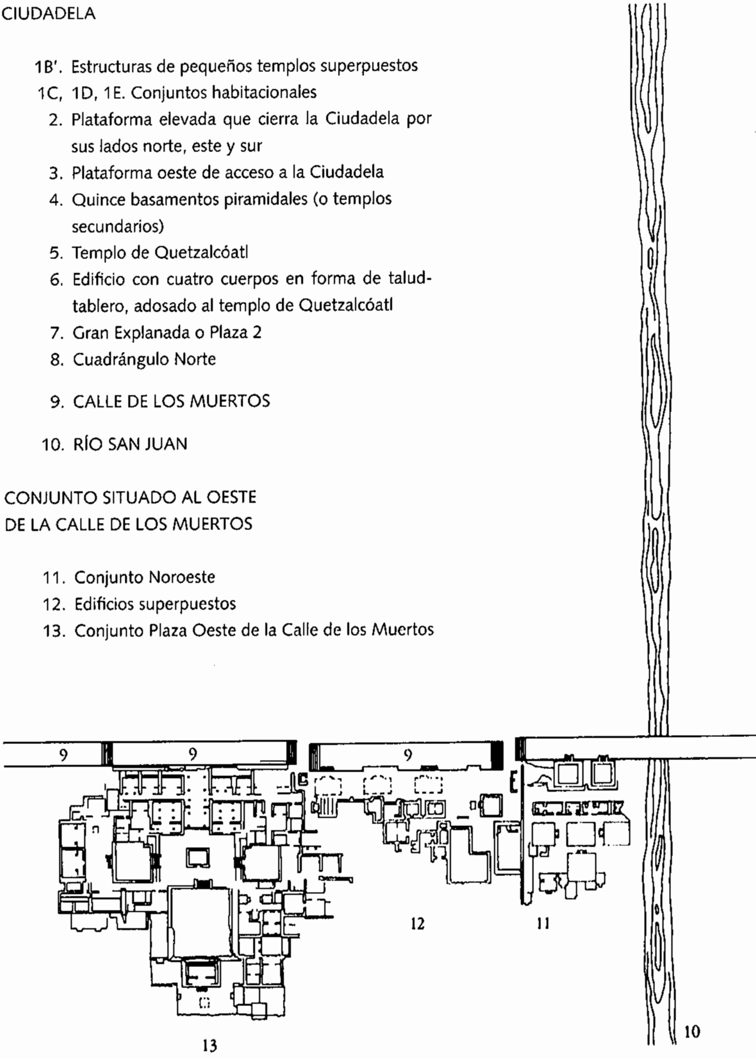
1B'. Estructuras de pequeños templos superpuestos
1C, 1D, 1E. Conjuntos habitacionales
2. Plataforma elevada que cierra la Ciudadela por sus lados norte, este y sur
3. Plataforma oeste de acceso a la Ciudadela
4. Quince basamentos piramidales (o templos secundarios)
5. Templo de Quetzalcóatl
6. Edificio con cuatro cuerpos en forma de talud-tablero, adosado al templo de Quetzalcóatl
7. Gran Explanada o Plaza 2
8. Cuadrángulo Norte

9. CALLE DE LOS MUERTOS

10. RÍO SAN JUAN

CONJUNTO SITUADO AL OESTE
DE LA CALLE DE LOS MUERTOS

11. Conjunto Noroeste
12. Edificios superpuestos
13. Conjunto Plaza Oeste de la Calle de los Muertos



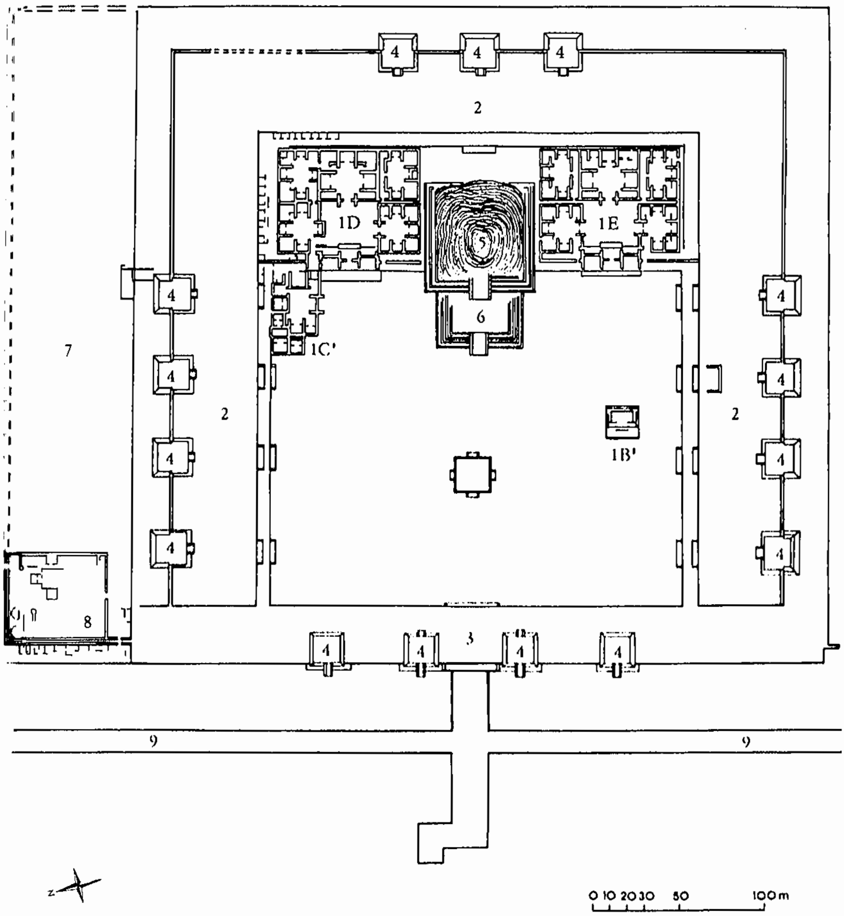


Figura 6. Plaza de la Ciudadela con conjunto de habitaciones a ambos lados del Templo de Quetzalcóatl.

Fase Tlamimilolpa (250-450 d.C.)

Teotihuacan se encuentra en plena expansión y muchos conjuntos arquitectónicos se construyen sobre estructuras anteriores. La Pirámide de la Luna tiene nuevas etapas constructivas (Edificios 5 y 6), siendo esta última edificación una ampliación parcial en el lado este, hacia 350-400 d.C., en tanto que el Edificio 5, fechado hacia el año 300 d.C., muestra cambios en el estilo arquitectónico al incorporar talud y tablero —que se asocia con el Entierro 3— en el eje central de la pirámide. Contenía cuatro esqueletos humanos masculinos, tres de los cuales estaban colocados en posición extendida y el otro flexionado, todos con las manos atadas a la espalda. Veamos cómo nos describen los arqueólogos Sugiyama y Cabrera la ofrenda que conformaba el ajuar mortuorio:

> Entre los animales que conforman esta ofrenda destacan 18 cabezas de felinos y cánidos que aún conservaban las vértebras cervicales, lo que indica que fueron decapitados. Se encontraron también grandes caracoles marinos colocados en las esquinas de la fosa y en el centro, en referencia al cosmos, como en el caso de los "vasos Tláloc" del Entierro 2. Complementan este entierro cientos de artefactos de obsidiana, conchas, figurillas de piedra verde y restos de textil. Muchos rasgos de este depósito son similares a los de los entierros del Templo de la Serpiente Emplumada de la Ciudadela, por ejemplo los collares de concha y la colocación de los brazos hacia atrás, alusión al sacrificio humano.[10]

Un dato de gran relevancia es la posible procedencia de los individuos sacrificados. Así, tenemos que en el Entierro 4, ubicado en el relleno del Edificio 6 en el momento de iniciar su construcción, se hallaron 17 cráneos humanos con indicios de haber sido decapitados; el sexo, la edad, las características dentarias y la deformación craneana intencional sugieren que los individuos proce-

[10] Sugiyama y Cabrera, *op. cit.*, p. 47.

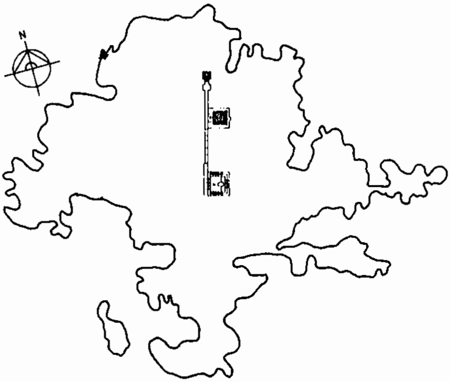


FIGURA 7. Superficie de la ciudad durante la Fase Tlamimilolpa (250-450 d.C.).

dían de distintas regiones mesoamericanas. Lo anterior se refuerza con los datos que proporcionó el Entierro 5 —al parecer ofrendado en la clausura de la construcción del Edificio 5—, donde se encontraron diversos objetos, y entre ellos varios hechos de jade, lo cual hace pensar que posiblemente provengan de la región maya, concretamente de la cuenca del río Motagua. Por otro lado, la posición de los tres individuos principales, en "flor de loto" y orientados hacia el poniente, nos recuerda algunos entierros de Kaminaljuyú, Guatemala, en los que se han encontrado personajes de alta jerarquía colocados en esa posición. No olvidemos que ese sitio guarda elementos asociados con Teotihuacan.

Hasta aquí lo concerniente a edificios de gran significado religioso y simbólico. Veamos ahora qué ocurría con conjuntos habitacionales que siguieron usándose o a los que se superpusieron otras etapas constructivas, como sucedió al parecer con La Ventilla. Al norte de los conjuntos mencionados anteriormente en este lugar, el de los Glifos y el de los bordes decorados en rojo, se descubrió un espacio abierto en forma de T que cubre 16 000 metros cuadrados y que se piensa fue utilizado para actividades públicas,

como mercado del "barrio" o para la práctica del juego de pelota, si bien en un principio se creyó que quizá había sido un área destinada al almacenaje de agua, como otras que existen en la ciudad. Al norte de este espacio está el Conjunto Arquitectónico A, que corresponde a unidades de habitación popular o doméstica, con cuartos alrededor de pequeños patios construidos de piedra o adobe, con piso de tierra o estuco. Con base en los datos estratigráficos obtenidos, este conjunto comenzó su actividad hacia la Fase Tlamimilolpa, es decir que fue contemporáneo de los conjuntos antes citados, aunque sus características arquitectónicas contrastan de manera significativa, pues los conjuntos de los Glifos y de los decorados en rojo muestran detalles más elaborados, con finos estucos y murales sobre las paredes, y patios más amplios que los del Conjunto Arquitectónico A. El estudio de los materiales obtenidos en el lugar y de los más de 300 entierros encontrados (adultos y niños) bajo los pisos llevó a las siguientes conclusiones:

> El hallazgo y registro de materiales de uso doméstico y otros de tipo utilitario asociados con diversos procesos de producción confirmaron que la función del Conjunto Arquitectónico A se relaciona con la vivienda y ocupación de varios grupos domésticos dedicados a la producción artesanal especializada en lapidaria y concha.[11]

Para ese momento la ciudad tenía ya plenamente establecida su distribución y crecía en conjuntos delimitados por calles estrechas que servían de unión entre uno y otro. El de Tlamimilolpa es uno de ellos, excavado por Sigvald Linné y que en mucho nos recuerda, por su distribución interna, el Conjunto Arquitectónico A. Otro conjunto, localizado hacia el sureste de la ciudad, es el de Teopancazco, donde se han encontrado vestigios que indican que se realizó un ritual de terminación en la Fase Tlamimilolpa Tardía, que consistía en la destrucción intencional de cerámica asociada a artefactos de piedra y concha, cuyos restos se encontraron sobre el

[11] Gómez Chávez, *op. cit.*

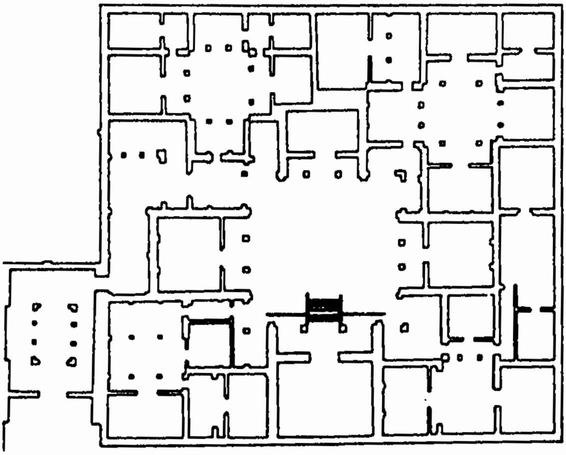


FIGURA 8. Planta y reconstrucción de Zacuala, un barrio de viviendas de Teotihuacan.

piso, en la esquina noroeste del patio principal; ambos conjuntos datan de 350 d.C., de acuerdo con lo que se pudo obtener con las técnicas de carbono 14 y arqueomagnetismo. El conjunto de Teopancazco siguió siendo habitado en la fase siguiente, por lo que volveremos a él más adelante, pues proporcionó otros datos interesantes.[12]

Algunos de estos conjuntos presentan la característica de estar rodeados por muros con accesos al interior, formando cuadrados de aproximadamente 60 m por lado. Entre los vestigios que cubren a esas edificaciones, tenemos el caso de la Ciudadela, en donde el Templo de la Serpiente Emplumada, con su rico decorado de serpientes, conchas y caracoles, estaba rodeado por un nuevo edificio con talud y tablero en los que se aprecian pinturas en color rojo. Se encontró el acceso de un túnel de saqueo que penetra por una de las esquinas al Templo de la Serpiente Emplumada, lo que nos ha-

[12] Véase el artículo de Linda Manzanilla "Teopancazco: un conjunto residencial teotihuacano", *Arqueología Mexicana*, vol. XI, núm. 64, México, noviembre-diciembre, 2003, pp. 50-53.

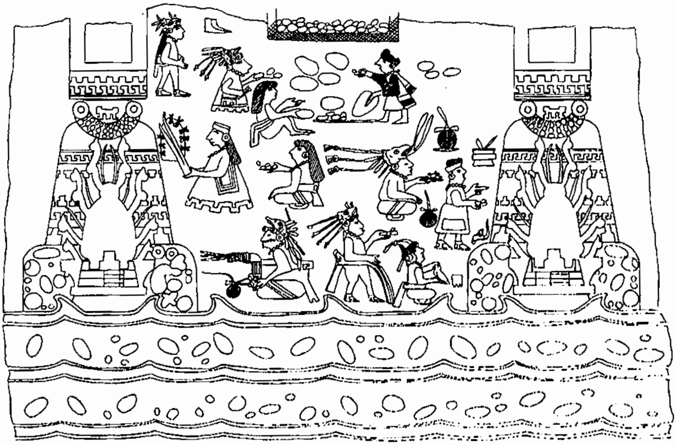


FIGURA 9. Mural (hoy desaparecido) del Templo de la Agricultura en la Calle de los Muertos.

bla de posibles cambios sociales o políticos en esa fase, como ya lo habíamos señalado.

En la esquina suroeste de la Plaza de la Luna estaba el edificio de los Caracoles Emplumados, así llamado por la decoración de los pilares, en cuyos tableros pueden apreciarse aves en vuelo que arrojan un chorro de agua sobre lo que parece ser una flor, que hemos identificado como posible símbolo de Teotihuacan. Se ha considerado también que la pintura más antigua del Templo de la Agricultura, excavado por Batres a finales del siglo XIX, pertenece a esta fase, al igual que el edificio de los Animales Mitológicos, ambos localizados en la Calle de los Muertos, muy cerca de la Plaza de la Luna.

Hay evidencias de que la ciudad tenía una relación más estrecha con ciertas regiones mesoamericanas, como la región maya, Oaxaca y la costa del Golfo; prueba de ello son los diversos hallazgos ya mencionados: los objetos encontrados en el Entierro 5 en la Pirámide de la Luna y el barrio zapoteca en el oeste de la ciudad.

Se han encontrado indicios de que en esta fase la ciudad ya no continuó extendiéndose, sino al contrario, se restringió a 22 kiló-

metros cuadrados, aunque la población siguió en aumento, llegando a 65 000 habitantes.

Fase Xolalpan (450-650 d.C.)

En esta fase, Teotihuacan alcanza su máxima presencia en el ámbito mesoamericano. No se ha podido precisar si debido al comercio, por imposición militar o por cualquier otra forma, pero lo cierto es que, así como en Teotihuacan encontramos presencia de otras culturas, en muchas partes de Mesoamérica hallamos rastros teotihuacanos. Por ejemplo, en la región maya de Copán, Honduras; en Kaminaljuyú, Guatemala —donde se han encontrado representaciones de individuos ricamente ataviados con elementos teotihuacanos, entre ellos escudos y armas—; en Cholula, Puebla; Monte Albán, Oaxaca, y Matacapan, Veracruz, donde igualmente se han identificado elementos que establecen con claridad su relación con Teotihuacan. Regresaremos a este tema más adelante, cuando tratemos la expansión de la cultura teotihuacana.

La Calle de los Muertos, con su área ceremonial y de habitación, como podemos verla actualmente, corresponde a esta fase. Conjuntos habitacionales como Tetitla, Yayahuala, Zacuala, Atetelco, Tepantitla, Xolalpan, Tlamimilolpa, La Ventilla, Teopancazco, etc., tienen su inicio en fases anteriores y continúan en ésta. El Palacio de las Mariposas, en la esquina suroeste de la plaza de la Pirámide de la Luna, corresponde a la parte final de esta fase. Hay que destacar que, a diferencia de los conjuntos mencionados —algunos de los cuales tienen una dimensión aproximada de 60 × 60 m por lado y acceso restringido desde la calle—, el Palacio de las Mariposas presenta ciertas características que hacen pensar en que cumplía funciones de casa habitación de personajes de la más alta jerarquía, o que se trataba de un edificio civil, tanto por su ubicación como por su distribución interior. En efecto, al edificio se accede por una amplia escalinata —que se encuentra en el ángulo suroeste de la gran plaza de la Luna—, la cual lleva a un amplio vestíbulo en el

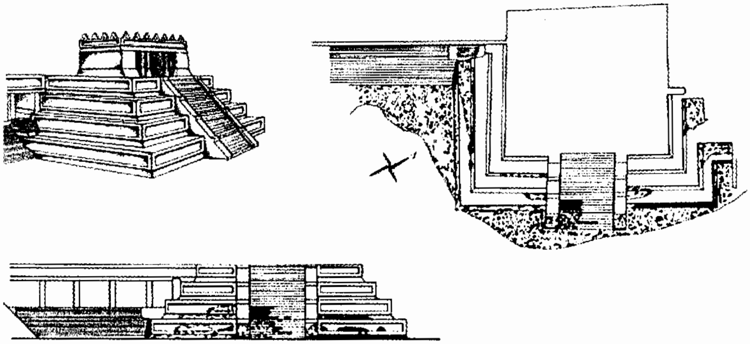


FIGURA 10. Edificio del ángulo suroeste de la plaza de la Luna, que da acceso al Palacio del Quetzalpapálotl.

que aún se conservan restos de pintura mural. Una enorme cabeza de felino a la derecha de la escalinata parece dar la bienvenida. Ya en el interior del vestíbulo, y a la derecha de éste, se encuentra una puerta de acceso que desemboca en un elegante patio con pilares de piedra y pasillos donde pueden verse representaciones pictóricas con murales de fondo rojo sobre los que se aprecian cortes de caracoles en tono verde con círculos de mica sobre ellos. De los pasillos que circundan el patio se pasa a tres aposentos amplios. Cuando fueron excavados en 1962 y 1963, se encontraron pozos de saqueo en el centro de los aposentos y en las esquinas. Por cierto que, en el cuarto del lado oeste, en el interior del pozo de saqueo, se encontró una lápida, rota por la mitad, hecha de *tecalli* o travertino, con la figura de un posible sacerdote ataviado con elementos felinos. En el cuarto del norte se encontró una escultura hecha con el mismo material representando un felino. Los pilares mencionados están labrados con figuras de aves vistas de perfil por tres de sus lados, en tanto que las que corresponden a los pilares del lado oeste del patio están colocadas de frente, resaltando así la importancia del lado poniente del universo, lugar por donde se oculta el Sol. Estos pilares estuvieron pintados y aún pueden apreciarse restos de colores amarillo, verde y rojo; sirvieron para soste-

ner el friso del techo del palacio. En la parte alta, en cada pilar, se encuentran remates ornamentales (almenas) con el símbolo del año pintado en rojo. Como ya mencionábamos, las características de este conjunto hacen pensar que se trata de un lugar destinado para habitación o para funciones administrativas de la élite teotihuacana del más alto nivel, pues difiere totalmente de los conjuntos a los que nos hemos venido refiriendo.

Continuando con nuestra relación, no es de extrañar que prácticamente todos los muros de los conjuntos —y en algunos casos hasta los pisos— tengan restos de pintura; por ejemplos los pumas de Tetitla, el mural del *Tlalocan* en Tepantitla así como el de los sacerdotes que arrojan granos a la tierra en este mismo conjunto. De años posteriores, pero dentro de esta misma fase, son los muros del Patio Blanco de Atetelco y los del Patio de los Jaguares —este último, situado en el poniente del Palacio de las Mariposas, invoca al dios de la Lluvia—, el nivel superior de Tetitla y los muros del Patio Pintado de Atetelco, entre otros.

Esta fase es de esplendor para Teotihuacan; presenta ya toda la complejidad de una gran ciudad. Bloques con grandes muros for-

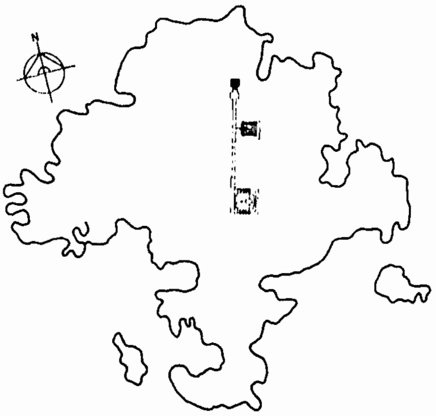


FIGURA 11. Superficie de la ciudad durante la Fase Xolalpan (450-650-d.C.).

CUADRO III.1. *Desarrollo de Teotihuacan*

Fases	*Años d.C.*	*Dimensiones km*	*Población*
Tzacualli	1-150	17	30 000
Miccaotli	150-250	22.5	45 000
Tlamimilolpa	250-450	22	65 000
Xolalpan	450-650	20.5	85 000
Metepec	650-750	20	70 000
Oxtotípac	750-850		5 000

NOTA: Actualmente se piensa que el abandono de la ciudad ocurrió entre cincuenta y cien años antes (George Cowgill, "An update on Teotihuacan", *Antiquity*, 82, EUA, pp. 962-975).

man los conjuntos habitacionales, que están rodeados por calles estrechas que los dividen. Por lo general cada conjunto habitacional comprende áreas diversas en las que se realizan diferentes actividades. En Oztoyahualco se han podido definir algunas de ellas: una servía para la preparación y consumo de alimentos, otra para el almacenamiento y una más para los desechos; había también áreas para los dormitorios y, desde luego, un sector para culto y otro para enterramientos.[13] A principios de esta fase, en Teopancazco, lugar habitacional de personas de clase media alta, se han encontrado restos que han permitido obtener varias fechas, que van de 440 a 465 d.C. Se piensa que durante su ocupación Teopancazco fue cambiando de estatus, como ocurre actualmente, en el que se nota un nivel económico "más holgado que en tiempos anteriores".[14] Al parecer, hacia esas fechas se elaboraban trajes y adornos de la clase alta teotihuacana, como lo sugieren los análisis que se han

[13] Linda Manzanilla, *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyahualco*, 2 vols., UNAM-IIA, México, 1993. Véase también el artículo "Armonía en el tiempo y el espacio", *Arqueología Mexicana*, vol. I, núm. 1, México, abril-mayo, 1993, pp. 16-19.

[14] Manzanilla, *op. cit.*, 2003, p. 53.

practicado en restos de hueso trabajado, sellos, mala[illegible] de cerámica, y en restos de fauna local y de la costa [illegible] cual, "... por su plumaje, cuero, pelo o coraza, ofrecía [illegible] mas para coser a las mantas de algodón que probablemente [illegible] de Veracruz al conjunto".[15]

Por otra parte, es impresionante el sistema de [illegible] contaba la ciudad para el agua pluvial, el cual forma[illegible] cada red subterránea con canales menores que con[illegible] mayor. En la Calle de los Muertos se pueden ver [illegible] corren paralelos y desembocan en el río San Juan [illegible] vorios servían para almacenar agua para así abaste[illegible] además de que en cada conjunto habitacional exist[illegible] patios en los que se podía almacenar agua, pues se [illegible] tapones de piedra que se utilizaban para evitar la salida [illegible] posible que el llamado Gran Conjunto, frente a la [illegible] sido utilizado como mercado para la concentración [illegible] de diferentes productos.

Es también en esta fase cuando la densidad [illegible] Teotihuacan llegó a su máximo, si bien paradójica[illegible] lo mismo con las dimensiones de la urbe; ésta redu[illegible] a 20.5 kilómetros cuadrados. Se ha estimado con[illegible] que para ese momento la ciudad tenía alrededor de [illegible] tantes, aunque bien pudo rebasar los 100 000 habit[illegible] es segura, Teotihuacan era entonces la ciudad [illegible] Mesoamérica.

Fase Metepec (650-750 d.C.)

En esta fase se nota una decadencia en algunas exp[illegible] rales, como la cerámica y la arquitectura. En La Ventilla [illegible] lizado una secuencia estratigráfica que indica la [illegible] zona desde los inicios de Teotihuacan hasta la Fase Me[illegible]

[15] *Idem.*

CUADRO III.1. *Desarrollo de Teotihuacan*

Fases	*Años d.C.*	*Dimensiones km*	*Población*
Tzacualli	1-150	17	30 000
Miccaotli	150-250	22.5	45 000
Tlamimilolpa	250-450	22	65 000
Xolalpan	450-650	20.5	85 000
Metepec	650-750	20	70 000
Oxtotípac	750-850		5 000

NOTA: Actualmente se piensa que el abandono de la ciudad ocurrió entre cincuenta y cien años antes (George Cowgill, "An update on Teotihuacan", *Antiquity*, 82, EUA, pp. 962-975).

man los conjuntos habitacionales, que están rodeados por calles estrechas que los dividen. Por lo general cada conjunto habitacional comprende áreas diversas en las que se realizan diferentes actividades. En Oztoyahualco se han podido definir algunas de ellas: una servía para la preparación y consumo de alimentos, otra para el almacenamiento y una más para los desechos; había también áreas para los dormitorios y, desde luego, un sector para culto y otro para enterramientos.[13] A principios de esta fase, en Teopancazco, lugar habitacional de personas de clase media alta, se han encontrado restos que han permitido obtener varias fechas, que van de 440 a 465 d.C. Se piensa que durante su ocupación Teopancazco fue cambiando de estatus, como ocurre actualmente, en el que se nota un nivel económico "más holgado que en tiempos anteriores".[14] Al parecer, hacia esas fechas se elaboraban trajes y adornos de la clase alta teotihuacana, como lo sugieren los análisis que se han

[13] Linda Manzanilla, *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyahualco*, 2 vols., UNAM-IIA, México, 1993. Véase también el artículo "Armonía en el tiempo y el espacio", *Arqueología Mexicana*, vol. I, núm. 1, México, abril-mayo, 1993, pp. 16-19.

[14] Manzanilla, *op. cit.*, 2003, p. 53.

practicado en restos de hueso trabajado, sellos, malacates y botones de cerámica, y en restos de fauna local y de la costa del Golfo, la cual, "... por su plumaje, cuero, pelo o coraza, ofrecía materias primas para coser a las mantas de algodón que probablemente llegaban de Veracruz al conjunto".[15]

Por otra parte, es impresionante el sistema de drenaje con que contaba la ciudad para el agua pluvial, el cual formaba una intrincada red subterránea con canales menores que convergían en uno mayor. En la Calle de los Muertos se pueden ver dos canales que corren paralelos y desembocan en el río San Juan. Grandes reservorios servían para almacenar agua para así abastecer a la ciudad, además de que en cada conjunto habitacional existían pequeños patios en los que se podía almacenar agua, pues se han encontrado tapones de piedra que se utilizaban para evitar la salida de agua. Es posible que el llamado Gran Conjunto, frente a la Ciudadela, haya sido utilizado como mercado para la concentración y distribución de diferentes productos.

Es también en esta fase cuando la densidad poblacional de Teotihuacan llegó a su máximo, si bien paradójicamente no sucede lo mismo con las dimensiones de la urbe; ésta reduce su extensión a 20.5 kilómetros cuadrados. Se ha estimado conservadoramente que para ese momento la ciudad tenía alrededor de 85 000 habitantes, aunque bien pudo rebasar los 100 000 habitantes. Una cosa es segura, Teotihuacan era entonces la ciudad más poblada de Mesoamérica.

Fase Metepec (650-750 d.C.)

En esta fase se nota una decadencia en algunas expresiones culturales, como la cerámica y la arquitectura. En La Ventilla se ha localizado una secuencia estratigráfica que indica la ocupación de esta zona desde los inicios de Teotihuacan hasta la Fase Metepec y aún

[15] *Idem.*

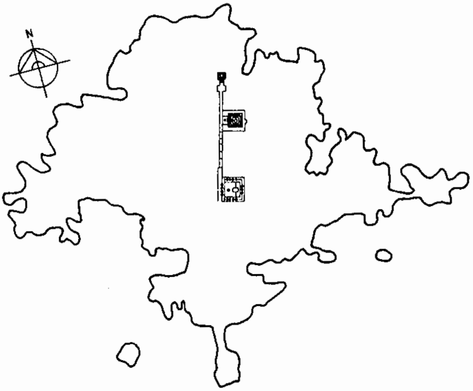


FIGURA 12. Superficie de la ciudad durante la Fase Metepec (650-750 d.C.).

después. (Por cierto, al parecer en esta fase surgió un asentamiento teotihuacano en las laderas del cerro de Chapultepec, donde se han encontrado vestigios que apuntan hacia ese hecho.)

La extensión de la ciudad se reduce a unos 20 kilómetros cuadrados y la población disminuye, llegando a ser de unos 70 000 habitantes.

Fase Oxtotípac (750-850 d.C.)

Para ese momento se nota una abrupta disminución de la población, que se ha calculado para este periodo en cerca de 2 000 a 5 000 habitantes. En esta fase la mayor parte de la ciudad fue abandonada y quemada; sólo algunos grupos ocupan sectores que antes habían sido de gran sacralidad. Es el caso de la parte norte de la Pirámide del Sol, donde se encontraron vestigios de casas muy sencillas con muros de piedra y pisos de barro o de un estuco bastante deficiente; un baño de temascal similar a uno de los encontrados en Xochicalco y que se ubican entre 700 y 900 d.C.; un gran muro ciclópeo de acabado muy burdo, sin recubrimiento de

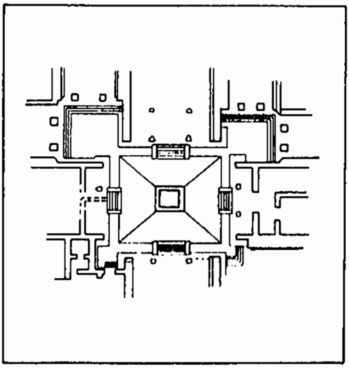


FIGURA 13a. Atetelco, Teotihuacan.

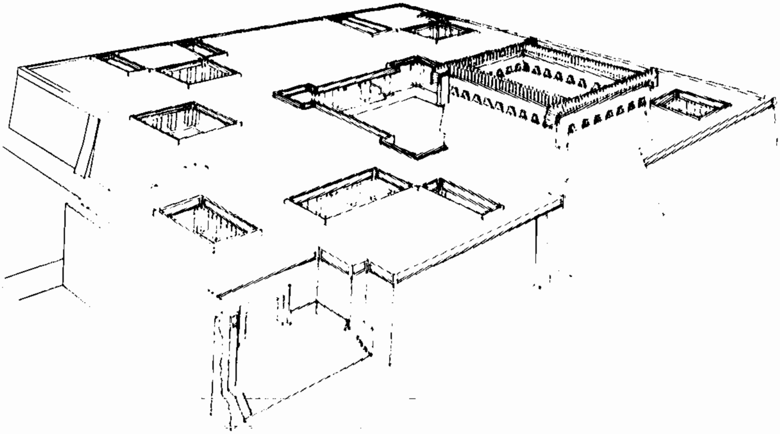


FIGURA 13b. Atetelco, reconstrucción.

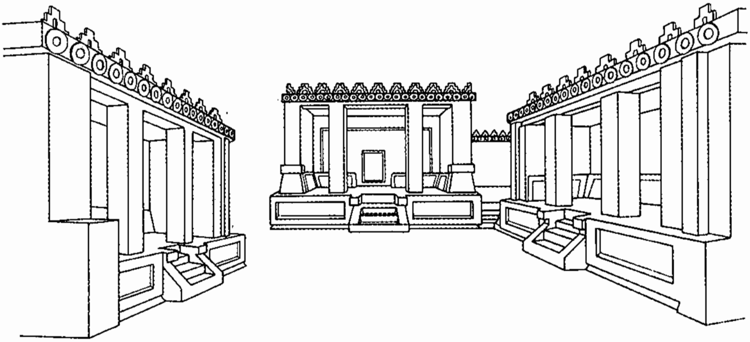


FIGURA 13c. Conjunto del Patio Blanco de Atetelco, Teotihuacan.

ningún tipo, sobre el muro que formaba el lado externo de la plataforma en forma de U que rodea a la Pirámide del Sol. Tanto el muro como las habitaciones mencionadas fueron construidos pocos años después del abandono de la ciudad, pues se llegó a acumular algo de tierra sobre los pisos, como puede apreciarse hoy en día. Pensamos que todos estos vestigios son todos correspondientes a este periodo, como lo indican algunos restos cerámicos hallados en el lugar.

Otro sitio en donde se ha detectado ocupación posterior a la caída de Teotihuacan es en el Frente 1 de La Ventilla. En el sur del conjunto se encontraron evidencias de ocupación Coyotlatelco —se denomina así a un tipo de material cerámico perteneciente a un momento inmediato posterior al abandono de una parte de la ciudad—, consistentes en muros de piedra burdos construidos sobre el piso y objetos de uso doméstico así como entierros. Lo mismo ocurre en el conjunto vecino, Frente 2, de donde se obtuvieron indicios de la ocupación del lugar desde la Fase Miccaotli hasta la Fase Metepec, y una posterior que denota un cambio significativo, como lo señala Gómez Chávez:

> En varias partes de este conjunto también se registraron evidencias de una ocupación Coyotlatelco, la cual, como en otros conjuntos de

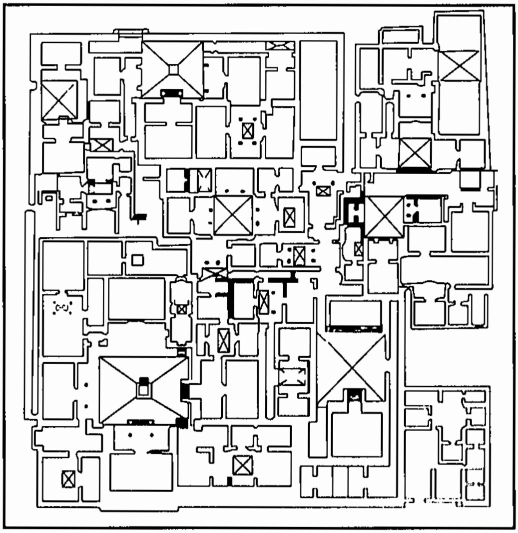


FIGURA 14. Tetitla, conjunto habitacional con sus patios interiores, pasillos y habitaciones.

La Ventilla, ocurrió directamente sobre los pisos de la última etapa de construcción teotihuacana o sobre el derrumbe de los edificios.[16]

Diversos vestigios en diferentes partes de la antigua ciudad apuntan a que ésta fue incendiada. Los motivos de esto y del abandono no han sido totalmente dilucidados, aunque existen varios planteamientos sobre el tema. A un análisis de ellos nos abocaremos en el capítulo que trata precisamente sobre la caída de Teotihuacan.

Para concluir, diremos que la arqueología ha permitido penetrar en diversos espacios teotihuacanos para tratar de entender el surgimiento, desarrollo y decaimiento de la urbe. Todo esto conlleva conocer paso a paso los diferentes factores que intervinieron en cada etapa. Desde los primeros intentos por conocer las

[16] Gómez Chávez, *op. cit.*

características de Teotihuacan —como los trabajos de Carlos de Sigüenza y Góngora en la segunda mitad del siglo XVII en la Pirámide del Sol; las intervenciones de Desire Charnay y Leopoldo Batres en el siglo XIX; los estudios de Manuel Gamio a partir de 1917 con un grupo interdisciplinario de investigadores, entre geólogos, lingüistas, arqueólogos, minerólogos, sociólogos, etc., que publicó sus resultados en tres volúmenes con el título *La población del Valle de Teotihuacan*, y que con ello vio nacer la antropología como ciencia en México, y los múltiples proyectos que posteriormente se han realizado en Teotihuacan, tanto por el Instituto Nacional de Antropología e Historia como por otras instituciones nacionales y extranjeras—, nos hemos adentrado, en mayor o menor medida, en los pormenores de la gran urbe del centro de México. Hoy se cuenta con mejores técnicas y con el apoyo de otras disciplinas, lo que hace más confiable el dato. Estos antecedentes nos muestran cómo se fue desarrollando Teotihuacan a lo largo de siete siglos. En las siguientes páginas trataremos temas tan importantes como el surgimiento del Estado, la economía, la organización social y el gobierno; las expresiones artísticas y el pensamiento de este pueblo y, por último, lo concerniente a la caída y abandono de la ciudad.

IV. Economía y organización social

YA HEMOS VISTO CÓMO A LO LARGO DE SIETE SIGLOS LA CIUDAD de Teotihuacan fue creciendo y desarrollándose hasta llegar a ser la urbe más poblada de Mesoamérica. Pero ¿cómo estaba organizada?, ¿cuál era su economía?, ¿cuál su forma de gobierno?, ¿qué relaciones guardaba con otras ciudades contemporáneas? Para dar respuesta a todos estos interrogantes es necesario acudir al dato arqueológico, pues a diferencia de ciudades más tardías que cuentan con el apoyo de fuentes escritas, para Teotihuacan éstas son prácticamente nulas; por lo tanto, sólo a través de la arqueología podemos acercarnos a la entraña de la sociedad teotihuacana.

El Estado teotihuacano

Abordaremos el tema empezando con nuestra definición de *Estado,* la cual se cumple en Teotihuacan desde los comienzos de la ciudad, cuando ésta mostraba ya las características que le fueron propias. En el primer capítulo ya habíamos hecho alusión al concepto, pero no está de más volver a plantearlo para dejar establecido con toda precisión sus contenidos y alcances. Para ello citaremos las palabras con las que hace ya algunos años lo definí, las cuales nos indicarán a partir de qué momento podemos considerar que existe un Estado en Mesoamérica. Así, tenemos que el Estado puede identificarse cuando los indicadores arqueológicos, como son esculturas, entierros, arquitectura, etc., muestran que existe una diferencia social evidente. Lo anterior plantea que dentro de dicha sociedad hay individuos que guardan un estatus diferente al de la mayoría de la población, que empiezan a tener control político, económico y religioso y que crean los aparatos ideológicos y coercitivos mediante

los cuales mantener ese poder. Esto se manifiesta, como hemos dicho, en diversos tipos de expresión, pero de manera significativa en la arquitectura monumental, religiosa, que requiere de quién la dirija y de mano de obra suficiente para llevarla a cabo. Si esto ocurre en relación con el culto, también se expresa en el trabajo colectivo para realizar, por ejemplo, las tareas necesarias para canalizar el agua de los manantiales (en el caso de Teotihuacan) y aprovechar esos recursos para la agricultura, o para la extracción de materiales como piedra, madera y otros que son indispensables para la construcción civil y religiosa. Por lo tanto, el Estado se manifiesta en los aparatos ideológicos que controlan diversos aspectos internos de la sociedad (religión, arte, formas de gobierno, producción, relaciones entre los componentes de la sociedad y monopolio del conocimiento, entre otros) y en los aparatos coercitivos (milicia y orden interno, imposición militar sobre otros grupos, aplicación de un tributo a grupos sometidos, etc.). Con esto se hace patente la división tanto en lo social —clases o estamentos— como en el trabajo —diferentes especialistas de tiempo parcial o completo dedicados a la producción de bienes suntuarios y de uso doméstico—. Cuando ese Estado así constituido rebasa sus propias fronteras para conquistar otras regiones, estamos ante un Estado imperialista. En lo que respecta a Mesoamérica, ha habido reuniones en las que han participado distinguidos especialistas de distintas regiones para debatir si los imperios que existían entonces podrían ser considerados como tales tipos de Estado. Más adelante regresaremos sobre el asunto.[1]

Tenemos que hay dos componentes importantes para hablar de la existencia de un Estado: por un lado, un territorio específico que le es propio, cuyas fronteras están definidas, aunque en algunos casos puedan estar en litigio con otro Estado vecino, y por otro lado, una población que se reconoce como parte de ese Estado y que puede estar unida a él por razones de parentesco, por la lengua y por una historia común. Así, estas dos categorías, territorio y población, serán factores indispensables para conformar un Estado.

[1] *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XX, México, 1966.

Tenemos evidencias de que en Mesoamérica las sociedades tenían estas características, desde los olmecas hasta los pueblos del centro de México, en asentamientos como Cuicuilco y Tlapacoya, si bien en algunos de ellos se trataba de Estados incipientes en los que empezaban a mostrarse esos rasgos, que más adelante se verán más definidos en la sociedad teotihuacana o en otras posteriores.

Con estos antecedentes, pasemos ahora a analizar cómo, en Teotihuacan, el Estado se presenta como órgano de gobierno que tiene bajo su control el todo social.

Población y territorio

La primera de estas categorías ya ha sido analizada en cuanto a su evolución y a la manera en que fue aumentando. Aunque en un principio la población de Teotihuacan estaba conformada por diversos grupos, tanto locales como procedentes de Cuicuilco, hacia la Fase Tzacualli todos esos grupos comparten una determinada forma de pensamiento, tanto en lo religioso como en sus expresiones cotidianas, lo que se puede constatar en los hallazgos arqueológicos. Así lo vemos en el asentamiento poblacional propiamente, donde convergen diversos componentes culturales e ideológicos: la cueva, la erección de la pirámide/montaña sagrada, determinada orientación, la producción cerámica, arquitectónica y artística en general y otros más. Si entonces o después se incorporaban habitantes pertenecientes a otras etnias, como los zapotecos, por ejemplo, éstos conservaban sus costumbres, de ahí que podamos diferenciar claramente unas de otras. Teotihuacan se convirtió en una metrópoli cosmopolita que mantenía relación con otras regiones, sin perder por eso su sello característico, que permite al arqueólogo identificar los objetos correspondientes a su cultura.

En cuanto al territorio, resulta difícil para la arqueología saber en qué lugar exacto se encontraba el límite con territorios vecinos. A esto hay que agregar que si bien un Estado comienza con un determinado territorio, con el paso del tiempo éste puede crecer o

decrecer. Sin embargo, la presencia de algunos objetos típicos teotihuacanos puede ser de gran ayuda para tratar de establecer fronteras. De esta manera, vemos que el conocido orden arquitectónico de talud y tablero en conjunto con la cerámica y ciertas prácticas funerarias, por ejemplo, pueden ser indicadores que nos ayuden a determinar límites.

Con estos elementos podemos decir que el valle de México prácticamente formó parte del Estado teotihuacano. Los recorridos de superficie para detectar los patrones de asentamiento —efectuados tanto en Teotihuacan como en diversas áreas del valle de México por el doctor William Sanders, de la Universidad de Pensilvania, y el doctor Jeffrey Parson, de la Universidad de Michigan— han aportado una serie de datos que nos brindan un panorama sobre este asunto. Es así como se ha podido determinar que, mientras duró el apogeo de la gran ciudad, la población rural de los alrededores estuvo asentada principalmente en pequeñas villas y aldeas, y para cubrir sus necesidades dependía y seguía las directrices del grupo gobernante de Teotihuacan. Un caso concreto lo tenemos en el sitio TC-8, a pocos kilómetros al poniente de la ciudad. Se trata de una aldea nucleada excavada por Sanders y su equipo, en la que se hallaron muros y habitaciones, además de artefactos de piedra y cerámica similares a los teotihuacanos. Se encontró una abundante cantidad de objetos de obsidiana: puntas de proyectil —posiblemente de lanzas— y muchos raspadores para obtener el pulque.[2] En aquel momento este descubrimiento atrajo mucho la atención de los investigadores, pues aún predominaba la idea de que Teotihuacan era una sociedad teocrática y no tanto militarista, pero esto ha cambiado de manera radical. Lo interesante del caso es el hecho de que estos asentamientos, de aproximadamente cien habitantes, eran controlados por Teotihuacan. Otro

[2] William Sanders, "Life in a Classic Village", en *Teotihuacan*, XI Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1966. Véase, del mismo autor, *The Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley*, Pensilvania State University, 1965, y en autoría con J. Parsons y R. S. Santley, *The Basin of Mexico*, New York Academic Press, Nueva York, 1979.

tanto ocurría con áreas como la de Texcoco y Chalco-Xochimilco, respecto de la cual el doctor Parsons comenta:

> La población magra y uniformemente distribuida del periodo Teotihuacan en la región Chalco-Xochimilco podría haber sido estructurada y mantenida por Teotihuacan como una fuerza de seguridad dócil y autosuficiente, a lo largo de los linderos sureños de la zona central. Ésta pudo haber tenido una importancia especial, en vista del acceso que esta área proveía hacia la tierra templada de Morelos, el principal productor de algodón para Teotihuacan.[3]

El doctor Ignacio Bernal, quien ha atendido el problema de la existencia de un Estado imperial en Teotihuacan, está de acuerdo con la hipótesis de que el valle de México —o por lo menos buena parte de él— estuvo bajo su control directo.[4] Por otra parte, se cree que el área al noreste también estuvo directamente bajo su control; así parecen indicarlo sitios como Tepeapulco y Huapalcalco, en el actual estado de Hidalgo. El primero de ellos se encuentra a cerca de 30 kilómetros en línea recta desde Teotihuacan. Alberga edificios con talud y tablero además de evidencias cerámicas similares a los de la gran urbe. De la plaza principal parte una especie de Calle de los Muertos y, al norte de ella, vemos habitaciones con restos abundantes de obsidiana y cerámica. El edificio principal, típicamente teotihuacano, está orientado hacia el poniente. El asentamiento pareciera ser una copia en pequeño de Teotihuacan. La distancia que lo separa de la gran urbe resulta importante, ya que más al noroeste tenemos la población de Huapalcalco, cercana al actual Tulancingo a una distancia más o menos parecida a la que existe entre Teotihuacan y Tepeapulco, lo que sugiere que tal vez otro centro teotihuacano se encontraba a la misma distancia. Tanto

[3] Jeffrey Parsons *et al.*, "Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of Mexico", *Memoirs of the Museum of Anthropology*, núm. 14, Ann Arbor, University of Michigan, 1982, p. 501.

[4] Ignacio Bernal, "Teotihuacan ¿capital de imperio?", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XX, México, 1966, pp. 95-110.

en la arquitectura como en la cerámica hallada en Huapalcalco descubrimos los estilos y tipos teotihuacanos, aunque también se han identificado restos de objetos provenientes de la costa del Golfo, lo que hace suponer que había una ruta de Teotihuacan hacia la parte norte de esta región. Por otra parte, sabemos que en Hidalgo está el Cerro de las Navajas, lugar que contiene los yacimientos más importantes de obsidiana del centro de México; esto no pudo haber pasado inadvertido para los antiguos teotihuacanos, quienes con seguridad controlaron de inmediato el área, como lo señalan las investigaciones de Alejandro Pastrana acerca de la explotación y aprovechamiento de este importante vidrio volcánico, pues con él se elaboraban diversos artefactos, tanto para el culto como para uso doméstico y en armas de distinto tipo. De igual manera, la obsidiana se utilizó como elemento de intercambio comercial con otras regiones mesoamericanas.

Al norte de Teotihuacan, también en Hidalgo, está Teotlalpan, donde existen dos sitios arqueológicos en los que se han encontrado materiales cerámicos teotihuacanos. Se trata del sitio 83 y del de Chingú, descubiertos por Guadalupe Mastache y Ana María Crespo en los recorridos que emprendieron durante la década de 1970 como parte del Proyecto Tula, bajo mi coordinación. En el primero se hallaron materiales teotihuacanos, y otro tanto ocurrió en el sitio de Chingú, donde la arqueóloga Clara Luz Díaz encontró vestigios que lo relacionan directamente con Teotihuacan.[5] Es probable que estos asentamientos se deban a la existencia de grandes yacimientos de piedra caliza, indispensable para la construcción. El control teotihuacano debió de extenderse hasta esta área, pues tendrían así acceso directo a los yacimientos —que aún hoy son explotados por fábricas cementeras, ya que, a lo largo de cerca de siete siglos de existencia de Teotihuacan, todas las construcciones son edificadas con estuco (mezcla de cal, arena y agua), que se usa en paredes, techos, pisos, etc.—. La mano de obra empleada en estos

[5] Clara Luz Díaz Oyarzábal, *Chingú*, INAH, México, 1980 (Colección Científica, núm. 90).

menesteres, desde la extracción de la piedra hasta su traslado y su transformación en cal, debió de ocupar a una impresionante cantidad de personas.

Hacia el oriente, y más allá de los volcanes, se encuentra una ciudad que creció de manera paralela a Teotihuacan. Nos referimos a Cholula, cruce importante en las rutas que conectaban el altiplano central con la costa del Golfo y la región oaxaqueña, por lo que desempeña un papel relevante como punto de unión entre distintas regiones. Lo interesante del caso es que Cholula, en lo que al Periodo Clásico se refiere, creó monumentos tan o más grandes que los de Teotihuacan. Me refiero a la gran pirámide que, al igual que la del Sol en Teotihuacan, está orientada hacia el poniente y sufrió varias ampliaciones, las cuales han sido excavadas a través de túneles y de los rellenos de adobe que forman el núcleo de cada etapa constructiva. Esta impresionante masa arquitectónica y la ciudad misma se desarrollaron al mismo tiempo que Teotihuacan y, al igual que ésta, provocaron la ruralización de las áreas adyacentes. Recordemos que al sur de la ciudad y a un lado de la pirámide brotan manantiales, tal como ocurre en Teotihuacan. Cuando la ciudad vino a menos, hacia el siglo VIII de nuestra era, Cholula continuó siendo ocupada y fue un gran centro religioso, si bien había habido cambios en el asentamiento, pues al parecer la pirámide principal se había trasladado al sitio donde hoy se encuentra la plaza principal de la actual ciudad de Cholula y había cambiado el estilo de la cerámica, surgiendo la que después será muy admirada por su policromía y belleza en las sociedades tardías del centro de México. Y ya que nos referimos a la cerámica, hay que resaltar que la que el arquitecto Ignacio Marquina recuperó del interior de los túneles de excavación, por lo menos en las primeras etapas constructivas, es cerámica teotihuacana. También son teotihuacanas algunas manifestaciones pictóricas, como la pintura mural *Los borrachos,* en la que se observa a una serie de individuos que beben pulque de grandes tinajas y vasos de tipo teotihuacano; la pintura misma evoca las de Teotihuacan. Surgen entonces aquí dos interrogantes: ¿Cholula fue un centro teotihuacano?, y si no fue así, ¿qué

tipo de relación había entre ambas ciudades? Por el momento es difícil contestar ambas preguntas.

La región poblano-tlaxcalteca en general tiene elementos propiamente teotihuacanos, aunque se han hecho hallazgos que indican que durante el apogeo de Teotihuacan existió un "corredor teotihuacano"; es decir, un paso que iba de la metrópoli a las regiones costeñas, ya que se han encontrado en algunos sitios restos de fortificaciones, erigidas tal vez para defenderse de la expansión de la urbe. Hay que recordar que en periodos posteriores el área de Tlaxcala muestra una clara tendencia a mantenerse independiente de grupos ajenos.[6]

Hemos mencionado en varias ocasiones la relación que tenía Teotihuacan con la costa del Golfo. En efecto, en Matacapan y en otros lugares, como el área de la Mixtequilla, se ha encontrado su influencia en la cerámica. En cuanto al sur, en los actuales estados de Morelos y Guerrero hay evidencia de que durante el Periodo Clásico hubo presencia teotihuacana en aquella área. Algunos investigadores han hallado en Coyuca de Benítez candeleros y figurillas de cerámica que guardan semejanza con las de Teotihuacan.[7] También Eckholm habla de que entre los materiales cerámicos obtenidos en Tambuco, Acapulco, se encuentran dos tipos que tienen semejanza con los teotihuacanos.[8] Por su parte, Miguel Covarrubias hace referencia a tipos teotihuacanos y teotihuacanoides en relación con la industria en piedra. Pedro Armillas igualmente menciona figurillas teotihuacanoides en el Cerro de los Monos, en el Balsas medio y en Huetamo.[9] Esta área sureña fue importante para Teotihuacan por varias razones. Una de ellas es la existencia de yacimientos de piedras verdes, los famosos "chalchihuites", que fueron empleados desde épocas tempranas en la elaboración de

[6] Ángel García Cook, *El desarrollo cultural en el norte del valle poblano: inferencias*, INAH, México, 1976 (Departamento de Monumentos Prehispánicos, núm. 1).

[7] Roberto Weitlaner, "Exploración arqueológica en Guerrero", en *El Occidente de México*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1948, pp. 77-85.

[8] Gordon Eckholm, "Ceramic Stratigraphy at Acapulco, Guerrero", en *ibid.*, pp. 95-104.

[9] Pedro Armillas, "Arqueología del Occidente de Guerrero", en *idem.*

cuentas de collares, brazaletes y otros objetos de adorno y ceremoniales, además de que a estos materiales se les adjudicaba cierto simbolismo intrínseco. A esto se une la riqueza de los litorales, que proveían de determinadas especies de conchas y caracoles y otros productos marinos. Morelos y Guerrero también eran áreas productoras de algodón y de frutos tropicales, pero sobre todo, y sumamente importante, es que dicha área constituía el rumbo sur del universo. El movimiento solar permitió a los antiguos astrónomos observar cómo el Sol declinaba más hacia el sur en el solsticio de invierno, lo que relacionaron con mitos importantes y con la guerra, como se ha detectado con mayor precisión entre los aztecas. De esto hablaremos en el capítulo siguiente.

En la región de Occidente también se han encontrado rastros teotihuacanos en sitios como el Ixtepete, Jalisco, donde hay arquitectura de talud y tablero con características muy propias. Igualmente en Ixtlán, Nayarit, se han hallado materiales que indican relación con el altiplano, o procedentes de Colima, se han detectado ollas de tipo Comala pintadas con figuras de sacerdotes teotihuacanos de manera muy burda.[10]

La relación con la región de Oaxaca —donde los zapotecas de Monte Albán tienen la hegemonía de buena parte de los Valles Centrales— también se hace evidente de diversas maneras. Hacia la fase III-A de Monte Albán (250-500 d.C.), tenemos cerámica teotihuacana importada, a la vez que hay una producción local que imita las formas de la urbe del altiplano. También hay lápidas que representan personajes teotihuacanos, y por esas fechas se establece en Teotihuacan el barrio oaxaqueño. Algunos autores consideran que lo que en un principio pudo ser una relación amistosa, más tarde se convirtió en un enfrentamiento entre dos importantes urbes, cabezas de Estados diferentes. Lo anterior se basa en el hallazgo de 18 cráneos de infantes dentro de un pozo en Monte Albán, que parecen corresponder al patrón teotihuacano.

[10] Isabel Kelly y Eduardo Matos Moctezuma, "Una vasija que sugiere relaciones entre Teotihuacan y Colima", en *The Archaeology of West Mexico*, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, México, 1974, pp. 202-205.

La relación con la región maya se evidencia de diferentes maneras. Una de ellas es la presencia de gobernantes de origen teotihuacano en ciudades como Copán, Honduras. Se trata de K'inich Yax K'uk' Mo', a quien se identifica en los relieves como uno de los fundadores de Copán hacia el año 426 d.C. y que es enterrado al estilo teotihuacano, con un ajuar en el que se hallan cerámicas de tipo teotihuacano.[11] En Kaminaljuyú, Guatemala, tenemos estelas en las que se ven personajes ataviados con elementos propios teotihuacanos y con escudos y lanzas, por lo que pudiera tratarse de guerreros. Hay que recordar también algunos edificios con talud y tablero tipo teotihuacano similares a los del centro de México. A tal grado llegan estas manifestaciones que el doctor Kidder ha pensado que verdaderas colonias de guerreros teotihuacanos se asentaron en el lugar.[12] Piezas de cerámica de diferente tipo teotihuacano aparecen en otras localidades de la región. Una de ellas es Tikal, Guatemala, gran centro maya, en el que se ven vasijas recubiertas de estuco en las que tanto la forma como la decoración son semejantes a las teotihuacanas. En el entierro 10 se encontró un vaso cilíndrico decorado con una procesión de guerreros y tres basamentos con sus templos dentro del más puro estilo teotihuacano. Igualmente ocurre con estelas como la 4, 18, 31 y 32, en las que el dios Tláloc es representado como en la ciudad del altiplano y no a la manera maya del dios Chac.[13] No se ha podido precisar cuál es el carácter de estas manifestaciones, pero de lo que no queda duda es de que, en el momento de su apogeo, Teotihuacan tiene una presencia importante en el ámbito mesoamericano.

Lo anterior nos lleva a reflexionar acerca de la expansión teotihuacana. Pienso que el valle de México y las áreas al norte de Teotihuacan donde existen yacimientos importantes de obsidiana y piedra caliza desde luego estuvieron bajo el control directo teotihuacano.

[11] George Stuart, "Las criptas reales de Copán", *National Geographic*, vol. 1, núm. 2, diciembre de 1977, pp. 68-93.

[12] A.V. Kidder, J. D. Jennings y E. M. Shook, *Kaminaljuyu*, Carnegie Institution of Washington, Pub. 561, 1946.

[13] Ignacio Bernal, *op. cit.*, 1966.

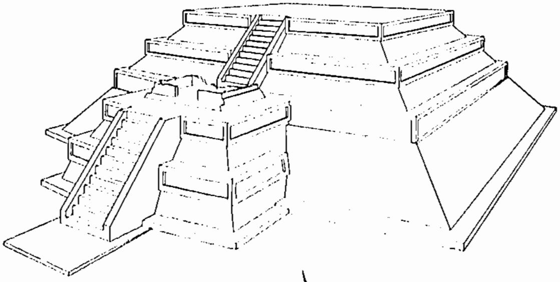


FIGURA 15. Edificio de Kaminaljuyú, Guatemala, en el orden teotihuacano de talud y tablero.

Otro tanto pudo haber sucedido en el sur, con ciertas partes de Morelos y Guerrero; donde ya no queda tan clara la dominación es en Cholula, el área poblano-tlaxcalteca, y en la región oaxaqueña controlada por el otro Estado poderoso: Monte Albán. Lo mismo ocurre en la región maya y en la costa del Golfo. Como nos preguntábamos antes: ¿se trató de simple influencia, que se manifestaba en la imitación de objetos?, ¿acaso fue imposición militar?, ¿se trató de intercambio comercial?, ¿quizá un poco de todo ello? A ciencia cierta no lo sabemos. En algunos casos parece que hubo un establecimiento militar, y en otros, sólo fue resultado de la influencia, debida al prestigio que tenía la gran urbe. Habrá que esperar nuevos hallazgos y más estudios acerca de los materiales hallados para que podamos esclarecer todo lo referente a la expansión teotihuacana.

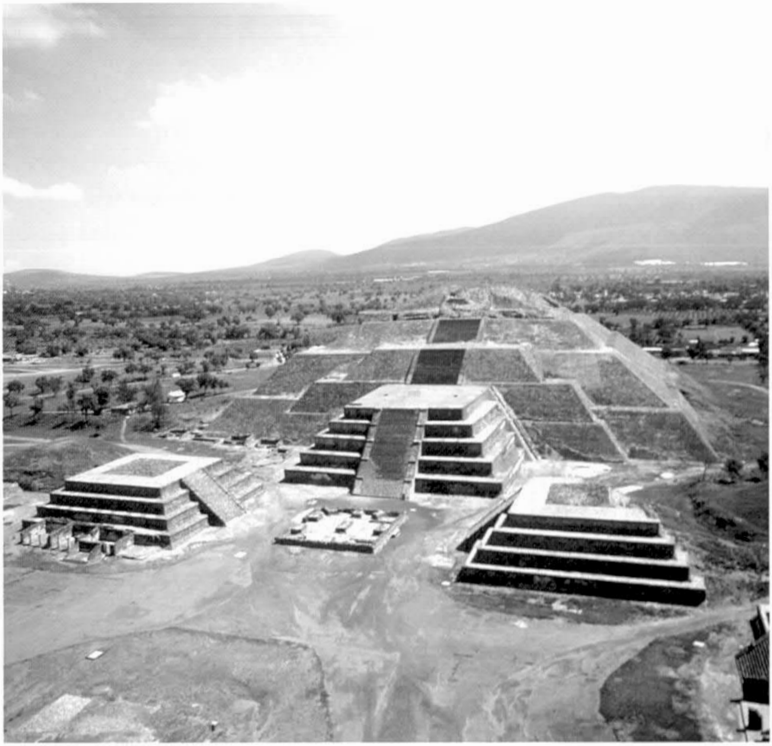
Economía, estamentos, división del trabajo y gobierno

En las páginas precedentes hemos podido observar las relaciones que Teotihuacan guardaba con otras áreas presumiblemente bajo su control y el intercambio que llevaba a cabo con regiones que a su vez tenían también una organización estatal y control

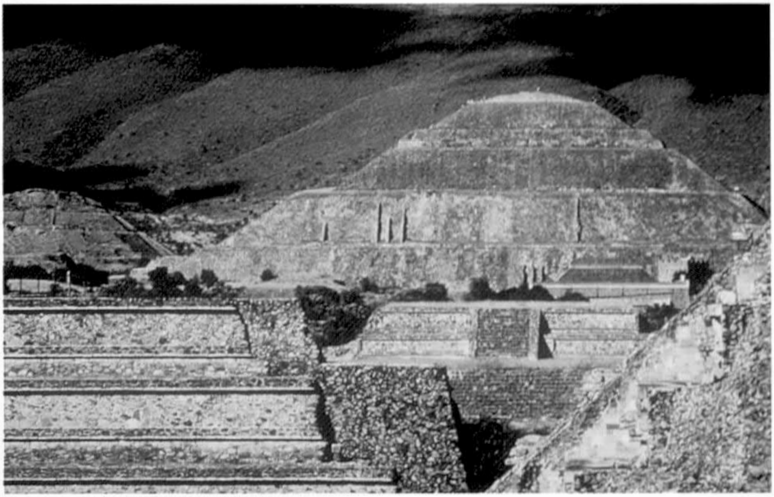
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
FILOSOFIA

áreas adyacentes. Ahora penetraremos en el corazón de la sociedad teotihuacana para conocer aspectos que conciernen a sus formas de organización interna. Para ello nos basaremos fundamentalmente en el dato arqueológico, que nos proporciona una rica información a través de las manifestaciones que el mismo teotihuacano dejó plasmadas en una diversidad de expresiones. Para comenzar, haremos alusión a la división social existente, la cual es posible rastrear en la pintura mural, la cerámica, la escultura en piedra, la habitación y las prácticas mortuorias. De ellas se infiere que la sociedad teotihuacana estuvo fuertemente estratificada. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en Tepantitla, en el mural denominado *Tlalocan,* donde se aprecia una serie de individuos que participan en juegos, cazan mariposas, nadan en el agua y cortan flores. Todos visten de manera sencilla, con un simple taparrabos, van descalzos y cuando mucho llevan algún adorno poco relevante. La zona donde se encuentran la mencionamos páginas atrás: donde brota una corriente de agua de un manantial que surge de una cueva o un ojo de agua, y que se deriva hacia áreas de cultivo. A mi parecer se trata de un área rural con sembradíos, y las actividades de los personajes representados corresponden a alguna festividad relacionada con la cosecha. Una deidad acuática preside la escena en la parte alta del mural. Tanto el ambiente rural como la vestimenta nos hablan de individuos pertenecientes al pueblo, dedicados a la producción agrícola. Son campesinos teotihuacanos que celebran el fin de la siembra o algo parecido. Por cierto, en un cuarto aledaño adonde se encuentra el mural, hallamos la representación de sacerdotes que arrojan semillas a la tierra y portan un gran tocado con lo que parece ser una cabeza de cocodrilo. No está por demás recordar que el cocodrilo es una expresión simbólica de la tierra. Esto viene a colación porque, al igual que el mural del *Tlalocan,* esta imagen es la representación de un área rural teotihuacana. En la continuación del mural del *Tlalocan,* dividido por una puerta, tenemos una representación urbana. A diferencia de los anteriores, los individuos aquí están ataviados con faldellines, sandalias, tocados y adornos, y portan bastones para jugar a la pelota. Vemos siluetas

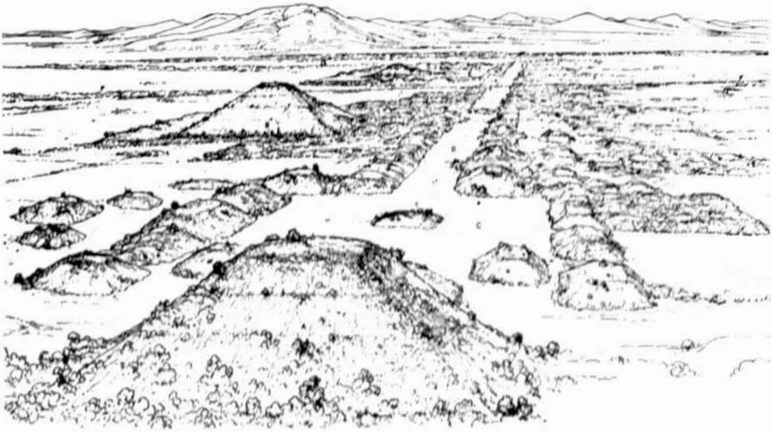
LÁMINAS



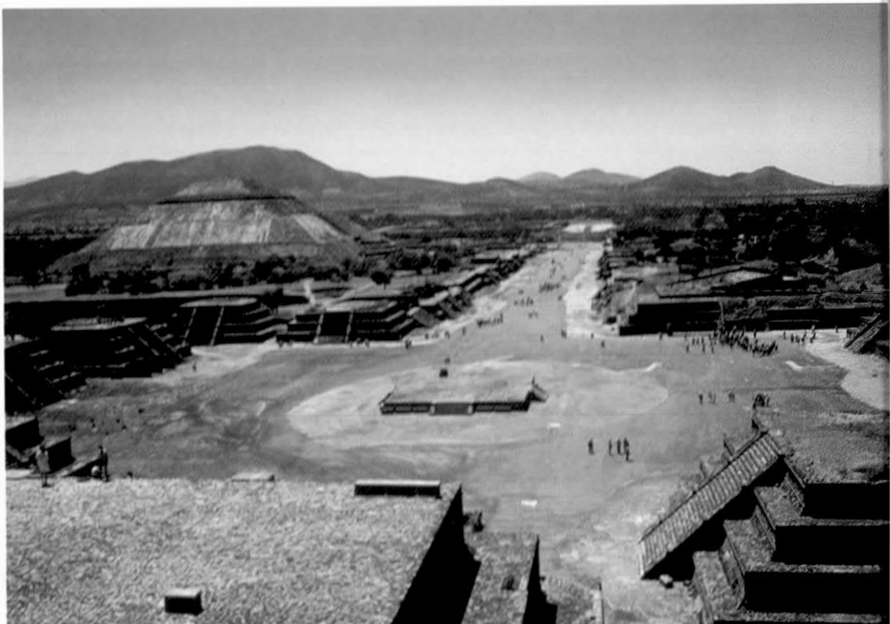
1. Vista aérea de la monumental edificación de la Pirámide de la Luna.



2. La Pirámide del Sol vista desde la Ciudadela.



3. Vista general de Teotihuacan a principios del siglo XX.



4. Vista general de Teotihuacan.

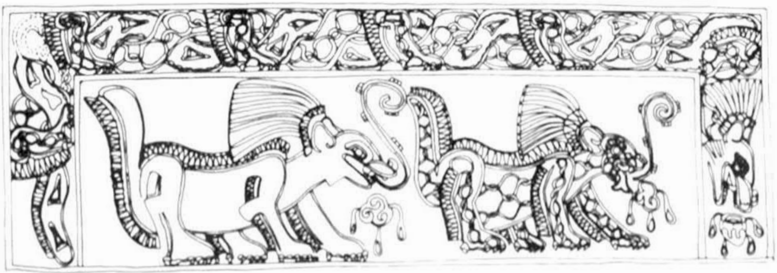
5. Edificio principal de Tepeapulco, Hidalgo.

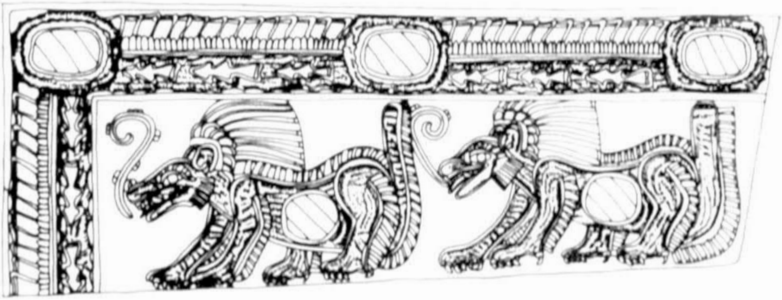
6. Temazcal o baño de vapor encontrado al norte de la Pirámide del Sol, construido después de que la ciudad fue abandonada.

7. Estructura al pie de la Pirámide de la Luna que muestra la imagen del universo en el plano horizontal.

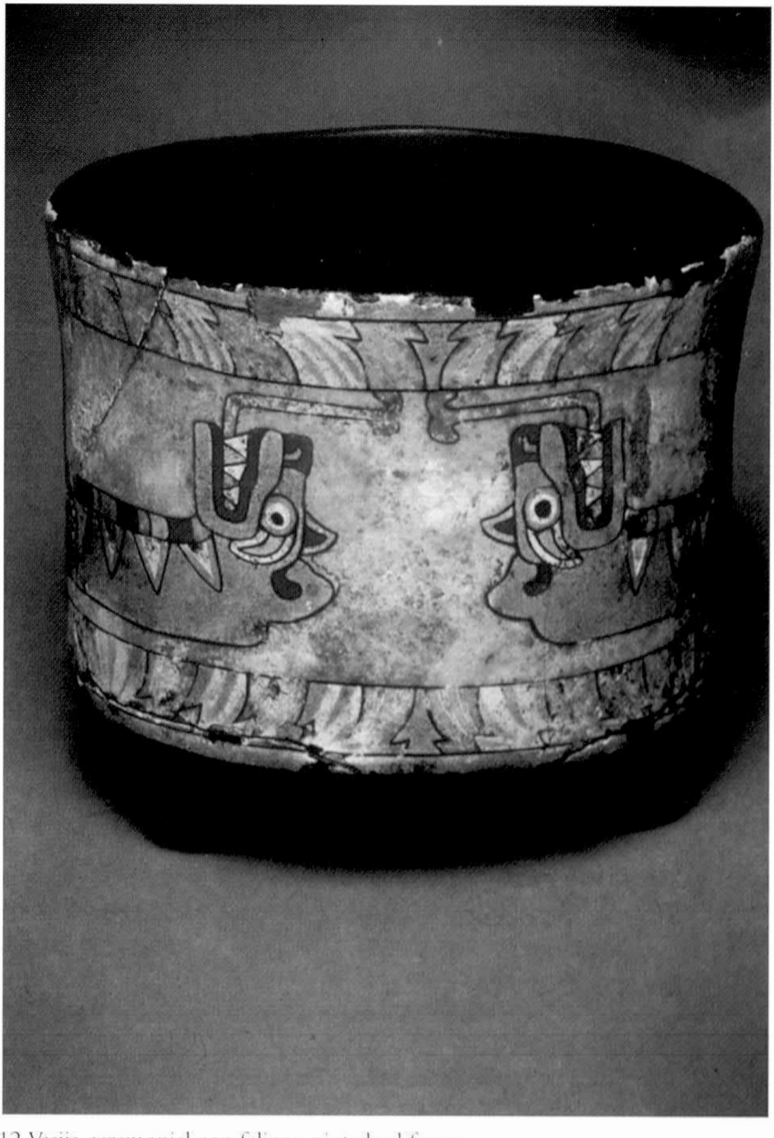
8. Pequeño adoratorio en el interior de una habitación en La Ventilla.

9. Vista general del conjunto de habitación popular de La Ventilla.



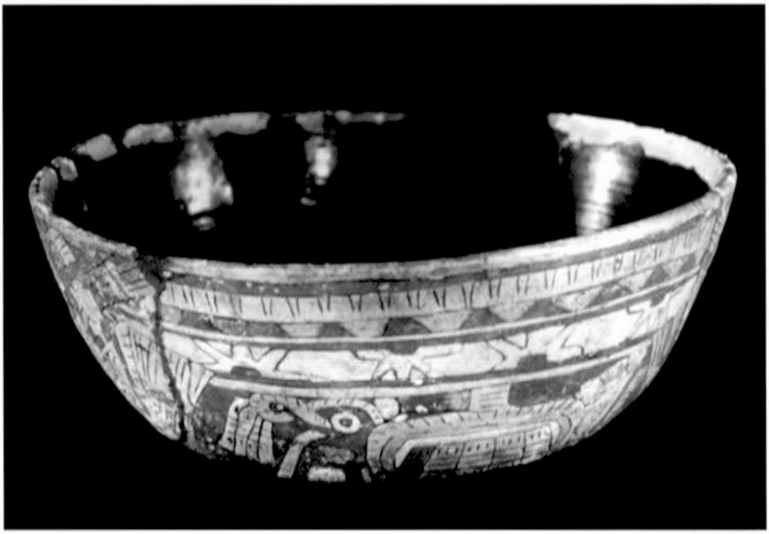


10, 11. Dibujos de los murales del Patio Blanco en Atetelco, procesión de jaguares y coyotes.

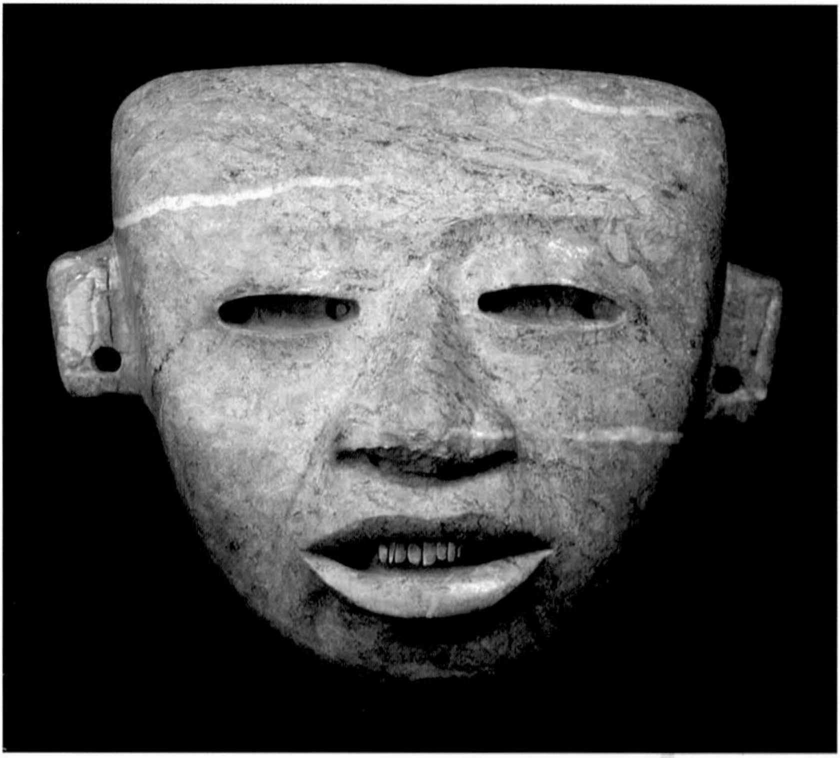


12. Vasija ceremonial con felinos, pintada al fresco.

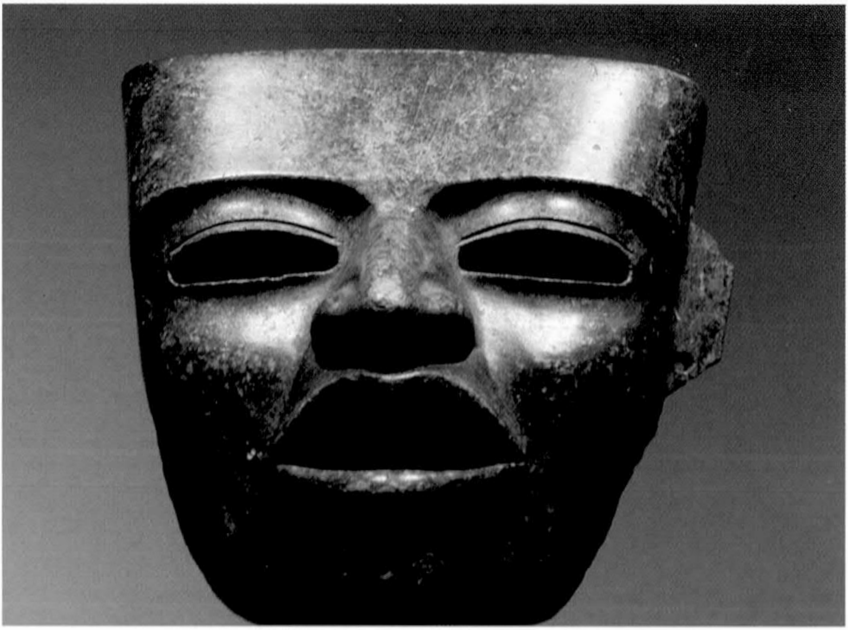
13. Vasija con motivos mayas.

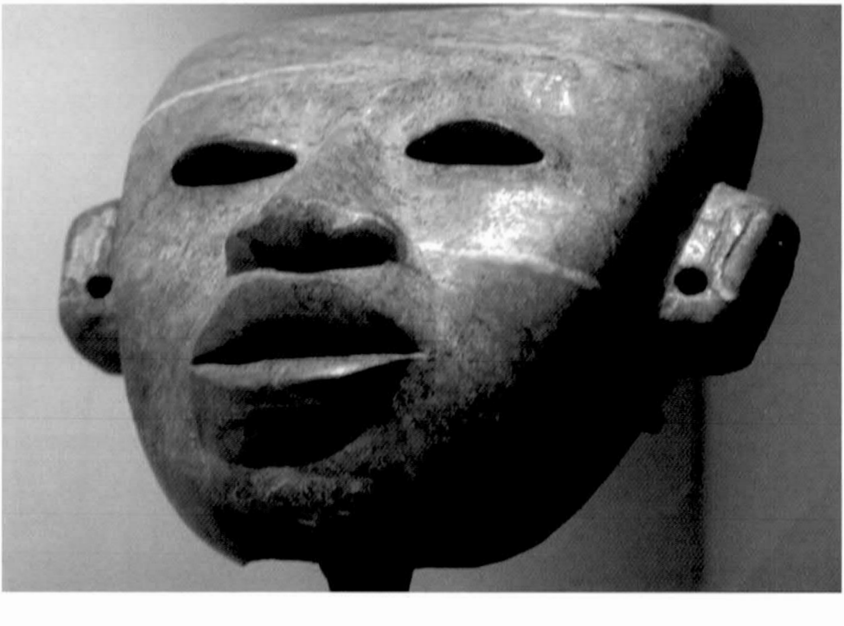


14. Vasija ceremonial policromada.



15, 16, 17. Máscaras de piedra.





18. Figura en piedra.

19. Figura articulada, en cerámica.

20. Dios Viejo, Huehuetéotl, con brasero en la cabeza.

21. Brasero "teatro" de uso ceremonial.

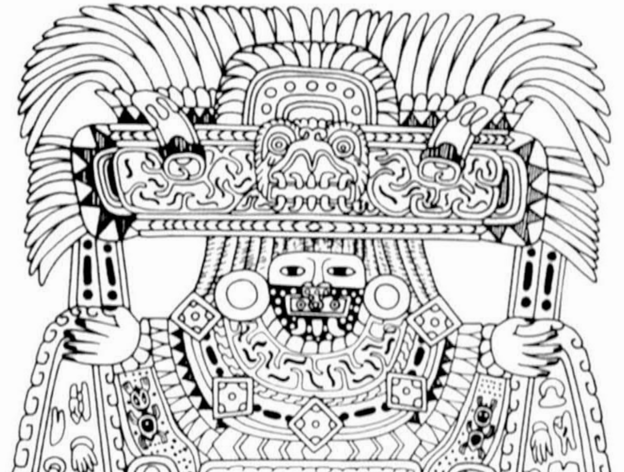
22. Entierro de un grupo; los individuos tenían las manos atadas a la espalda, Templo de Quetzalcóatl.

23. Detalle del entierro; individuo con collar formado por mandíbulas humanas.

24. Templo de Quetzalcóatl en la Ciudadela.

25. Detalle de rostro en el Templo de Quetzalcóatl.

26. Deidad arrojando dones a la tierra, Tetitla.



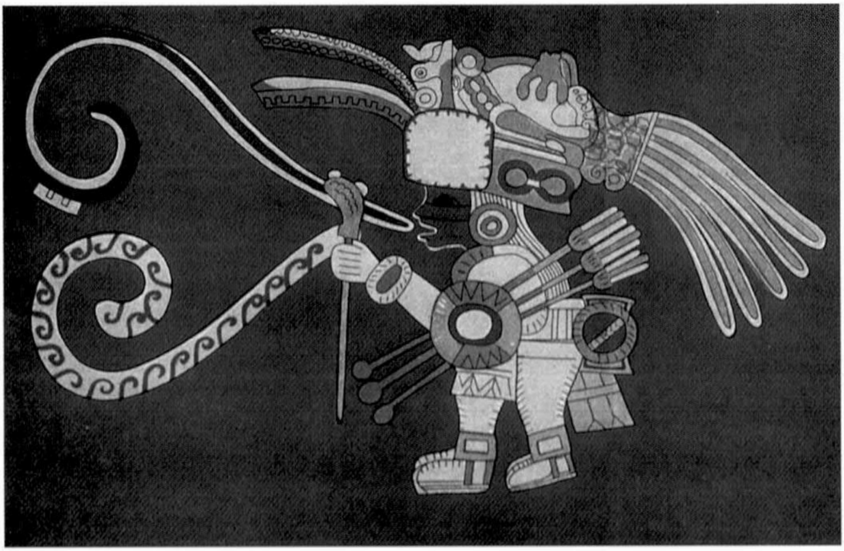
27. Dibujo de la pintura de la deidad.

28. Representación policroma de ave con pectoral.

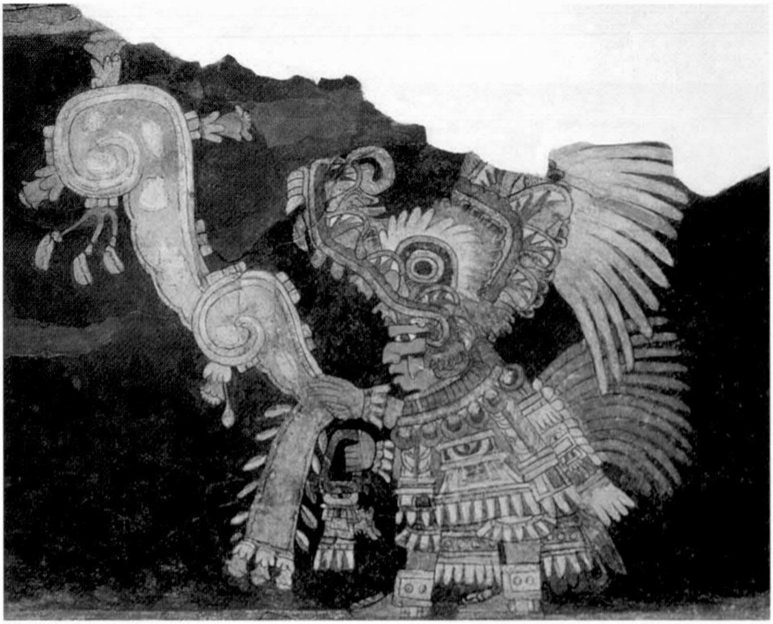
29. Detalle de sacerdote.

30. Ave policromada con escudo y dardos. Posible representación de un grupo militar.

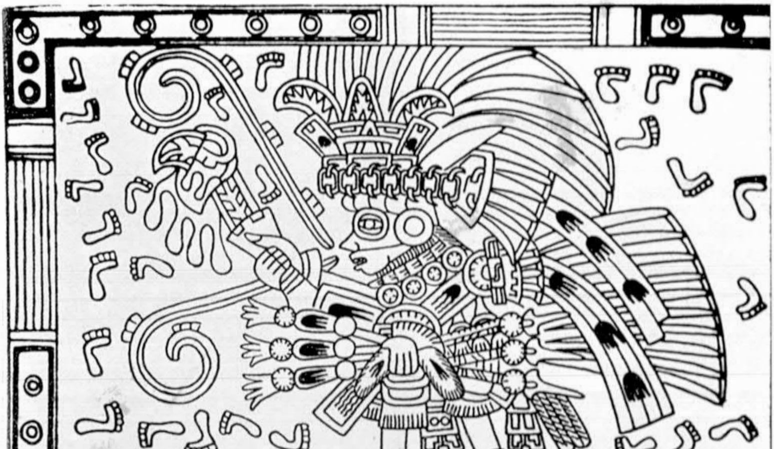
31. Reproducción del mural de los "Animales mitológicos". Calle de los Muertos.



32. Reproducción de la pintura mural de la Casa Barrios en la que se representa a un guerrero armado con escudo y dardos.



33. Sacerdote arrojando granos a la tierra en un ritual agrario, Tepantitla.

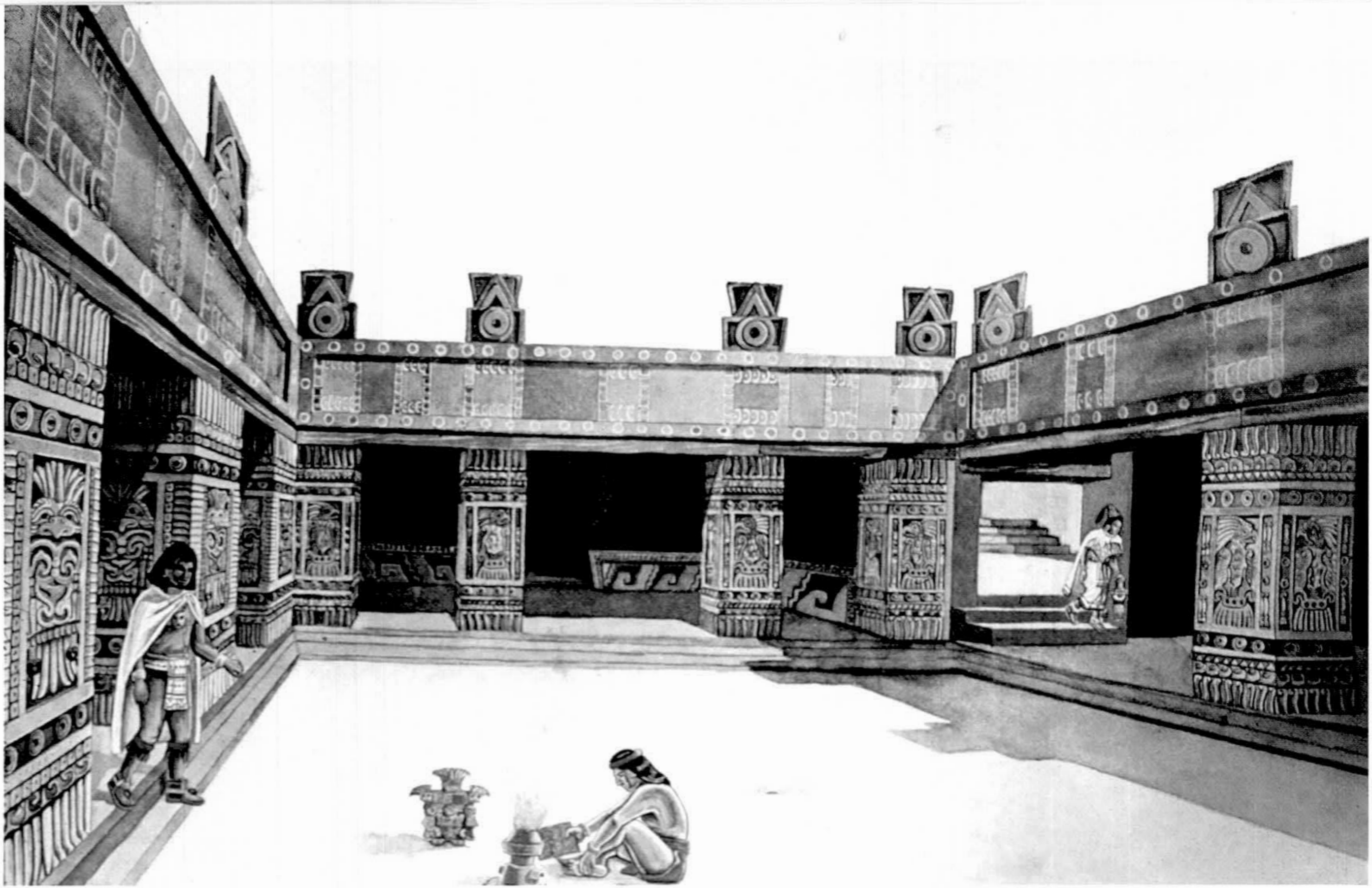


34. Guerrero armado con dardos; en la mano derecha tiene un cuchillo curvo con corazón encajado. Parece que danza sobre un templo.

35. Mural de Tepantitla.

36. Detalle del mural de Tepantitla.

BIBLIOTECA NACIONAL UNIVERSIDAD DE MEXICO
FILOSOFIA



37. La reconstrucción de El Palacio de Quetzalpapálotl (acuarela de Abel Mendoza).

de templos y marcadores para el juego similares a los encontrados en La Ventilla. Se trata, pues, de un ambiente urbano en el que participan personas de un estatus más elevado que los del primer tramo del mural. Aquí tenemos, a mi juicio, un claro ejemplo de los dos grandes estamentos en que estuvo dividida la sociedad teotihuacana: por un lado la gente del pueblo, campesinos dedicados a la producción agrícola, y por el otro, gente de la nobleza o del grupo dirigente dedicada al esparcimiento. Y al interior de cada uno de estos dos grupos se dio una compleja jerarquía social.

Un hecho interesante que vale la pena mencionar es que en la cerámica también hallamos figurillas en las que se ven personajes parecidos: individuos semidesnudos y descalzos que, por la posición de sus brazos y piernas, están en movimiento. Al mismo tiempo, tenemos figuras de personajes con ricas y elaboradas vestimentas y en ocasiones con grandes tocados sobre la cabeza. No cabe duda de que se trata de la representación de grupos sociales perfectamente diferenciados. Otro tanto ocurre con la escultura en piedra. En ocasiones se han encontrado lo que parecen ser sacerdotes o mujeres de alta jerarquía muy bien ataviadas, con faldas,

FIGURA 16. Figuras de barro que representan a individuos del pueblo y personajes ricamente ataviados.

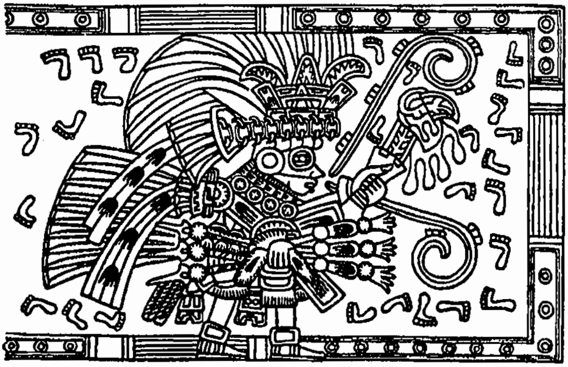


FIGURA 17. Guerrero con dardo y cuchillo con un corazón atravesado, danzando sobre un templo, Atetelco, Estado de México.

quechquémetl, orejeras, ajorcas y collares. La riqueza de la pintura mural ha mostrado muchas figuras de sacerdotes practicando determinados rituales. Baste recordar algunos de ellos, como el ya mencionado de Tepantitla que arroja granos a la tierra; otros que portan enormes plumas verdes y atavíos muy ricos y elaborados, con una bolsa en la mano que posiblemente contenga granos; o simbólicamente representados, como felinos en los pórticos del patio posterior del Palacio de las Mariposas, donde estos animales empenachados y con el lomo y la cola cubiertos de conchas, símbolo de fertilidad, tocan un caracol —con la vírgula del sonido que surge de él— en un ritual que hemos interpretado como dedicado a atraer a la lluvia. Al mismo tiempo vemos guerreros águilas, jaguares y coyotes que traen escudos y armas, como ocurre en el Patio Blanco de Atetelco, en que aparecen como militares de alto rango —por el atavío que portan—. Un ejemplo más de la jerarquía militar está presente en Tetitla, donde vemos a un guerrero felino, hincado, que se dirige hacia un templo portando un escudo en una mano y una posible macana en la otra. En un mural de Atetelco tenemos la figura de un guerrero danzante. El personaje se encuentra parado sobre una plataforma con cuatro escalinatas que conducen a su parte superior. Viste con ropajes elabora-

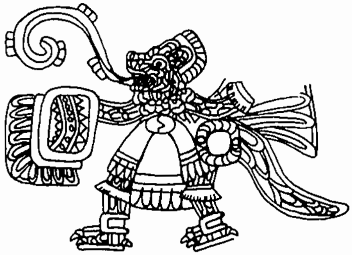


FIGURA 18. Guerrero-jaguar. Murales de Zacuala, Teotihuacan.

dos y en la mano derecha trae un haz de flechas o dardos, mientras que con la izquierda empuña un cuchillo curvo en el que está encajado un corazón sangrante. El tocado también tiene cuchillos curvos como adorno; lo interesante es que sobre el piso de la plataforma vemos una serie de huellas de pies, que a mi parecer indican los pasos de la danza. Si a esto unimos el hallazgo de personajes enterrados, como los encontrados en la tumba 4 de la Pirámide de la Luna, acompañados de un rico ajuar y orientados hacia el poniente, vemos que contrastan con los entierros hallados, por ejemplo, en el Conjunto Arquitectónico A de La Ventilla, donde había artesanos y especialistas dedicados principalmente al tallado de piedras duras y a la elaboración de objetos para la clase dirigente. También existe una marcada diferencia en el tipo de habitación que podemos encontrar en TC-8, al poniente de Teotihuacan, correspondiente a una aldea, con los habitantes de conjuntos, por ejemplo el Conjunto Arquitectónico A de La Ventilla, donde viven especialistas en la elaboración de materiales líticos antes mencionados; a la vez, éstos se diferencian de los habitantes de espacios y conjuntos como los ya mencionados de Tetitla, Atetelco, Teopancazco, Zacuala, Yayahuala, etc., que pertenecen a un nivel social más elevado.

Todos estos ejemplos nos hablan de la sociedad teotihuacana y de sus componentes sociales. No cabe duda, por lo tanto, de que existían dos grandes estamentos, uno de ellos compuesto por el grupo productor o trabajador —en el que había varios especialistas, como ceramistas, talladores de piedras, especializados en el tra-

bajo de la obsidiana, tejedores, un amplio grupo dedicado a las labores de la construcción, quienes se dedicaban a la medicina, el comercio u otras actividades dependientes de la clase dirigente, como escultores, pintores, gente abocada a aspectos administrativos que servían de apoyo a los funcionarios de mayor jerarquía, soldados, etc.— y los pertenecientes al grupo dirigente —sacerdotes, militares, administradores, arquitectos de alto nivel y otros más—. Es necesario decir que los materiales encontrados en Teotihuacan nos permiten conocer la existencia de una compleja división del trabajo, por lo que a continuación enumeraremos los principales sectores entre los que se repartían las labores.

Campesinos. Ya nos hemos referido a cómo la producción agrícola constituía uno de los pilares económicos de Teotihuacan. No creo exagerar si digo que la mayoría de las expresiones pictóricas de la urbe guardan relación, de alguna manera, con la necesidad del agua y la tierra para la agricultura. Muchas de ellas son un canto a los dioses para que envíen agua para el crecimiento de las plantas; algunas están pintadas en los murales. Así, vemos maíz, calabaza, frijol, tomate, nopal, etc. Los estudios de arqueobotánica nos ofrecen datos interesantes: diferentes análisis han podido identificar plantas que formaban parte de la dieta del teotihuacano o de su utilización para diversos menesteres; un listado de ellas nos dará un panorama sobre el tema:

Especies:

Zea mays (granos, olotes), *Scirpus sp.* (tule), *Amaranthus spp.* (alegría), *Chenopodium spp.* (huauhtzontli), *Teloxys ambrosioides* (epazote), *Portulaca sp.* (verdolaga), *Persea sp.* (aguacate).

Traídas de regiones cálidas: *Phaseolus vulgaris* (frijol); *P. coccineus* (ayocote), *Acacia sp.* (huizache), *Opuntia spp.* (tuna, nopal), *Cactaceae* (posiblemente *Mammillaria sp.*, bisnaga), *Capsicum sp.* (chile), *Physalis sp.* (tomate de bolsa), *Cucúrbita sp.* (calabaza), *Spondias sp.* (ciruela), *Prunas capuli* (capulín), *Crataegus mexicana* (tejocote).

Familia: Gramineae, Cyperaceae, Leguminosae, Malvaceae, Solanaceae, Eleagnaceae.

Fibras:

Gossypium sp. (algodón), *Ficus sp.* (amate), *Phragmites australis* (carrizo), *Fucraea sp.* (tentativa).

Familia: Liliaceae (¿izote?).

Otras:

Lagenaria siceraria (jícara), *Selaginella sp.* (doradillo).[14]

Algunas de estas plantas requerían ser cultivadas y otras eran silvestres; en cualquier caso, los teotihuacanos tenían que atender todo el proceso agrícola, desde la preparación del terreno, la siembra y cuidado de las plantas durante su crecimiento, hasta la recolección de la cosecha, el almacenamiento y la distribución de los productos obtenidos. Entre los instrumentos agrícolas con los que debieron de contar están coas hechas de madera, algunos instrumentos como pequeñas hoces y raspadores de obsidiana, posiblemente para el corte y desgranamiento de algunas plantas. No sabemos a ciencia cierta si, como ocurre en sociedades posteriores a la teotihuacana, los campesinos formaban contingentes guerreros para la expansión militar del Estado, ni si algunos de ellos se dedicaban también a la alfarería o a producir instrumentos, pero lo que sí es un hecho es que la agricultura era parte fundamental de la economía y en ella se asentaba, en buena medida, el Estado teotihuacano.

Ceramistas. La abundancia de la alfarería es impresionante. Había cerámica para uso cotidiano y para determinados rituales y ceremonias. Se han encontrado talleres como el localizado al norte de la Ciudadela en el que se hallaron cerca de 30 000 moldes para la elaboración de figuras para el culto, herramientas, barro crudo y

[14] Pueden consultarse varios trabajos de Emily McClung: *Ecología y cultura en Mesoamérica*, UNAM, México, 1984; "De la subsistencia al disfrute", *Arqueología Mexicana*, vol. I, núm. 1, abril-mayo, México, 1993, pp. 27-30, y "El paisaje prehispánico del Valle de Teotihuacan", *Arqueología Mexicana*, vol. 11 núm. 64, noviembre-diciembre, México, 2003, pp. 36-41.

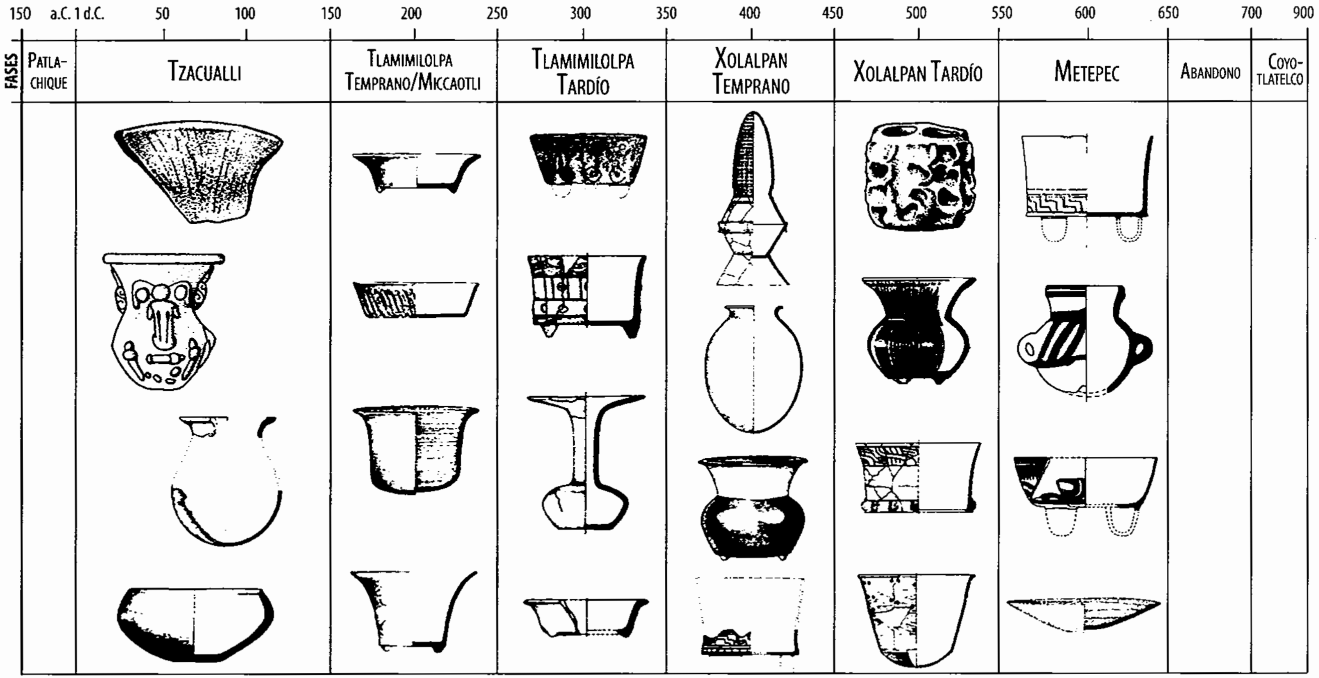


FIGURA 19. Cronología cerámica de Teotihuacan, herramienta especialmente útil para obtener fechamientos. (Información y viñetas tomadas de E. Rattray, *Teotihuacan. Cerámica, cronología y tendencias culturales*, University of Pittsburg-IIA-INAH, México, 2001.)

dos hornos abiertos construidos al aire libre. Se piensa que este taller, único en su género, sirvió a quienes residían en los conjuntos que se encontraban a ambos lados del Templo de la Serpiente Emplumada, personajes de la más alta jerarquía de la élite teotihuacana.

En general, se han hallado "vajillas" hechas y decoradas con diferentes técnicas. De las cerámicas de uso ritual y ceremonial destacan algunas que son verdaderas obras de arte por su calidad y decorado. Las hay pintadas con motivos diversos y otras manufacturadas en barros especiales, como las llamadas "anaranjadas delgado", de las que se han encontrado tazones con base anular o vasijas de paredes rectas de fino acabado, que posiblemente provengan de la región de Puebla. Entre los braseros para uso ceremonial están los famosos "braseros teatro" formados por un recipiente en el que se colocaba el copal y un conducto o chimenea por el que salía el humo en la parte alta, totalmente decorados con flores, aves, círculos, etc., y una máscara en la parte central, todo hecho en barro moldeado.

La abundancia de material cerámico lleva a pensar que un alto número de especialistas estaba dedicado a la producción de la alfarería en sus diversas modalidades. Conocían las propiedades de los barros, los desgrasantes con que se mezclaban, la tecnología para su elaboración, el calor necesario para el endurecimiento del barro, en fin, todo aquello relacionado con la obtención de vajillas, ya fueran de uso doméstico o ceremonial. El acabado final implicaba además saber del buen uso del color, del pulimento y del decorado de las diferentes piezas.

Talladores de piedras. Nos referimos aquí a aquellos artesanos que trabajaban piedras duras —algunas provenientes de lugares remotos, como el actual estado de Guerrero— en la elaboración de objetos suntuarios, como máscaras, cuentas de collar, brazaletes, ajorcas, pulseras, bigoteras, orejeras y otros más, encontrados en las excavaciones arqueológicas. Por lo general se trata de piedras verdes que debieron de ser muy estimadas. En muchas figuras humanas de cerámica o en piedra pueden verse los distintos adornos que se usaban. Otra variedad de piedra era el travertino de color

blanco procedente de Puebla, del que se hacían lápidas, esculturas, máscaras y hasta almenas utilizadas como elementos decorativos. La mayor parte de los instrumentos usados para diversos quehaceres fueron hechos en piedras duras o hueso, tales como cinceles, cuchillos, raspadores, perforadores, pulidores, etc. Desde luego que se necesitaba una gran habilidad y el conocimiento de los diferentes tipos de piedras así como de las técnicas específicas y de los instrumentos para desbastar, pulir y agujerear.

No sólo se elaboraron objetos pequeños como los ya mencionados; también se han hallado grandes esculturas talladas en piedras de origen volcánico, como la de la diosa Chalchiutlicue, deidad asociada al agua, que se encontró cerca de la Pirámide de la Luna y fue transportada a finales del siglo XIX al Museo Nacional de las Culturas en la calle de Moneda de la Ciudad de México; actualmente se exhibe en el Museo Nacional de Antropología en Chapultepec. Otras esculturas monumentales son la cabeza de felino hallada junto al vestíbulo de acceso al Palacio de las Mariposas y las muchas representaciones de cabezas de serpientes, como la que decora el edificio de la Serpiente Emplumada en la Ciudadela, o los crótalos de la serpiente de cascabel que se han encontrado en diversos lugares ceremoniales de la ciudad. Todo esto nos indica que la producción de objetos y figuras de piedra fue abundante y que quienes las hacían eran verdaderos especialistas en la materia.

Trabajo de obsidiana. Tratar aparte el trabajo de la obsidiana obedece a que se ha concluido que existía un número considerable de especialistas que se dedicaban al tallado de este vidrio de origen volcánico, el cual se encontraba en gran cantidad a lo largo y ancho de la ciudad. Los recorridos de Millon y los estudios de Michael Spence indican la presencia de talleres en el norte de la ciudad, en los que seguramente se trabajaba con este material. De obsidiana se hacían navajas prismáticas, raspadores, puntas de proyectil y de lanzas, adornos, instrumentos para raspar y muchos otros más, entre los que se cuentan los llamados "excéntricos"; es decir, una serie de figuras de diseño complicado —de ahí su nombre—

o que representaban al ser humano. Para Michel Spence, durante el periodo que va entre las fases Miccaotli y Metepec había 105 sitios en los que se trabajaba este material, y calcula que 6.5% del total de la población se relacionaba de alguna manera con esta labor. Esto querría decir que miles de personas debieron de estar abocadas a la producción de diversos objetos de obsidiana. Por otra parte, ya hemos hecho alusión a que dicho material fue usado para intercambio con otras regiones mesoamericanas.[15]

Tejedores. La gran cantidad de vestidos, desde los más simples hasta los que presentan un alto grado de complejidad, fueron elaborados por personas conocedoras de esos menesteres. Seguramente entre los artefactos utilizados para hacer las telas se encontraba el telar de cintura, de amplia difusión en Mesoamérica. Igualmente se han recuperado finas agujas de hueso y gran cantidad de malacates o husos para el hilado, estos últimos hechos de barro. Pocos ejemplos se han obtenido en excavaciones de restos de telas, pero tanto en murales como en figuras de piedra y barro se puede ver la profusión de atavíos empleados, no sólo para el diario vestir, sino para las ceremonias y rituales. Vemos prendas como mantas, el *quechquémetl*, faldas y tocados, algunos de ellos de gran tamaño. El algodón era el material más empleado, y se han obtenido muestras de él de los análisis arqueobotánicos. Provenía de áreas distantes, pues crece solamente a determinada altitud. No descartamos la utilización de otros materiales, como fibras, pero su grado de conservación es casi nulo, por lo que difícilmente se encontrarían huellas de su uso. La combinación de materiales diferentes también tuvo cabida, y es así que encontramos largas plumas verdes en los tocados o en las telas. Por cierto que la vestimenta, como lo señalamos al referirnos al mural de Tepantitla, es también un indicador de la división jerárquica estamental de la sociedad teotihuacana.

[15] Michael Spence, "The Obsidian Industry of Teotihuacan", *American Antiquity*, vol. 32, núm. 4, 1967, y "The Scale and Structure of Obsidian Production in Teotihuacan", en Beatriz de la Fuente, *Teotihuacan*, UNAM, México, 1987.

El ramo de la construcción. La proliferación de construcciones de todo tipo en Teotihuacan (conjuntos habitacionales, edificios administrativos, templos, calzadas, calles, etc.) dice mucho de la enorme cantidad de personas de diferentes especialidades que debió de absorber este ramo. Por eso hemos optado por tratar de ello en un rubro aparte, lo que nos dará una idea aproximada de los pasos que se seguían para la construcción de edificios, los que, por su complejidad, debían de planearse según sus características.

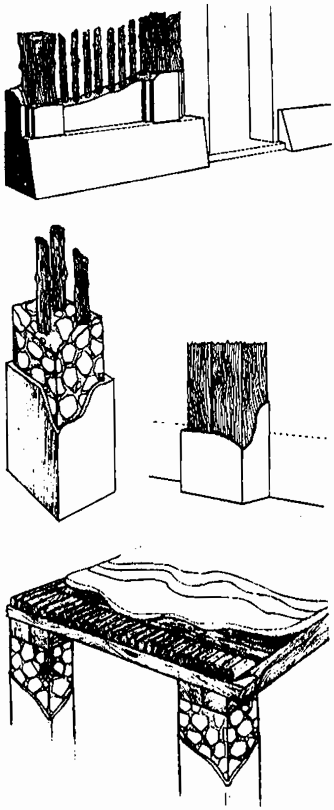


FIGURA 20. Técnicas constructivas de paredes, pilares y techos.

Imaginemos la construcción de un templo en la Calle de los Muertos. Los primeros en entrar en acción serían los arquitectos, quienes tendrían que estar de acuerdo con los sacerdotes. Una vez concebido y quizá esbozado el diseño, comenzaría la etapa de traer los rellenos, piedra, tierra o adobes para dar base a la nueva construcción. Para ello se emplearía un número grande de trabajadores, quienes acarrearían el material hasta el lugar de construcción. Al mismo tiempo que se empezara a construir la "obra negra", es decir el núcleo del edificio, algunos trabajadores desbastarían un lado de la piedra, el que diera hacia la parte externa del muro, y otros más prepararían el lodo para unir piedra con piedra. Terminada esta parte, si se trataba de un talud o muro inclinado, éste debía soportar el tablero o muro vertical que iría sobre él, por lo que sería necesario contar con lajas delgadas que se colocaran sobre el talud y, sobre ellas, erigir el tablero con sus entrecalles o molduras. Al terminar los diversos cuerpos de que constara el edificio, se construiría en la parte superior el templo, con sus columnas o pilares, aposentos y techos, desde los cuales habría que buscar salida para el agua de lluvia y canalizarla hasta la red de desagües. Es importante agregar que durante el proceso de construcción también intervendrían carpinteros, pues tanto muros como pilares, puertas y techos requerirían madera. Acabada la obra negra, se procedería al terminado del templo. En éste intervendrían especialistas en la colocación del estuco sobre los muros de piedra —formado por cal traída desde la región de Teotlalpan, al norte de Teotihuacan, donde, como ya mencionamos, estaban los yacimientos—. Para obtener la cal era indispensable quemar en hornos de madera la piedra caliza, la que, por la acción del calor, se reventaba y se convertía en cal. Ésta se mezclaba con agua y otros componentes y se hacía el estuco, el cual cubriría los muros. Los especialistas en estos quehaceres conocían perfectamente la consistencia del material empleado, el que, una vez colocado, tenía que pulirse, ya que muchas de estas superficies, especialmente las paredes, serían decoradas para darle el toque final al inmueble. En ocasiones también interven-

drían escultores para la aplicación de toda una serie de decorados en piedra.

Una serie de instrumentos de piedra utilizados en la construcción han sido encontrados en las excavaciones: plomadas, pulidores para el estuco de pisos y muros, cinceles y hachuelas para desbastar piedras y darles la forma adecuada. Del mismo modo, el artista contaba con "paletas" de barro en las que colocaba los diferentes colores que emplearía para pintar los muros, y los escultores tenían sus propios instrumentos para trabajar las distintas piedras, cuyas propiedades conocía a la perfección para poder cortarlas y desbastarlas de la manera más apropiada.

Un monumento como la Pirámide del Sol debió de requerir una inimaginable fuerza de trabajo para su construcción. Tan sólo la fabricación de adobes debió de ser impresionante, pues tanto la plataforma en U que rodea el edificio como este mismo contaban con un núcleo importante de ese material. La mano de obra empleada para todas las etapas de la construcción de cualquier edificio conlleva sin lugar a dudas una cuidadosa organización y, como hemos visto, la participación de gran cantidad de personas. Además, no hay que olvidar que en caso de que los trabajadores de la construcción provinieran de distintos barrios teotihuacanos o de áreas cercanas bajo dominio teotihuacano, había que proveerlos de bebida y alimentos durante las jornadas de trabajo, lo que significa otra gran cantidad de personas dedicadas a la elaboración de alimentos.

Como hemos podido ver, existía una amplia división del trabajo dentro del sector productivo de la población. La mayoría de los habitantes estaban dedicados a alguna de esas actividades y a otras más en las que no ahondaremos; pero este pequeño panorama nos permite apreciar la complejidad de la sociedad y algunas de sus características. Corresponde ahora poner atención en la clase dirigente, la que tenía el control del Estado.

Sacerdotes. Ya hemos hablado acerca de las muchas representaciones de sacerdotes tanto en pintura mural como en vasijas y esculturas. Muchas de las obras que se emprendían en Teotihuacan

debieron de estar reguladas por un orden interno en el que el sacerdote desempeñaba un papel relevante. El conocimiento debió de darse dentro del grupo sacerdotal, el cual con seguridad monopolizaba este sector. La observación del cielo para conocer el movimiento de los astros, la orientación de la ciudad, los rituales que acompañaban diversas actividades, desde la preparación de los campos para el cultivo, la siembra de las semillas, la recolección de las plantas, el entierro de los muertos y hasta la inauguración de un templo, todo iba acompañado de rituales y ceremonias, como lo vemos en algunos murales.

Páginas atrás ya habíamos hecho mención de la presencia de sacerdotes o deidades en rituales para la siembra o para atraer el agua. Igualmente en un mural vemos al dios Tláloc, deidad del agua, recoger las mazorcas de maíz; corrientes de agua, o serpientes entrelazadas, caracoles y conchas aparecen profusamente representados. Todos estos elementos tienen relación con la fertilidad, la necesidad del agua y el crecimiento de las plantas. Un calendario agrícola debió de regir todo lo relacionado con el ciclo de lluvias y secas, en el que con seguridad se señalaban los momentos propicios para efectuar cada paso en la obtención de las plantas. Así, dentro de la sociedad, el sacerdote tenía el control total de los aspectos ideológicos y de los procesos productivos al determinar los momentos propicios para realizar cada uno.

La impresión que debió de causar la Calle de los Muertos con la enorme cantidad de templos en ambos lados y las grandes plazas

FIGURA 21. Sacerdote. Murales de la Casa Barrios, de Teopancalco, al sur de Teotihuacan. (Tomado de Gamio, 1922, tab. 35.)

—como la de la Pirámide de la Luna y la de la Ciudadela— en las que se concentraba la gente para diferentes actividades religiosas, además de los grandes conjuntos arquitectónicos de las dos pirámides de mayor tamaño, dan la impresión de que en esas actividades participaba no solamente la población de Teotihuacan, sino que, como lo han planteado algunos investigadores, quizá venía en peregrinación gente de otras regiones.

Militares. Actualmente no se pone en duda, excepto algún caso aislado, la existencia de un sector militar, no sólo para el control interno de la ciudad, sino para llevar a cabo la expansión del imperio teotihuacano. De ser así, entraríamos en el terreno de la guerra con fines económicos expansivos, a cuyos pueblos conquistados se les imponía tributo. Vemos a guerreros de alta jerarquía pintados en murales; guerreros águila, guerreros felinos y coyotes. Están armados con lanzadardos, traen flechas o dardos y portan escudos de forma cuadrada o redonda adornados con plumas. El sacrificio de individuos en determinados ceremoniales, como los de la Pirámide de la Luna y de la Ciudadela, apuntan a que se trataba de prisioneros de guerra traídos de otras regiones e inmolados en Teotihuacan. Una alta producción de puntas de proyectil y el control de áreas con yacimientos de obsidiana debieron de responder al interés de los guerreros y del Estado mismo. Difícilmente podríamos explicar la grandeza teotihuacana y su presencia en Mesoamérica si no es por medio de la guerra. Sobre el particular asienta Bernal:

> Pero se ha dicho muchísimo que Teotihuacan representa una teocracia no militar. ¿Podemos pensar en un imperio que no se apoyó en la fuerza de las armas? Aunque es cierto y me parece indudable que la influencia religiosa o la expansión de ideas religiosas debió jugar un papel preponderante, es difícil pensar en un estado que se mantenga durante muchos siglos y que aun se expanda a costillas de otros sin que cuente con el apoyo de una organización militar.[16]

[16] Bernal, *op. cit.*, p. 107.

El guerrero entonces debió de tener un desempeño destacado dentro de las esferas de gobierno del Estado teotihuacano. En sus manos estaba no sólo la defensa de su territorio, sino también la expansión, con las consecuencias económicas que esta actividad representaba. Ahora bien, algo que escapa a nuestro conocimiento son los distintos grados que había dentro del ejército teotihuacano, pues, como dijimos, las figuras que tenemos a la vista corresponden a guerreros de la más alta jerarquía, si tomamos en cuenta los ricos atavíos y tocados de que son portadores. Lo que sí es evidente es que debió de haber una preparación militar organizada, tanto en el adiestramiento de los guerreros como en las prácticas militares y en el uso del armamento, entre el cual reconocemos lanzas —hasta con dos puntas—, *atlatl* o lanzadardos, flechas y dardos, cuchillos y posiblemente macanas. En el aspecto defensivo tenemos escudos circulares y cuadrados adornados de plumería.

El gobierno. Todo lo anterior nos lleva al tema de la formas de gobierno en Teotihuacan. Ya mencionamos que en algún momento se pensó en la existencia de una teocracia. Ahora se ha extendido la idea de que el guerrero de alta jerarquía desempeñaba un importante papel, al igual que los civiles pertenecientes a la nobleza teotihuacana. No sabemos a ciencia cierta si el gobierno recaía en un solo individuo, como ocurría en la mayoría de los Estados mesoamericanos, o si el máximo gobernante se apoyaba en una serie de individuos pertenecientes a las altas esferas de la nobleza (sacerdotes, civiles y militares de alto rango), quienes quizá constituyeran una especie de consejo. Ya Bernal planteaba algunas ideas de cómo podría ser la forma de gobierno que prevalecía en Teotihuacan:

> Ignoramos cuál fuera el tipo de gobierno teotihuacano. Puede haber sido personal o de grupo. Si se trataba de un rey es posible que alianzas dinásticas hayan favorecido a la expansión; es también posible la unión contractual con otros estados, unión que se disolvió con el

tiempo. No debemos olvidar que las alianzas son bastante características en Mesoamérica.[17]

Se ha planteado que el gobierno pudo estar en manos de cuatro dirigentes, correspondientes a cada una de las cuatro divisiones de la ciudad. Sin embargo, no hay datos consistentes que avalen lo anterior. Gobernar una ciudad de estos alcances y dimensiones no debió de ser cosa fácil. Se ha dicho que no existía la figura de un gobernante, a la manera que lo vemos en la región maya, por ejemplo, por la ausencia de indicadores o de imágenes; también se adujo en un tiempo que la guerra no era una actividad relevante para el teotihuacano, pero este enfoque ha cambiado. Acerca de la casi nula representación de gobernantes acudimos una vez más a Bernal, si bien hay que tomar en cuenta que actualmente se cuenta con mayor número de datos sobre el particular:

> Sin embargo hay unos cuantos hallazgos arqueológicos que sugieren que en Teotihuacan hubo un militarismo aunque esté en cierto modo oculto ya que los militares eran sacerdotes y esa función, cuando menos desde el punto de vista de la representación artística, era la que predominaba.[18]

En el conjunto de Xalla, al norte de la Pirámide del Sol, se llevaron a cabo investigaciones por parte de Leonardo López Luján (INAH), Linda Manzanilla (IIA) y William Fash (Universidad de Harvard) con el fin de averiguar si este lugar había sido sede de los gobernantes de más alto rango en Teotihuacan. También se quería averiguar la identidad social y étnica de sus moradores y su estilo de vida. Esperemos que estas investigaciones arrojen luces sobre el tema.

Una cosa parece ser cierta: durante el desarrollo teotihuacano hubo momentos de inestabilidad política interna, posiblemente a causa de la lucha por el control del poder. Así parecen señalarlo las

[17] *Ibid.*, p. 109.
[18] *Ibid.*, p. 107.

evidencias de pozos de saqueo en periodos en los que la ciudad está en pleno crecimiento. Hay un dato que parece apuntar hacia ello: algunas representaciones de felinos enfrentados a serpientes. ¿Se trata acaso de indicadores de estas pugnas internas? ¿Se trata de dos grupos que se confrontan? En el mural de los Animales Mitológicos encontrado en la Calle de los Muertos vemos esas imágenes, y algo similar ocurre en otras expresiones de la urbe.

Comercio y mercado. Un aspecto que debió de tener mucha importancia es la existencia del comerciante. Podríamos definir dos tipos: aquel que tenía los medios para comerciar a larga distancia, y que podría haber estado vinculado al Estado y a los altos dirigentes, y quien llevaba sus propios productos manufacturados al mercado de la ciudad para intercambiarlos. Dentro de la ciudad, el mercado tenía una importancia significativa. Se ha pensado que se encontraba enfrente de la Ciudadela, en un amplio espacio en el que se realizaba la concentración y distribución de los diferentes productos, tanto locales como foráneos. Objetos suntuarios, como largas plumas de quetzal, caracoles y conchas provenientes de ambas costas; fauna de otras latitudes; el algodón para la elaboración de vestidos, mantas y otros productos, pudieron concentrarse en Teotihuacan por dos vías: el intercambio comercial con las regiones donde existían esos productos o por medio del tributo impuesto a los pueblos conquistados.

Ya hemos visto que Teotihuacan tenía relación con otras ciudades contemporáneas, y aunque no se ha podido definir el carácter de dicha relación, lo cierto es que forasteros procedentes de otras regiones —principalmente de Oaxaca, la costa del Golfo y la región maya— se asentaron en la metrópoli. Tal es el caso del barrio oaxaqueño, localizado hacia el poniente de la ciudad. No se trata de un asentamiento lujoso, sino todo lo contrario; sus pobladores estaban dedicados a la manufactura de cerámica, al trabajo de la obsidiana y a las labores diarias. Ya habíamos señalado que en esa parte de la ciudad se encontraron urnas funerarias procedentes de Oaxaca, al igual que imitaciones hechas con barro local.

Algo parecido ocurrió en el barrio de los Comerciantes, ubicado al noroeste de la ciudad, en el que se hallaron cuartos de adobe que hicieron pensar al doctor Millon que se trataba de un lugar de almacenamiento de cerámica proveniente de la costa del Golfo y, en menor escala, de la región maya. La doctora Evelyn Rattray ha comentado en relación con este asentamiento:

> Se puede apreciar con claridad que varios grupos étnicos distintos vinieron aquí. Curiosamente se han encontrado entre las importaciones foráneas algunas imitaciones fabricadas en la localidad. No me sorprendería saber que esta vecindad fue habitada por grupos de familias comerciantes provenientes de la costa del Golfo. Por el tipo de construcción llegamos a la conclusión de que la mayoría de la gente vivía en pequeñas casas de adobe. Posiblemente los de la élite ocupaban el Conjunto Habitacional Xocotitla, junto con sus parientes y protectores. Un segundo conjunto habitacional, Tlamimilolpa, se localiza en la orilla norte del "barrio", en donde también pudieron haber habitado algunos forasteros. Allí se encuentra cerámica maya y cerámica de la costa del Golfo.[19]

Durante varios siglos Teotihuacan tuvo una presencia determinante en muchos aspectos del mundo mesoamericano. No existe duda de que tuvo repercusión en otros centros contemporáneos, aun después de que la ciudad perdió su hegemonía. Uno de los rubros en los que es posible identificar su presencia después de su abandono fue indiscutiblemente en el ámbito religioso. Dicha influencia se plasmó en la experiencia y tradición de los primeros centros, pero también devino en una serie de principios que observamos en los pueblos que se asentaron en el altiplano central después del esplendor teotihuacano. Por eso resulta importante aproximarnos al pensamiento religioso, a la cosmovisión que durante todos esos siglos imperó en la primera gran ciudad de Mesoamérica.

[19] Evelyn Rattray, "Los barrios foráneos de Teotihuacan", en *Teotihuacan*, UNAM, México, 1987. Véase también "La cerámica de Teotihuacan: relaciones externas y cronología", *Anales de Antropología*, núm. 15, UNAM, México, 1979.

V. Religión y cosmovisión

Hasta aquí hemos penetrado en los aspectos materiales de la vida del teotihuacano, en la manera en que se desarrolló su ciudad hasta convertirse en la más grande y poblada de Mesoamérica, en sus conjuntos habitacionales, en la compleja organización del trabajo, los instrumentos de que dispusieron y las obras que realizaron. Corresponde ahora tratar de aproximarnos a sus creencias y ritos por medio de las imágenes que dejaron en cerámica, murales, esculturas en piedra y, desde luego, en los templos donde rendían culto a sus dioses. Para ello, comenzaremos por comentar la importancia que tenía la orientación de la ciudad, pues ello obedece igualmente a una forma de pensamiento y a una visión del universo que se manifiesta en la concepción que tuvieron de la estructura universal.

Estructura del universo y orientación de la ciudad

Teotihuacan fue planificada con base en varios principios que determinaron su ubicación y su distribución. Recordemos cómo muchas de las ciudades antiguas respondían a la imagen que sus pueblos tenían del universo. No es casual que desde un inicio Teotihuacan fuera dividida en cuatro, a manera de una flor de cuatro pétalos, con un centro fundamental. Hemos planteado la posibilidad de que cuando la Pirámide del Sol constituía el centro de la ciudad y fue diseñada la Calle de los Muertos, se trazó también frente al monumento una calzada hacia el poniente. Cuando la ciudad creció y el centro se trasladó hacia el sur, donde están la Ciuda-

dela y el Templo de la Serpiente Emplumada, se trazaron las avenidas este y oeste, creándose así dos ejes con cuatro cuadrantes, los cuales correspondían a la imagen que tenían del universo.

La construcción de un conjunto frente a la Pirámide de la Luna muestra la visión de los teotihuacanos acerca del universo. Se trata de un edificio de planta cuadrada rodeado por un muro, cuya única entrada se encuentra del lado poniente. En el interior vemos una distribución de pequeños altares colocados en cada esquina del aposento, en la mitad de cada lado y uno más en el centro. El conjunto nos recuerda algunas láminas de los códices que muestran la concepción y distribución del universo. Es el caso del códice mixteco *Féjérvary-Mayer* y del códice maya *Matritense,* en los que se plasman los cuatro rumbos del universo. En el primero de estos códices cada rumbo universal está relacionado con un dios, un color, un glifo y un árbol, mientras que el centro lo ocupa el Dios Viejo y del Fuego, Huehuetéotl-Xiuhtecutli. El norte, colocado a la izquierda de la imagen del universo, se relaciona con los colores amarillo y negro; es el lugar del frío y de lo seco; corresponde al rumbo de la muerte, se asocia con el símbolo "cuchillo de sacrificio" y la planta que lo identifica es una xerófita espinosa. Como contraparte, el rumbo sur (a la derecha de la lámina) guarda relación con lo húmedo, su color es el azul y su glifo el "conejo". En cuanto al oriente, en la parte superior de la lámina, es el lugar por donde sale el Sol —allí representado—, su color es el rojo y su glifo la caña; se le considera el rumbo masculino del universo, por donde los guerreros muertos en combate acompañan al Sol desde su salida hasta el mediodía. El poniente es el rumbo femenino del universo; se caracteriza por el color blanco, su glifo es *calli* ("casa") y es el lugar por donde el Sol, acompañado por las mujeres muertas en parto, es devorado por la tierra para alumbrar el mundo de los muertos.

Esta imagen del universo que encontramos en diversos pueblos de Mesoamérica pudo tener su origen en sociedades como la teotihuacana, en virtud de la orientación y distribución que guardan la ciudad y la estructura arquitectónica, pues esta última parece obedecer a este mismo concepto del universo.

La orientación de la ciudad está aproximadamente a unos 17° en relación con el norte, y reviste particular importancia el rumbo poniente del universo porque está basado en el movimiento solar. Ya habíamos mencionado que los edificios principales, sobre todo los que constituían el centro, como la Pirámide del Sol y el Templo de la Serpiente Emplumada en la Ciudadela, estaban orientados hacia el poniente, hacia donde declina el Sol todas las tardes para ser devorado por la tierra y pasar a alumbrar el mundo de los muertos —de acuerdo con sociedades posteriores a la teotihuacana, pero cuya cosmovisión no dudamos que ya hubiera estado presente en Teotihuacan—. Estos edificios también guardaban estrecha relación con el sacrificio humano, las corrientes de agua y con una gran plataforma que los rodeaba y dividía el espacio sagrado circundante, y que, por tanto, se vinculaba también con el binomio montaña/cueva. Este elemento es sumamente importante, pues por primera vez —o por lo menos así nos lo parece— representan la montaña sagrada, en este caso con la Pirámide del Sol. Esta representación de la montaña asentada sobre una cueva simboliza la matriz de la que nacen pueblos y al mismo tiempo la entrada al inframundo. La montaña/cueva fue representada en murales como el de Tepantitla, donde el enorme dios que rige la escena —en la que los personajes se bañan y juegan— se encuentra sobre una montaña en la que crecen plantas y dentro de la cual es posible apreciar una matriz que guarda los granos que alimentarán a los hombres. Este concepto debió de ser esencial en su cosmovisión, pues trascendió a culturas posteriores como la tolteca; así lo indica una de las láminas de la *Historia tolteca-chichimeca,* en la que se ve la montaña con su punta retorcida y, dentro de ella, una matriz múltiple, con siete oquedades o cuevas de donde saldrán pueblos. Esta imagen la volvemos a encontrar en la historia de los pueblos que salieron del mítico Chicomoztoc, o lugar de las siete cuevas, para venir a poblar el centro de México, entre ellos los aztecas o mexicas, según lo señalan diversas fuentes históricas.

La representación en algunos murales del símbolo de Venus nos dice mucho del conocimiento astronómico que poseían los

teotihuacanos. Las observaciones de los astrónomos los llevó a conocer bien el movimiento de astros como el Sol y la Luna, y de planetas como Venus, que relacionaron con su imagen del universo y con deidades que eran representadas por ellos. Sabemos que en Mesoamérica hubo un calendario basado en el movimiento anual del Sol y otro basado en el de la Luna, y sabemos que no eran desconocidos para ellos los solsticios y equinoccios. Acerca del uso de un calendario ritual, Alfonso Caso había sugerido la existencia en Teotihuacan del *tonalpohualli* o calendario ritual de 260 días.[1]

Con esta información podemos conocer hasta cierto punto la concepción del universo de los teotihuacanos, basada fundamentalmente en la observación de los astros y en los cambios ocurridos en la naturaleza. Tal como ya se ha expresado, muchos de estos conceptos pasaron de Teotihuacan a otros pueblos y perduraron a través de la tradición oral.

Los dioses

La religión teotihuacana era politeísta. Varios dioses están presentes en las diversas manifestaciones pictóricas, escultóricas y cerámicas. Ellos regían el todo universal y se les identificaba con ciertos atributos. Entre los dioses más antiguos del panteón teotihuacano está el Dios Viejo y del Fuego, Huehuetéotl, presente en Cuicuilco y representado como un anciano encorvado, sedente, con un brasero que alude, conforme a lo que sabemos, a un volcán: arroja humo, produce movimientos de tierra y ruidos y tiene el poder de arrojar fuego, tal como lo hallamos en muchas ocasiones en Teotihuacan, labrado en piedra volcánica, sin dientes y con las manos apoyadas sobre las rodillas, una abierta y la otra empuñada. Si atendemos al significado de este dios en culturas posteriores del centro de México, veremos que se le ubica en el centro del universo, como señor

[1] Una sociedad como la teotihuacana debió de contar con conocimientos de este tipo.

del fuego y del año. Es posible que se le hayan adjudicado esos atributos desde Teotihuacan, o aun antes, pues el brasero que porta está dividido en cuatro partes, que bien pueden simbolizar los cuatro rumbos universales, con Huehuetéotl al centro. El culto a una montaña que arroja fuego y tiene el poder de destruir debió de impresionar fuertemente a las poblaciones del valle, especialmente por los destrozos que ocasionó la erupción del volcán en Cuicuilco. Sea como fuere, el hecho es que la deidad está presente en Teotihuacan y en sociedades posteriores, y aún perduraba cuando llegaron los españoles.

La otra deidad que se encuentra en muchos lugares de la ciudad es el dios del agua, Tláloc, cuya figura es presentada de diversas maneras.[2] Es quien envía el agua a la tierra, forma las nubes y arroja el rayo. Está presente en tocados, almenas, cerámicas y esculturas. Tiene carácter masculino-femenino, quizá por ello en el mural de Tepantitla aparece la deidad de las tormentas como la figura que preside toda la escena.[3] Colocada sobre una montaña, en su seno se vislumbra una matriz donde guarda los granos para alimentar al hombre. El rostro, oculto tras una nariguera y máscara, nos recuerda, por su diseño, los ojos y las líneas verticales que adornan los braseros de Huehuetéotl, quizá para aludir que esta deidad se encuentra en el centro del universo. El dios arroja agua a la tierra, donde se yergue un árbol florido formado por dos partes que se entrelazan. En el mismo mural varios personajes lo acompañan, a la manera de *tlaloques*. En realidad, todos los elementos se asocian al agua; la fertilidad, la tormenta, el crecimiento de las plantas, son todos atributos de Tláloc.

En diferentes murales y profusamente representada encontramos también a la deidad que arroja granos a la tierra o recoge ma-

[2] Esther Pasztory, "The Iconographic of Teotihuacan Tlaloc", *Studies in Pre-Columbian Arts and Archaeology*, núm. 15, Dumbarton Oaks, Washington D. C., 1974.

[3] Esther Pasztory, "Teotihuacan Unmasked: a View Through Art", en *Teotihuacan, Art from the City of the Gods*, Thames and Hudson, The Fine Arts Museums of San Francisco, 1993, pp. 44-62.

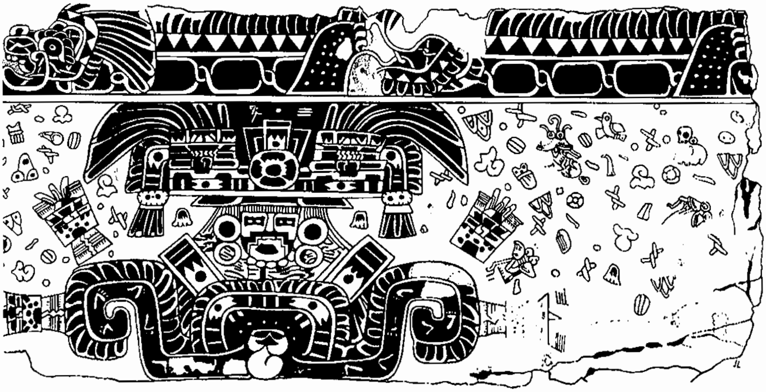


FIGURA 22. Pintura mural de deidad rodeada de dones.

zorcas de maíz. De ella depende una abundante cosecha, o la hambruna si los rigores del granizo o del frío matan las cosechas. Otras deidades que han sido identificadas son el dios Gordo y Xipe. A este último se le representa con tres perforaciones, que corresponden a los ojos y la boca; se le asocia con el rumbo oriente del universo y se le relaciona con los cambios de la naturaleza y el comienzo de la temporada de lluvias. Al igual que Tláloc, estas deidades se vinculan con la fertilidad. Otra diosa que ha podido ser identificada es Chalchiuhtlicue, diosa del agua de los ríos, lagunas y del mar, representada en una enorme escultura que, como ya se dijo, fue trasladada por Batres del sitio donde fue encontrada —cerca de la Pirámide de la Luna— al Museo Nacional en la calle de Moneda. La deidad está ataviada a la manera teotihuacana, con gran tocado sobre la cabeza. Otras imágenes escultóricas de cráneos se han relacionado con la muerte y el inframundo; una de ellas, particularmente bella, es una escultura circular pintada de rojo, labrada por sus dos caras, con un cráneo en medio, visto de frente, y una serie de pliegues a su alrededor. Se encontró en 1963 frente a la Pirámide del Sol, orientada hacia el poniente, posición que resulta significativa, porque puede ser una representación del Sol

descarnado, que inicia su viaje por ese rumbo del universo para alumbrar el mundo de los muertos.

Los cuerpos que se han encontrado en los numerosos entierros de Teotihuacan se han hallado, la mayor parte, flexionados y dentro de bultos mortuorios, acompañados de ofrendas diversas; estos bultos han sido reproducidos en cerámica, lo que indica el culto a los muertos y la creencia de que existe un más allá, aunque no se pueda aún especificar cuál y cómo era ese lugar ultraterreno.

En el Templo de la Serpiente Emplumada, en la Ciudadela, hay dos figuras polémicas: por un lado un rostro con escamas, grandes ojos circulares y una especie de mazorca en las fauces, y por el otro, cabezas de serpientes que se alternan con la anterior figura y adornan las alfardas de la escalera del templo. Se dice que el primero puede ser una especie de Tlaltecuhtli o Señor de la Tierra, aunque otros hallan en el rostro los rasgos de Tláloc, por los círculos encima de los ojos; la verdad es que hasta el momento no se sabe a quién representa. Desde el descubrimiento del templo, hacia 1918, se le asignó a todo el edificio el nombre de Templo de Quetzalcóatl, pues las cabezas y los cuerpos llevan una especie de plumas. Y aquí empiezan los problemas. Se ha discutido si la figura de Quetzalcóatl se encontraba ya presente en Teotihuacan, y algunos estudiosos piensan que su aparición es posterior, concretamente con el surgimiento de la cultura tolteca. Pedro Armillas dice: "Me parece que de estos datos podemos extraer la seguridad de que el templo no estaba dedicado a Quetzalcóatl, sino al dios de la lluvia".[4] Por su parte, Román Piña Chán plantea que las figuras de serpientes pueden estar relacionadas con aspectos de fertilidad:

> En Teotihuacan y siguiendo en parte la tradición olmeca, parece que este concepto se desdobla en dos, con objeto de diferenciar al agua terrestre del agua celeste o lluvia, notándose entonces la representación de una serpiente preciosa con cascabeles en la cola y plu-

[4] Pedro Armillas, "Los dioses de Teotihuacan", *Anales del Instituto de Etnología Americana*, vol. 6, Universidad Nacional de Cuzco, Perú, 1945.

mas de quetzal sobre el cuerpo, la cual simboliza el agua que corre o serpentea.[5]

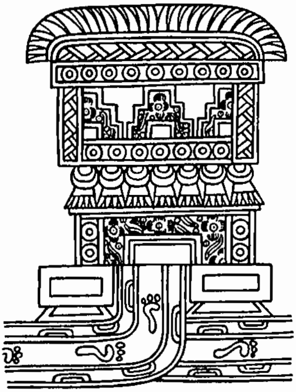
En relación con la presencia de otras deidades, Laurette Sejourné[6] menciona a dioses como Yacatecutli, vinculada con los mercaderes y a quien se ve cargando canastos. Pero, a nuestro parecer, ésta es más bien una representación de Tláloc recogiendo la cosecha. Lo interesante de este breve repaso de los dioses que han sido identificados en Teotihuacan es que la mayoría guarda relación con las necesidades de un pueblo agrícola: invocan la lluvia, arrojan granos a la tierra, representan corrientes de agua por sus líneas ondulantes o con serpientes entrelazadas que forman la cenefa de algunos murales. En fin, en diversos murales vemos la gran cantidad de ceremonias que se dedicaban a las deidades relacionadas con el agua, las cuales seguramente se llevaban a cabo en distintos momentos del año: en temporada de secas o para atraer lluvia, cuando se iniciaba la siembra, en el cuidado de una buena cosecha, para implorar que no faltara el agua, pero que tampoco se enviara en abundancia o con granizo, o para agradecer la cosecha.

Sacerdotes y ceremonias

La figura del sacerdote está determinada por su participación en las ceremonias rituales que se llevan a cabo en las distintas actividades; por ejemplo, en la agricultura, el sacerdote es quien arroja los primeros granos a la tierra al comienzo de la siembra; así se puede apreciar en la pintura que se halla en el cuarto anexo al del mural del *Tlalocan* en Tepantitla. Puede estar representado como felino que invoca a Tláloc para que traiga lluvia —para lo cual utiliza caracoles, de los que emerge la vírgula del sonido, como es el caso que se aprecia en el patio posterior del Palacio de las Mariposas,

[5] Román Piña Chán, *Mesoamérica*, INAH-SEP, México, 1960, p. 80.
[6] Laurette Sejourné, *Un palacio en la Ciudad de los Dioses*, INAH, México, 1959.

a. Fragmento de terracota.



b. Detalle de un mural de Tetitla, Teotihuacan.

FIGURA 23. Representaciones de dos templos. (Dibujos de Miguel Covarrubias.)

conocido como Patio de los Jaguares—, o cargando felinos entrelazados con especies de redes, pintados así en el vestíbulo de los aposentos al norte del mismo patio. En otros casos porta grandes cuchillos con corazones sangrantes encajados en ellos, o se le puede ver acompañado de pumas, como los encontrados en uno de los conjuntos de La Ventilla. Pero en todas estas representaciones, y muchas más, siempre está ricamente ataviado con vestimentas muy elaboradas y grandes penachos de plumas verdes.

En La Ventilla, en el conjunto conocido como Plaza de los Glifos, se encontró pintada sobre el piso de un pequeño patio abierto la figura de un personaje semidesnudo y descalzo, que trae sobre la cabeza un tocado y, en su mano derecha, un punzón con el que perfora su miembro viril, del que manan gotas de sangre. En su espalda se ve una olla y, debajo de ella, plantas de maguey, lo que significa indudablemente un rito de autosacrificio relacionado con la fertilidad. Si bien este personaje parece corresponder a un hombre del pueblo, es de destacar aquí la práctica del autosacrificio.

FIGURA 24. La Ventilla: personaje pintado en el piso de un pequeño patio en una danza ritual de fertilidad. (Tomado de Sergio Gómez Chávez, 2000.)

Los sacerdotes, como ya se dijo, tenían el monopolio del conocimiento; sabían del movimiento de los astros y establecían los calendarios; presidían las ceremonias y con seguridad conocían la escritura. Precisamente en la Plaza de los Glifos se encontró pintada sobre el piso de estuco una serie de figuras o glifos que representan colibríes, cráneos, esteras con púas, cabezas de felinos vistos de perfil, cabezas de ancianos, etc.; cada una de esas figuras se halla dentro de una retícula de líneas rojas, a la manera de los códices

FIGURA 25. La Ventilla: glifos pintados en el piso del patio principal. (Tomado de Sergio Gómez Chávez, 2000.)

tardíos. Esto ha llevado a suponer que se trata de un sistema de escritura, y que tal vez la plaza era un lugar de enseñanza, a lo cual se añadiría el hecho de que los teotihuacanos contaban con un sistema de numeración de punto y barra, que se encuentran en diferentes sitios de la ciudad y en ciertos objetos, como los caracoles marinos.

Ahora bien, poco es lo que conocemos de la organización y de las jerarquías al interior del grupo sacerdotal, aunque es indudable su papel fundamental dentro de la sociedad. No resulta descabellado pensar que una organización que controlaba en gran medida a la sociedad y que acrecentaba el poder de los dirigentes contara con escuelas en las que enseñara todo lo relativo al movimiento de los astros, el manejo del calendario y de la escritura, las festividades que se celebraban a lo largo del año, los atuendos apropiados y los rituales específicos para cada deidad, los sacrificios, los decorados de los templos, las esculturas, las vasijas, los atributos de los dioses, etc., ejerciendo así su dominio e imponiendo todo un aparato ideológico y religioso. Es evidente que debieron de existir varios rangos dentro del estamento sacerdotal, al igual que en el militar. Las figuras de sacerdotes que hemos identificado seguramente corresponden a individuos de la más alta jerarquía, por las vestimentas de que son portadores y las ceremonias en que están involucrados. Por otra parte, la relación que guardan con las expresiones estéticas fue muy estrecha; incluso habría que pensar que muchos artistas estaban al servicio directo de este grupo, pues la

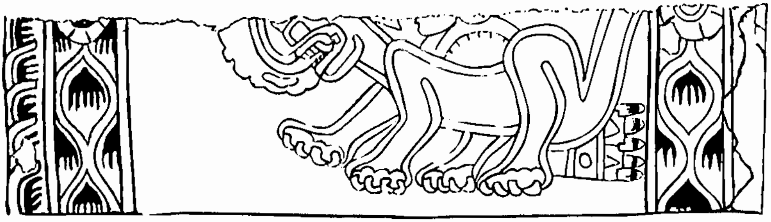


FIGURA 26. Mural con puma acompañado de un personaje, La Ventilla. (Tomado de Sergio Gómez Chávez, 2000.)

mejor manera de comunicarse con la gente, además de las ceremonias, en las que había una participación masiva y cotidiana, era mediante la arquitectura, la pintura y la escultura, elementos todos ellos con una fuerte carga religiosa. De esto hablaremos en el siguiente capítulo.

VI. Las manifestaciones artísticas

Desde que el hombre es hombre se ha caracterizado por crear instrumentos y por recrear el universo que lo rodea, ya sea real o mítico, a través de diversas manifestaciones estéticas. A decir de Paul Westheim, el arte mesoamericano está revestido de una gran religiosidad, y tanto mitos como creencias cobran realidad en esas manifestaciones. En las siguientes páginas nos adentraremos en los arcanos de la arquitectura, la pintura, la escultura y la cerámica de un pueblo que dejó plasmada no sólo la gran calidad artística de sus expresiones estéticas, sino que a través de ellas podemos penetrar en su ideología y visión del mundo.

Arquitectura

Para comenzar con el tema de la arquitectura, creemos necesario aclarar algunos supuestos que se han planteado para la arquitectura teotihuacana y con los que no estamos de acuerdo. Nos referimos al concepto del predominio de la línea horizontal. Este supuesto proviene de los planteamientos que hizo Westheim, basado en los estudios de historiadores del arte europeo que se apoyan en los principios de verticalidad u horizontalidad en la arquitectura del viejo mundo. Se pensaba que en el gótico, las catedrales tuvieron una tendencia hacia la verticalidad, como una simbolización del hombre por llegar al éxtasis, a lo sublime, a elevarse hacia el infinito. La línea horizontal por su parte se puede apreciar en el estilo románico, donde predomina y adquiere un significado de racionalidad, a "tener los pies en la tierra". Al pretender aplicar lo anterior a la antigua Mesoamérica, Westheim planteó que, por ejemplo, en el caso de la región maya —como podemos apreciarlo en Tikal—

predominaba la línea vertical, en tanto que en la arquitectura teotihuacana había un predominio de la línea horizontal, especialmente en la composición que guardaban los edificios en relación con el talud y el tablero. Así lo expresa el estudioso del arte: "Teotihuacan es austeridad, sublime quietud. Todo lo que era sensualidad, vida, movimiento, está depurado, se ha vuelto forma cúbico-geométrica, equilibrio estático buscado y hallado en la horizontal".[1] Más adelante añade: "Como en Teotihuacan, como en Tula, la dominante es la horizontal".[2]

A nuestro juicio, lejos están los edificios mesoamericanos de poder estudiarse por estos principios del arte europeo. Diferentes elementos entran en juego en la arquitectura mesoamericana, y en particular en Teotihuacan. Entonces nos preguntamos ¿si no hay predominio de una tendencia hacia cualquiera de estas líneas, qué es lo que impera en la arquitectura de estas latitudes? A mi entender, la línea que predomina en la arquitectura religiosa mesoamericana en general es la línea oblicua, inclinada. En un estudio sobre el tema dijimos:

> Si observamos con atención los basamentos teotihuacanos o la pirámide de los Nichos en el Tajín; los templos de Tikal o los del norte de la península de Yucatán como el Castillo de Chichén-Itzá o el del Adivino en Uxmal; si nuestra vista recorre los diversos edificios de Monte Albán en Oaxaca o si estamos en el altiplano y vemos los basamentos de Tula o del Templo Mayor de Tenochtitlan, en fin, si hacemos un recorrido por la vasta arquitectura ceremonial mesoamericana desde el centro de México hasta la costa y de este a oeste, siempre vamos a ver que lo que impera en los edificios es la línea oblicua, inclinada, diagonal, con su ascenso y descenso constante, en donde los cuerpos de los edificios se conjugan de lo ancho a lo estrecho, para darnos esa sensación de ascenso pausado.[3]

[1] Paul Westheim, *Arte antiguo de México*, Era, México, 1977, p. 236.
[2] *Ibid.*, p. 316.
[3] Eduardo Matos Moctezuma, "Arquitectura: hombres y dioses. La línea obli-

Ahora bien, planteado lo anterior nos preguntamos: ¿a qué se debe que la línea imperante en la arquitectura mesoamericana sea la oblicua? La respuesta está en la manera en que estos pueblos concebían el universo. Para ellos, el movimiento solar determinaba la orientación de sus principales edificios religiosos, especialmente aquellos que cumplían el papel de ser "centros del universo", como lo hemos visto páginas atrás. El Sol nacía por el oriente y subía diagonalmente hasta llegar al cenit, al mediodía, para iniciar su descenso hacia el poniente, donde sería devorado por la tierra para pasar al mundo de los muertos. Este movimiento de ascenso-descenso es el que queda plasmado en la pirámide. Así lo expresamos en su momento:

> La pirámide mesoamericana va más allá de lo puramente arquitectónico. Cada forma piramidal es ascensión oblicua que nos recuerda el carácter mismo de su concepción universal. Por lo general, cada lado corresponde a un rumbo del universo; los cuerpos ascendentes son otros tantos cielos o niveles celestes o los pasos al inframundo. Veo el predominio de esta línea oblicua uniformemente ascendente que corresponde a la idea del universo mismo, a la cosmovisión de estos pueblos.[4]

Aclarado lo anterior, pasemos ahora a conocer algunas características propias de la arquitectura teotihuacana. En lo que concierne a la simetría y el ritmo que poseen algunos conjuntos arquitectónicos que formaban grandes espacios, como la plaza de la Pirámide de la Luna o la de la Ciudadela, nos damos cuenta de que los arquitectos teotihuacanos buscaban una distribución armónica entre los diferentes edificios en relación con el todo. Se puede apreciar que se guardaba una simetría axial: el mismo número de edificios se colocaba a uno y otro lado. La distancia entre

cua en la arquitectura religiosa de Mesoamérica", en *Acercarse y mirar. Homenaje a Beatriz de la Fuente*, UNAM, México, 2004, pp. 457-471.

[4] Eduardo Matos Moctezuma, *Reflexiones en el Tiempo*, UNAM, México, 1993, p. 67 (Colección de Arte, núm. 47).

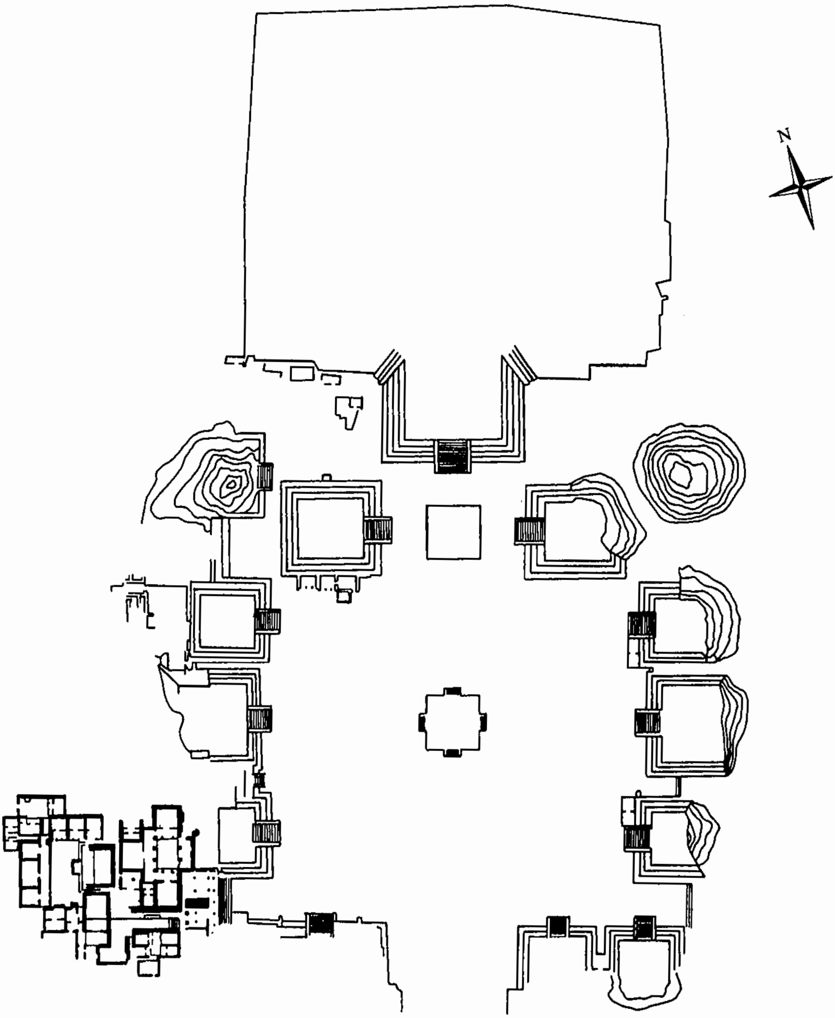


FIGURA 27. Plaza de la Luna y Palacio del Quetzalpapálotl.

un edificio y otro era medida con precisión. En la plaza de la Pirámide de la Luna vemos tres edificios en el lado oeste y sus equivalentes en el lado este. El edificio que queda en medio en ambos conjuntos se encuentra ligeramente remetido en relación con los que tiene a cada lado. Igual ocurre en la plaza de la Ciudadela; sobre la gran plataforma que delimita la plaza hay cuatro edificios al norte y otros tantos al sur, mientras que en el centro de la plaza se encuentra un adoratorio con cuatro escalinatas hacia cada rumbo del universo. Todo es ritmo y armonía.

Ahora bien, es indispensable que hagamos alusión al orden arquitectónico imperante en Teotihuacan: el uso del talud y el tablero. Combinar un muro inclinado (talud) con uno vertical (tablero) conforma un aspecto visual importante, máxime si los basamentos de los edificios constan de varios cuerpos superpuestos de taludes y tableros que, a medida que cobran altura, se van estrechando; es decir, desde cualquier lugar por donde se observe, el basamento se percibe inclinado, lo que se acentúa aún más con la escalinata. Si a esto agregamos que el tablero tiene una moldura saliente que lo rodea por sus cuatro partes, dejando por tanto una especie de entrecalle en el centro, entonces estamos ante elementos armónicos que se conjugan para ofrecer un aspecto visual agradable. Por lo general, los edificios teotihuacanos mostraban una policromía con diferentes motivos que le daban un aspecto especial al conjunto, que a su vez podía contar con esculturas que complementaban la decoración.

Quizá el mejor ejemplo de la integración de las tres expresiones artísticas —arquitectura, pintura y escultura— lo tenemos en el tantas veces mencionado Templo de la Serpiente Emplumada de la Ciudadela. Resulta obligatorio detenernos a analizar este edificio, pues es representativo del trabajo en conjunto de los artistas teotihuacanos, que se integraba de manera totalmente equilibrada, como es el caso de este edificio. Veámoslo a continuación.

Ya hablamos de los entierros ceremoniales localizados debajo de este monumento. Veamos ahora sus componentes artísticos. Para comenzar, el edificio está totalmente construido en piedra perfectamente ensamblada. Consta de por lo menos siete cuerpos super-

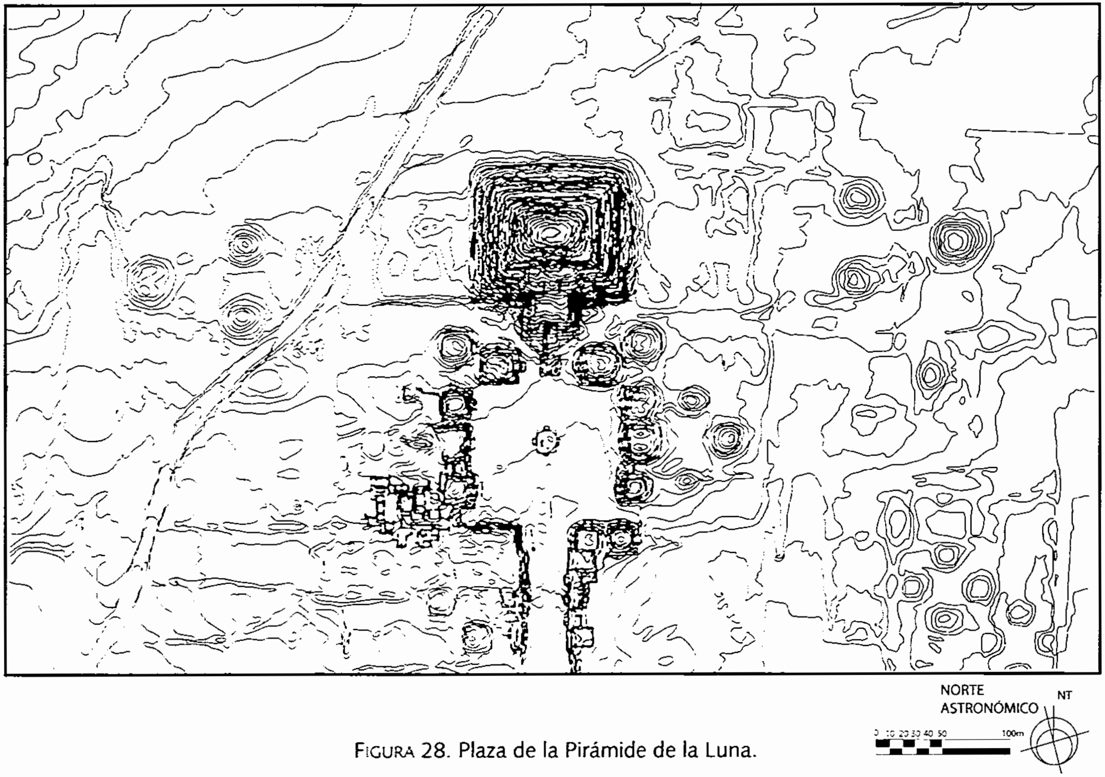


FIGURA 28. Plaza de la Pirámide de la Luna.

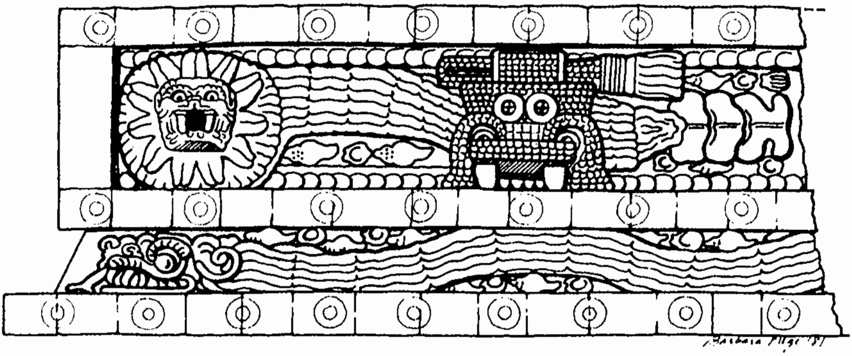


FIGURA 29. Detalle del Templo de la Serpiente Emplumada en la Ciudadela.

puestos, cada uno con su talud y tablero. Al parecer, primero se erigió el basamento y después se labraron los relieves que lo decoran. Es de creer que para su construcción resultaba indispensable la colaboración entre arquitecto y sacerdote para planear, desde antes de comenzar la obra, los elementos decorativos que estarían en el edificio conforme a lo que de él se esperaba, según las funciones que iba a cumplir. El movimiento de grandes bloques de piedra no debió de ser tarea fácil. Pero sigamos con nuestro relato. Una vez colocados y labrados los taludes y tableros, debe de haber intervenido el pintor para dar el toque final al monumento. El resultado: un conjunto particularmente impresionante. Los taludes presentan figuras de serpientes de cascabel con su cuerpo ondulante que corre a lo largo del paramento inclinado. Entre las ondulaciones del cuerpo del animal se labraron caracoles y conchas. El tablero tiene figura de serpiente con su crótalo; el cuerpo se extiende a lo largo de la entrecalle, interrumpido por unos mascarones que representan cabezas que no han podido ser identificadas. El cuerpo continúa y la cabeza de la serpiente emerge entre largas plumas. Un detalle importante, que nos dice mucho de la genialidad del artista o artistas que intervinieron, se destaca en las serpientes cercanas a la escalinata: sus cabezas se sumergen, por así decirlo, en el edificio y salen en las alfardas de la escalinata misma. Impresionante en realidad la

creatividad de quienes ejecutaron la obra. Desde que el monumento fue excavado en 1918 por Manuel Gamio, distintos colores han sido detectados sobre los relieves mencionados. Según el arquitecto Ignacio Marquina, quien colaboró con Gamio en su investigación y a quien se deben los dibujos del templo, estos colores eran verde, rojo, azul y amarillo.

Estamos, pues, ante una de las magnas obras de la arquitectura prehispánica. La integración entre arquitectura, escultura y pintura logra aquí un equilibrio y una armonía perfectos, donde cada elemento se ubica en el lugar que le corresponde. Nada falta ni nada sobra. Es un canto a la fertilidad expresada con motivos que a ella aluden. Es, en pocas palabras, una de las grandes obras del hombre creador teotihuacano.

No queremos terminar esta parte dedicada a la arquitectura sin atender un elemento esencial de los edificios: la almena. Se trata de un elemento decorativo que tenía como función romper la monotonía de los frisos que coronaban los techos teotihuacanos. Las había de piedra, barro o travertino. Los motivos que las decoraban podían variar: símbolo del año, un ave, el rostro de Tláloc, etc. Su colocación en la parte alta del friso por lo general iba acorde con los elementos que estaban por debajo de ella. En el Palacio de las Mariposas, por ejemplo, podemos ver cómo las almenas corresponden a cada uno de los pilares que sostienen el techo del vestíbulo. Romper con la monotonía del muro y a la vez dar continuidad visual fue su cometido. Lo lograban plenamente.

Pintura

En lo que a pintura se refiere, también se cuidó el ritmo y el equilibrio. En el mayoría de los casos, la pintura surge en los pórticos de los cuartos, en el interior de éstos, en el piso; sobre esculturas o relieves; en la cerámica... En los pórticos, la pintura mural guardaba ciertas características, por ejemplo mantenía la simetría axial. Por lo general, el pórtico se dividía en dos partes, separadas por la puerta de

entrada al aposento; en ellas el talud tenía motivos similares en ambos lados de la puerta, siempre convergiendo hacia ella. Los murales se enmarcan por algún elemento a manera de cenefa, la cual guarda relación con el motivo central: serpientes entrelazadas o tocados alternándose con rostros de Tláloc, como ocurre en el patio posterior del Palacio de las Mariposas. Algunos murales no presentan esta característica, como el tantas veces mencionado de Tepantitla, en el que los motivos del lado derecho representan una escena campesina en tanto que en los del otro lado se puede ver una escena urbana, si bien ambos están unidos por el tema central del mural.

Pero aprovechemos que hablamos de este mural para ver cómo está distribuida la pintura. Las escenas mencionadas ocupan el lugar bajo del mural, y se trata, a mi juicio, de un nivel terrestre, donde habita el hombre; mientras que la parte superior corresponde al nivel celeste. Allí están Tláloc y sus ayudantes los tlaloques, que guardan granos y los arrojan a la tierra; aparecen también representadas grandes plantas de maíz. Esta manera de dividir el mural la

FIGURA 30. Mural de Tepantitla.
Se ve el manantial de donde brota la corriente de agua que es canalizada.

vemos asimismo en otros sitios mesoamericanos, como Bonampak, donde los personajes del pueblo ocupan la parte inferior de la pintura; sobre ellos se ve a los nobles y en la bóveda del techo se encuentran los dioses.

Los temas de los murales teotihuacanos son de una enorme variedad; sin embargo en todos ellos están implícitos motivos simbólicos. Tomemos como ejemplo el conjunto habitacional de Tetitla, donde el muro, hecho color, cobra forma y se convierte en símbolo. Allí se han encontrado varias pinturas que sirven de ejemplo a nuestro propósito. En uno de los patios interiores vemos tres escenas relevantes. La primera de ellas muestra a unos pumas de color anaranjado con penachos verdes dirigiéndose hacia la puerta de la habitación. Frente a ellos hay un motivo trilobado que ha sido interpretado como la representación de un corazón —posiblemente alude al sacrificio—. Junto hay otro mural que cierra el patio por el lado poniente, en él se ve a un personaje de frente —¿deidad, sacerdote?— con un enorme penacho que semeja la cabeza de un ave. Tiene nariguera, orejeras y collares de piedras verdes, y una capa lo cubre. De sus manos, levantadas y con las palmas hacia arriba, caen dones a la tierra en sendas corrientes de agua. No cabe duda de que se trata de una escena relacionada con la fertilidad. En otro mural, muy cerca de este último, aparece un individuo hincado ataviado como felino, con una especie de red y un escudo en la mano y una macana en la otra. Huellas de pie avanzan por un camino —en parte de tierra firme y en parte sobre una corriente de agua— que lleva hacia un edificio ricamente decorado en el que es posible apreciar el talud y el tablero que sostiene al templo propiamente dicho, con su puerta de acceso y el techo adornado con almenas y plumería. Pienso, insisto, que se trata de un guerrero felino. El edificio tiene, debajo de las almenas, escudos con plumas parecidos a los que porta el guerrero. El mismo motivo lo vemos en la cenefa que rodea la escena central del mural. Todo parece estar relacionado con la guerra.

En Tetitla hay representaciones de diferentes personajes. Se puede ver a un individuo sumergido dentro del agua recogiendo

conchas y guardándolas en una red; figuras de aves vistas de frente y de perfil de una extraordinaria belleza; huellas de felinos pintadas en el piso de un pequeño pórtico. La variedad de motivos es realmente asombrosa.

También en Atetelco se han encontrado buenos ejemplos de pintura mural. En el Patio Blanco se encuentran, en los pórticos de tres habitaciones que forman el patio, diferentes figuras relacionadas entre sí. Me parece que todas ellas se encuentran vinculadas a la guerra, pues en las paredes se hallan guerreros con lanzas de doble punta o guerreros águila con dardos y lanzadardos en las manos, todos ellos entrelazados en una red que nos recuerda la vestimenta del guerrero antes mencionado de Tetitla, por lo que no resulta extraño pensar que este motivo —la red entrelazada— tuviera algo que ver con la guerra. Por otra parte, en los taludes de la parte inferior vemos procesiones de animales como felinos y coyotes empenachados con el elemento trilobado sangrante frente a las fauces. Es probable que estos animales representaran grupos militares de élite. El Patio Blanco tiene una puerta que conduce a

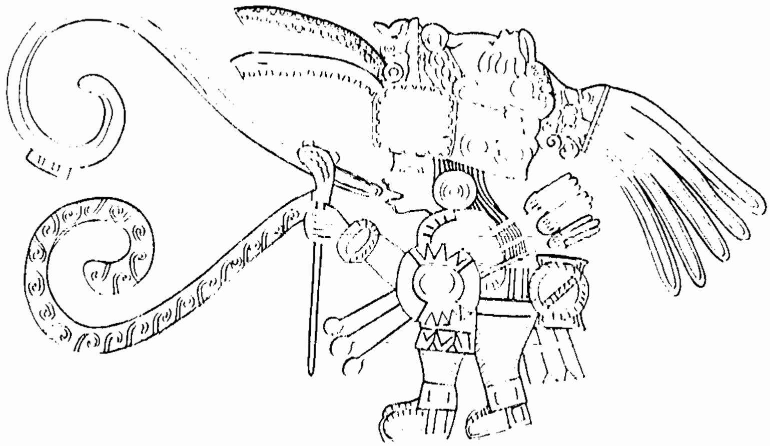


FIGURA 31. Guerrero con escudo y dardos. Atetelco.

FIGURA 32. Guerrero-águila llevando flechas y lanzaflechas en la mano. Patio Blanco de Atetelco.

otro conjunto, donde se pintaron sobre sus jambas individuos enfermos con pie Bot o equino varo; uno de ellos parece pertenecer al pueblo, por su manera de vestir, en tanto que el otro tiene faldellín y usa sandalia en el pie sano. Muchos otros motivos se encuentran en este conjunto.

No tratamos de hacer mención de toda la pintura mural teotihuacana —lo cual ya se ha hecho en otras investigaciones, como el "Corpus de la pintura mural" coordinado por Beatriz de la Fuente—, sino simplemente deseamos mencionar algunos ejemplos. Un caso interesante es el del Templo de los Caracoles Emplumados, así llamado por tener en su fachada principal pilastras con relieves en donde se esculpieron dos caracoles, uno encima del otro, con una boquilla, en evidente alusión a su carácter de instrumento musical. Lo interesante es ver cómo el escultor trazó primeramente el caracol con líneas negras y, una vez esculpido, lo cubrió con pintura roja. Los caracoles llevan plumas verdes en uno de sus lados y son de una pureza en su acabado que impresiona. Algo parecido ocurre con el pilar de la esquina de este edificio, el cual está decorado con flores de cuatro pétalos con colores amarillo o rojo. Pero volvamos a la integración de la arquitectura, la pintura y la escultura.

Un ejemplo más de lo anterior lo tenemos en el edificio que cubría al de los Caracoles Emplumados: el Palacio de las Maripo-

sas. El patio central del conjunto es de una belleza y armonía impresionantes. El patio está conformado por cuatro pórticos decorados con pintura que representa cortes de caracoles sobre un fondo rojo. El friso del techo está sostenido por pilares labrados que tienen como motivo principal un ave vista de perfil, excepto los correspondientes al lado poniente, pues allí las aves se ven de frente, imprimiendo con ello importancia al lado poniente del universo. Los elementos que se encuentran por arriba y por abajo de ellas —caracoles y ojos del dios Tláloc— fueron pintados de amarillo, verde, rojo y azul. A cada pilar corresponde en la parte alta una almena con el símbolo del año, pintado en rojo.

El pintor también nos dejó verdaderas maravillas en el decorado de algunas vasijas de cerámica. Colocó una fina capa de estuco sobre el barro para pintar sobre ella una serie de escenas en las que se ven sacerdotes, deidades, serpientes, flores, en fin, un cúmulo de elementos relacionados con las necesidades del teotihuacano. Por cierto que se han podido encontrar algunas "paletas" hechas de barro, como aquella que está en el Museo Nacional de Antropología, formada por varios casilleros en los que se colocaba el pigmento. A propósito de esto, hay que decir que la gran mayoría de los pigmentos fueron de origen mineral y se podían obtener en las inmediaciones de Teotihuacan mediante el molido y la mixtura con aglutinantes, al parecer uno de ellos fue la savia del nopal.

Escultura

Las expresiones escultóricas podemos dividirlas en dos apartados: *a)* las de grandes proporciones y que en muchos casos acompañaban a la arquitectura, y *b)* el trabajo de máscaras, adornos o figuras de dioses, hombres y animales de menor tamaño. Entre las primeras sobresale la gigantesca figura de la diosa Chalchiutlicue, hecha en una pieza monolítica que tiene 3.19 m de alto por 1.60 m de ancho. Como ya dijimos, fue encontrada cerca de la Pirámide de la

Luna y constituye quizá el único ejemplo de esculturas de estas dimensiones dentro de la ciudad de Teotihuacan.

En cuanto a las esculturas integradas a la arquitectura, ya nos hemos referido a las magníficas cabezas de serpientes con sus cuerpos ondulantes rodeados de caracoles y conchas del Templo de la Serpiente Emplumada. Son piedras que, como ya mencionamos en otra ocasión, tienen el poder de hablar, tienen una carga simbólica que va más allá de la forma misma. En otras partes de la ciudad también encontramos cabezas de serpiente que rematan la parte alta de las alfardas que limitan las escaleras, en tanto que el crótalo se encuentra en la parte inferior, a diferencia de la escultura de civilizaciones como la tolteca, azteca o maya, en las que la posición se invierte: las cabezas están abajo y los crótalos en la parte superior. Un caso más lo constituye la gran cabeza de felino o serpiente que descansa a un costado de la escalinata que conduce desde la plaza de la Luna hasta el vestíbulo del Palacio de las Mariposas. Allí se puede apreciar que se trabajaron por separado la cabeza y la mandíbula del animal. Ya hemos hecho mención de los pilares del patio central de este palacio y de los que decoran la fachada del Templo de los Caracoles Emplumados.

Existen otros elementos que, además de formar parte de la arquitectura, fueron usados para un fin específico y constan de varias partes que se ensamblan entre sí; es el caso del marcador del juego de pelota encontrado en La Ventilla. Pictóricamente se le halla en el mural de Tepantitla, en el que es representado un grupo de personajes jugando a la pelota, y en ambos extremos del terreno de juego se ven marcadores parecidos a éste.

En el caso de la escultura menor, tenemos piezas de gran calidad escultórica, como la de algunas máscaras hechas en piedras duras o en travertino, otras con incrustaciones en las mejillas o para imitar los ojos y dientes. Tienen la típica forma triangular característica de los rostros teotihuacanos. Posiblemente tuvieron una función en relación con el bulto mortuorio. El Dios Viejo, Huehuetéotl, fue esculpido numerosas veces, y contamos con algunas buenas esculturas de él. A éste se unen figuras de animales, humanas y otras más que nos hablan del alto nivel alcanzado por los es-

cultores teotihuacanos. Diferentes tipos de piedra se utilizaron para estas piezas, en las que se aplicaban técnicas como la utilización de abrasivos para desgastar la piedra y darle la forma requerida. Algunas eran de fácil obtención en lugares cercanos a Teotihuacan y otras provenían de distintas regiones.

Cerámica

En la producción cerámica también se alcanzaron niveles de gran calidad. Verdaderos talleres funcionaron para la elaboración de las piezas para el culto, los cuales con seguridad dependían directamente de sacerdotes u otros miembros de la élite. Así parece indicarlo el taller con miles de moldes encontrado al norte de la Ciudadela, al que ya hicimos referencia con anterioridad. Muchas vajillas de uso cotidiano debieron de elaborarse por especialistas artesanales. Sin embargo, las que llaman nuestra atención son las piezas que alcanzaron altos niveles de excelencia, ya por su forma, ya por su decorado. Existen finas piezas decoradas con pintura, o en las que se utilizaron otras técnicas decorativas como el champlevé, el moldeado o el raspado. Entre los objetos más comunes hay floreros de cuello estrecho, vasijas trípodes con tapadera, recipientes de paredes rectas con soportes, en fin, una gama de formas que son indicadoras de la maestría alcanzada por sus creadores. Antes nos habíamos referido a los braseros tipo chimenea que servían para el culto y que son exclusivos de Teotihuacan, y no se puede dejar de mencionar también las múltiples figurillas humanas, tanto de gente del pueblo con los brazos y piernas hechos de tal manera que indican movimiento, como las figuras de personajes de la élite y sacerdotes con sus ricas indumentarias. También tenemos muñecas cuyas extremidades se encuentran separadas del cuerpo y se unen a él con cuerda, lo que permite el movimiento de las figuras. Diversas deidades y animales sacralizados no escaparon a la acción del barro. Se trata de una producción altamente especializada en la que el alfarero supo darle forma al barro y convertirlo en obra de arte.

Desde luego que tenemos evidencias de la elaboración de piezas en otros materiales. El problema para el arqueólogo reside en que se trata de materiales perecederos, por lo que su conservación resulta difícil. Pese a ello, se han encontrado ejemplos de piezas elaboradas en madera, como una especie de cetro que remata en una cabeza de serpiente hallado entre el ajuar funerario de los entierros del Templo de la Serpiente Emplumada.

Otras expresiones artísticas

Tenemos poca información acerca de otras manifestaciones como la poesía, la música, el canto y la danza. De esta última ya hemos señalado cómo en un mural de Tetitla se ve a un individuo con rica indumentaria que, cuchillo en mano, realiza posiblemente una danza ritual, pues hay una plataforma con cuatro escalinatas de acceso a la parte superior, en cuyo piso hay huellas de pisadas que, pensamos, pudieran ser indicadores de los pasos a seguir en el baile. En relación con las otras expresiones, vemos que muchas figuras humanas o de animales tienen la vírgula del sonido con flores que surge de sus bocas o fauces, lo que quizá sea una representación de cantos o poesías en determinados rituales. Se han hallado flautas de barro y caracoles con boquillas que indudablemente fueron utilizados como instrumentos musicales. Ya hemos indicado que en un mural de la parte posterior del Palacio de las Mariposas se ve a un felino sonar un caracol, y cómo de éste surgen vírgulas simbolizando el sonido. En el mural de *El Tlalocan* puede apreciarse que algunos de los personajes están aparentemente cantando, pues de sus bocas manan las vírgulas indicadoras del sonido.

Todo esto nos permite asegurar la existencia de estas manifestaciones, aunque desconocemos cuáles serían los ritmos y las características musicales. Lo cierto es que todos ellos estuvieron relacionados con las ceremonias y los rituales que debieron de efectuarse periódicamente en Teotihuacan.

VII. Las prácticas funerarias

A LO LARGO DE LO QUE LLEVAMOS EXPUESTO, HEMOS VISTO DIVERSOS aspectos de la vida teotihuacana. Vamos a referirnos ahora a un tema cuya importancia es evidente: el tratamiento que se daba al cuerpo una vez que el individuo moría; trataremos desde las formas más comunes de enterramiento hasta algunos rituales en las prácticas funerarias. Para ello nos apoyaremos en diversos estudios que se han hecho sobre el tema, los cuales nos proporcionan una información rica y variada que nos introduce en las creencias y prácticas del pueblo teotihuacano.[1]

Por estos estudios sabemos que se han hallado restos de aproximadamente 1 228 entierros correspondientes a la época teotihuacana, los cuales han sido recuperados en diferentes intervenciones arqueológicas a lo largo de casi siglo y medio (1857-1994). Para comenzar dividiremos en dos grandes apartados los restos mortuorios encontrados: aquellos que fueron inhumados conforme a las prácticas mortuorias comunes, trátese de individuos teotihuacanos o de origen extranjero localizados en la ciudad, cada uno con sus características propias, y los que pudieron haber muerto en determinados rituales o cuya muerte posiblemente obedeció a prácticas sacrificiales o de otro tipo.

Dentro del primer apartado, las prácticas mortuorias comunes, tenemos que los teotihuacanos enterraban a sus difuntos en fosas excavadas en los pisos de los cuartos de los conjuntos habitaciona-

[1] Véase el libro coordinado por Linda Manzanilla y Carlos Serrano, *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses*, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas-DGAPA, México, 2003. Este libro reúne a diversos investigadores y es el más completo compendio sobre el tema. Véase también Saburo Sugiyama, *Human Sacrifice, Militarism, and Rulership*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, (New Studies in Archaeology).

les. Diferentes investigaciones han aportado un buen número de ejemplos de esta forma de enterramiento. Consistía en romper el estuco de los pisos y cavar una fosa circular en la tierra o el tepetate para colocar dentro de ella el cadáver. En ocasiones la fosa se revestía de estuco o se colocaba un piso de este material; en otros casos se endurecían las paredes con fuego. Por lo general se han encontrado fosas ocupadas por un solo individuo, aunque también las hay con dos o tres individuos que fueron enterrados al mismo tiempo, o aquellas que fueron reutilizadas, removiendo los restos que originalmente ocupaban la fosa.

La posición que guardaba la gran mayoría de los esqueletos era la sedente flexionada o en decúbito lateral izquierdo, derecho o dorsal. Buen ejemplo de estas posiciones lo tenemos en La Ventilla B, área habitacional localizada hacia el suroeste de la ciudad, de donde se recuperaron alrededor de 174 entierros en la década de 1960. Los antropólogos físicos Serrano y Lagunas estudiaron los restos óseos y encontraron que en la población adulta predominaba la posición sedente en 65%, en tanto que en restos juveniles e infantiles predominaba el decúbito dorsal en 63%. También detectaron que de los restos masculinos, 74% estaba en posición sedente, mientras que de los femeninos 59% estaba en dicha posición. Se nota un predominio en orientar el cadáver hacia el este, lo que podría relacionarse con determinadas creencias religiosas.

Hay evidencias de que el cuerpo pudo ser envuelto en mantas para formar un bulto mortuorio. Algunos restos de textiles se han recuperado asociados a los cadáveres. También se han encontrado piezas de cerámica que parecen representar esos bultos, con una máscara colocada al frente de ellos. Hay que recordar que muchas máscaras teotihuacanas tienen perforaciones laterales que permiten suponer que servían para amarrarlas al fardo funerario. En el mural del Templo de la Agricultura —hoy desaparecido—, ubicado en la Calle de los Muertos, se representaban dos bultos mortuorios que estaban siendo incinerados, hecho que ha dado pie a especulaciones sobre esta práctica, de la cual se han encontrado algunas evidencias en Teotihuacan. El uso de urnas funerarias

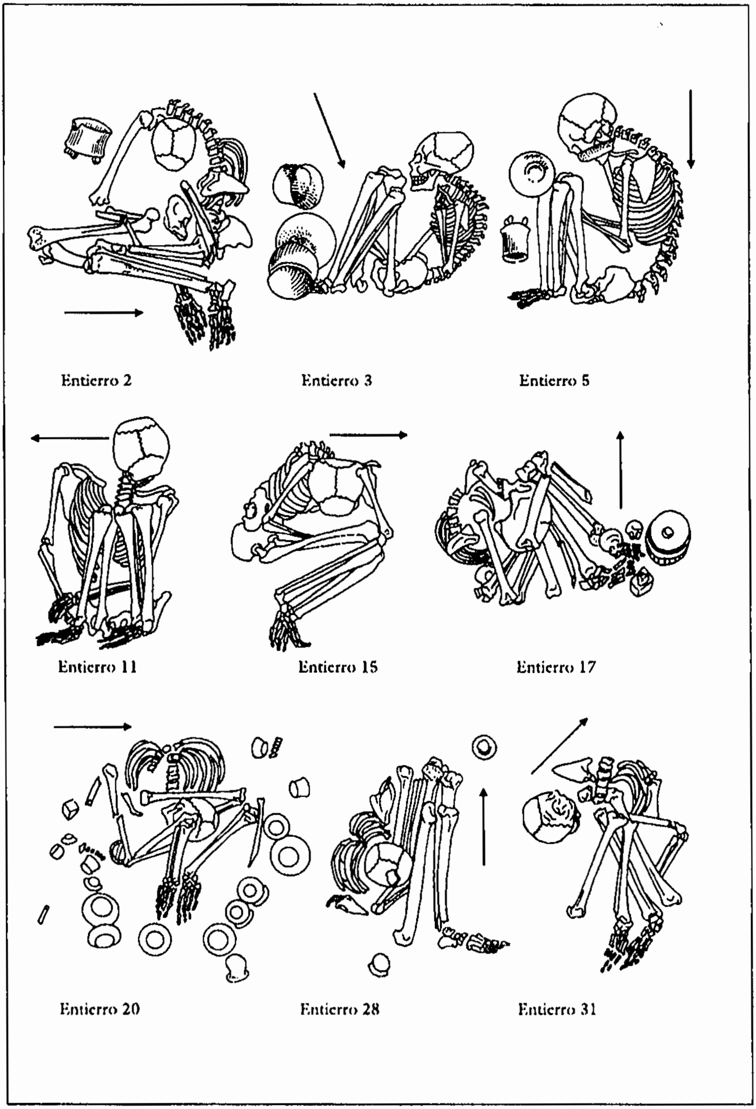


FIGURA 33a. Algunos entierros de La Ventilla B. (Tomado de Linda Manzanilla y Carlos Serrano, 2003.)

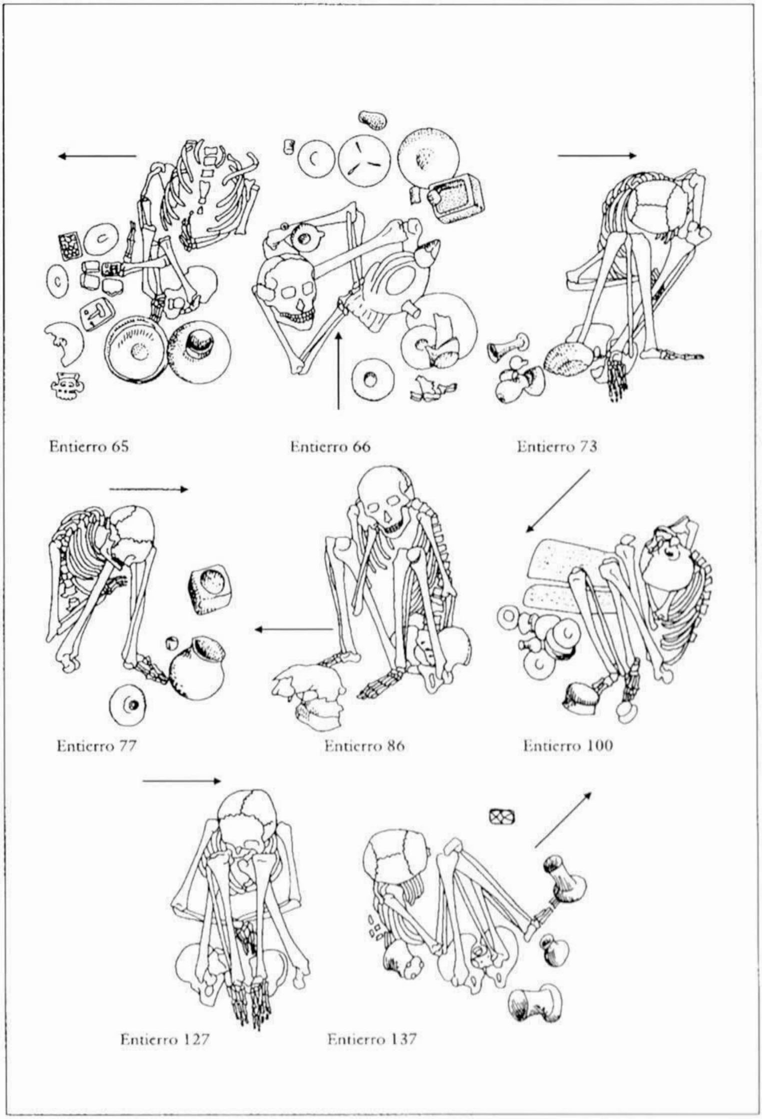


FIGURA 33b. Algunos entierros de La Ventilla B. (Tomado de Linda Manzanilla y Carlos Serrano, 2003.)

FIGURA 34. Conjunto de Oztoyohualco.

tampoco fue una práctica común, si bien varios investigadores han dado noticia de ella. Otro caso es el de restos óseos hallados en el interior de algunos altares.

Un dato importante es que en la mayoría de los entierros se han encontrado ofrendas. Las hay con una rica y variada cantidad de objetos —cerámica, lítica, conchas, etc.— y otras con mucho menor cantidad. El hecho de acompañar al muerto con algún tipo de ofrenda nos habla de rituales al momento del entierro y, asimismo, de las creencias que tenían los teotihuacanos acerca de lo que acontecía después de la muerte.

Otro aspecto interesante es la práctica de colocar el cadáver de niños nonatos o recién nacidos en platos de cerámica que eran cubiertos con otro plato. Un gran número de entierros de este tipo —que al parecer se practicaba únicamente con los niños fallecidos— se encontró en La Ventilla, Oztoyahualco, Tlajinga 33, San Francisco Mazapa y otros lugares. Se ha pensado que la muerte de infantes

quizá se deba a las precarias situaciones de salud; sin embargo, no hay que descartar que algunas de ellas hayan obedecido a prácticas sacrificiales.

El estudio de los cráneos hallados revela la práctica de la deformación craneal así como la mutilación dentaria, si bien no en todos los casos se han confirmado dichas prácticas. Por otra parte, es posible rastrear en los restos óseos el padecimiento de algunas enfermedades; los especialistas han detectado padecimientos artríticos además de diversas afecciones dentarias. Ya habíamos señalado la representación en un mural de un individuo con pie Bot o equino varo. Por cierto, de los estudios realizados y los datos que arrojan los entierros hallados en el área poniente de la ciudad, parece desprenderse que el promedio de vida del teotihuacano era de alrededor de 35 años, y de los entierros de infantes, se infiere una mortalidad infantil y juvenil bastante acentuada.

Ahora bien, también se han encontrado entierros cuyas características difieren de las ya mencionadas como propias de los teotihuacanos. Se trata de entierros extendidos que, por lo que se conoce, obedecían a patrones de culturas diferentes. No hay que olvidar que Teotihuacan fue una gran urbe cosmopolita en la que se asentaron grupos de otras culturas. Algunos entierros parecen corresponder con esto, ya que se han hallado esqueletos en posición extendida depositados en fosas alargadas, o colocados en tumbas que recuerdan a las de Monte Albán, con la particularidad coincidente de que corresponden al Barrio Oaxaqueño.

Veamos ahora los casos de restos óseos que muestran rastros de que la muerte fue infligida en sacrificios rituales, o que, al morir un individuo, se aprovechaban partes de su cuerpo para prácticas rituales. Del primer caso tenemos los conjuntos de esqueletos localizados en el Templo de Quetzalcóatl o de la Serpiente Emplumada en la Ciudadela, que cronológicamente se ubican alrededor del año 200 d.C. Se trata de grupos de cuatro, ocho, nueve, diez y 20 esqueletos, además de entierros individuales, los cuales se depositaron en fosas cavadas en el tepetate. Estaban en posición semiflexionada, flexionada y sedente. Como dato interesante hay que

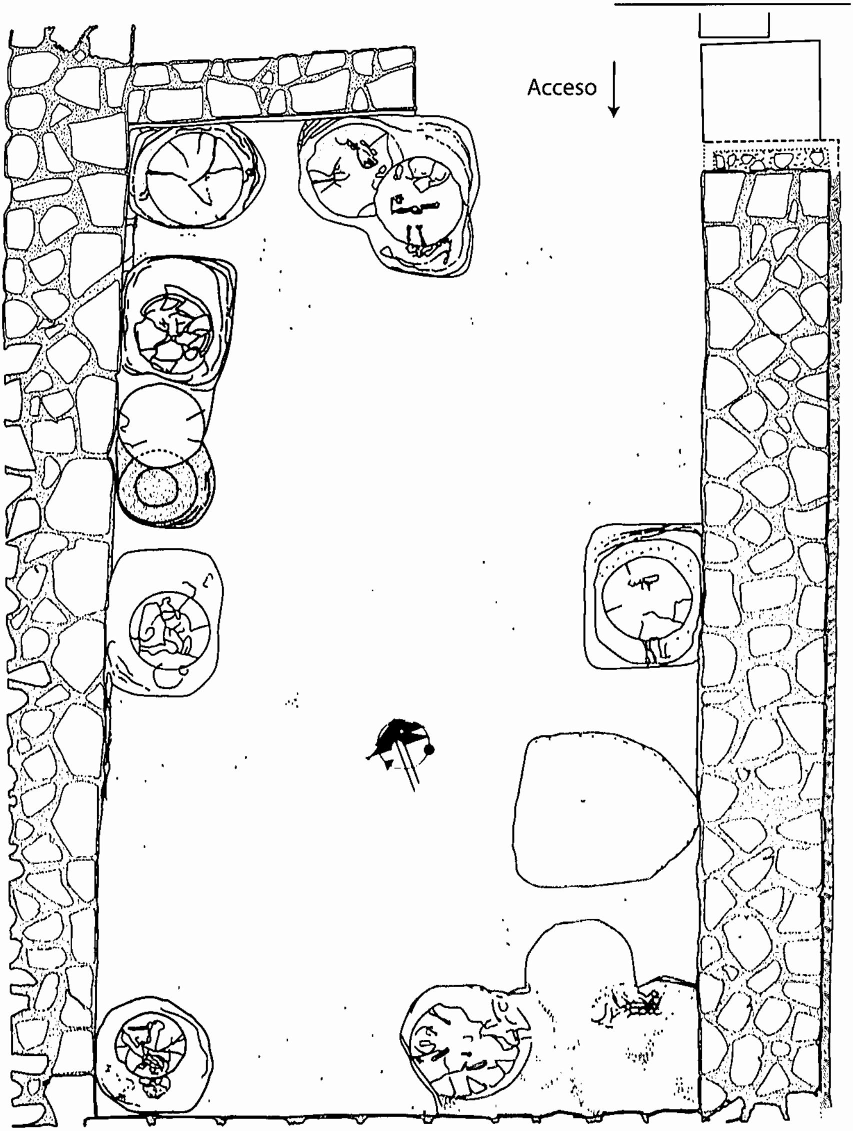


FIGURA 35. Entierros de niños colocados en recipientes de cerámica, La Ventilla. (Tomado de Sergio Gómez Chávez, 2000.)

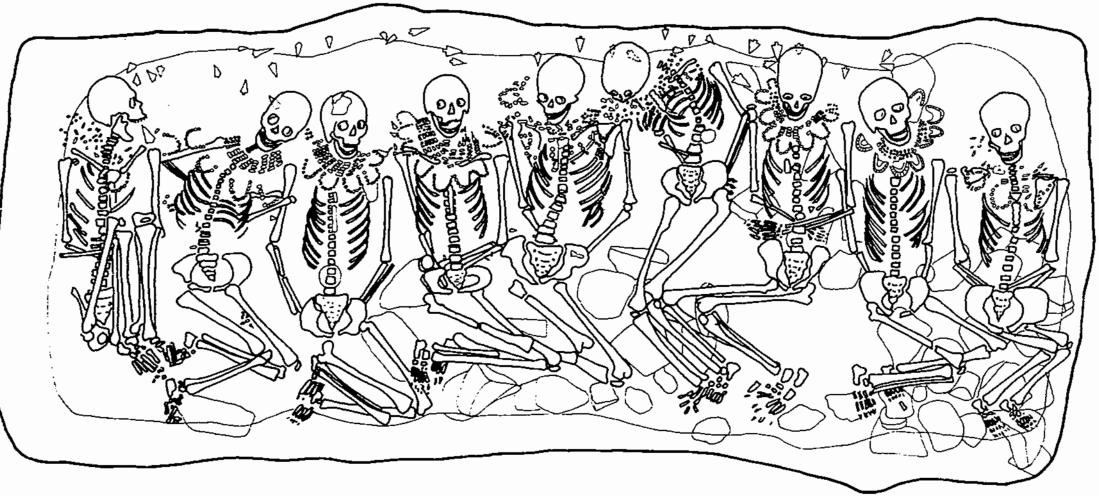


FIGURA 36. Entierro de individuos con las manos atadas a la espalda. Templo de la Serpiente Emplumada o de Quetzalcóatl.

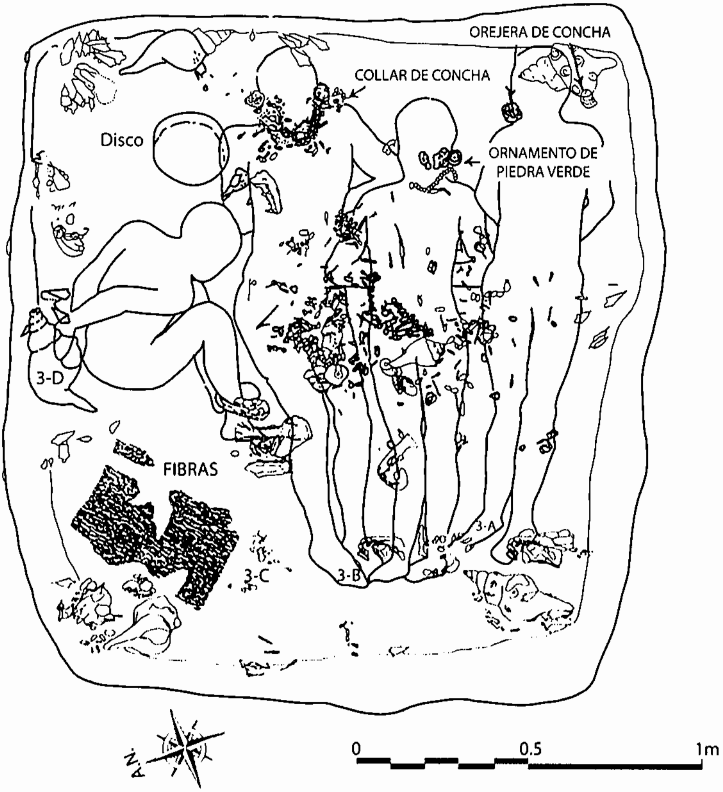


FIGURA 37. Entierro ritual de individuos con las manos atadas a la espalda.

señalar que tenían los brazos atados a la espalda y llevaban adornos diversos, como collares de mandíbulas y otros. Un enorme túmulo funerario se encontró en el centro del edificio. Por la colocación de los cuerpos y el número de esqueletos en relación con el Templo, no cabe duda de que estaban asociados con aspectos calendáricos y cosmogónicos importantes para los teotihuacanos.

Otro dato reciente del sacrificio humano y de animales ofrendados a grandes monumentos proviene de las excavaciones efectuadas en el interior de la Pirámide de la Luna por Cabrera y Su-

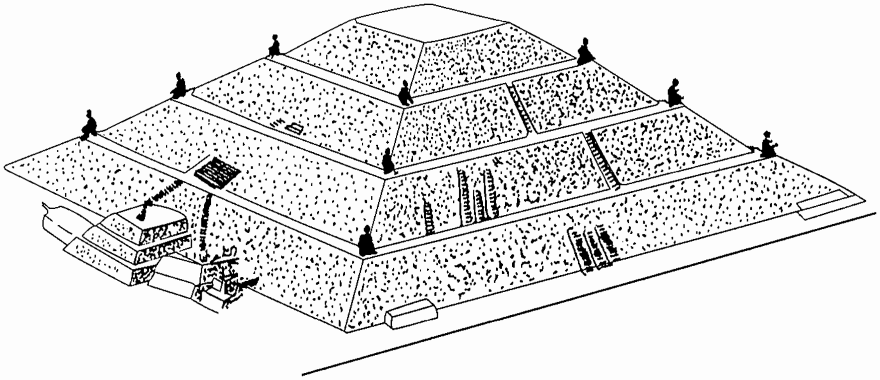


FIGURA 38. Pirámide del Sol. Dibujo de Leopoldo Batres que muestra los entierros de infantes colocados en las esquinas.

giyama. Allí se hallaron diversos conjuntos de individuos, entre los que vale la pena destacar un esqueleto humano, masculino, en posición sedente con las manos hacia atrás, de edad aproximada de 45-50 años. Se encontraba junto con los esqueletos de dos felinos, un cánido, una serpiente y restos de aves de rapiña, además de objetos diversos, todos ellos en un espacio de 3.50 m por lado. Cabe señalar que los dos felinos y el cánido se encontraban dentro de jaulas de madera, lo que hace pensar que fueron enterrados vivos, como parte del ritual.

Con anterioridad, Leopoldo Batres había encontrado esqueletos de niños colocados en las esquinas de los cuatro cuerpos de la Pirámide del Sol, presumiblemente sacrificados con motivo de la construcción de ese edificio. También se han encontrado cuerpos decapitados o cráneos que tienen adheridas vértebras cervicales, claro indicio de que se les practicó la decapitación. Hay evidencias de desmembramiento corporal. En efecto, varios investigadores se refieren al hallazgo de partes del cuerpo —manos, piernas, mandíbulas, etc.— colocadas como ofrenda en entierros. Todas estas prácticas obedecen a determinada concepción respecto de la muer-

te, y no hay que olvidar que algunas pinturas murales muestran escenas en las que vemos a sacerdotes con ricos atavíos, cuchillos curvos en la mano y un corazón sangrante, o como ocurre con un mural hallado en La Ventilla, en el que se ve solamente el cuchillo con representaciones de corazones.

Todo lo hasta aquí mencionado nos permite identificar las diferentes prácticas mortuorias que emplearon los teotihuacanos: fosas como la forma más común, bultos mortuorios, incineración de los cuerpos, ofrendas..., todo ello nos habla de su creencia en una existencia más allá de la muerte. Un dato a todas luces significativo es el que se relaciona con el sacrificio ritual: decapitación, extracción del corazón, ofrendas humanas a los dioses o a determinados templos, desmembramiento ritual; en fin, toda una gama de oblaciones que nos dejan saber que muchas de ellas aparecieron desde Teotihuacan y fueron adaptadas posteriormente por poblaciones que habitaron el centro de México.

VIII. La decadencia

La historia nos enseña cómo a lo largo del proceso de desarrollo del hombre han surgido grandes imperios, que han tenido su momento de gloria para posteriormente decaer. Teotihuacan no fue la excepción. Durante siete siglos la cultura teotihuacana evolucionó hasta alcanzar una presencia definitiva en Mesoamérica. Su sello quedó impreso en las diferentes regiones y en muchas ciudades contemporáneas a ella. Sin embargo, alrededor de 750 d.C. surgieron indicadores que apuntaban a la decadencia de la gran urbe. ¿Cuáles fueron las causas que motivaron su caída? ¿Qué factores intervinieron para que esto ocurriera? Se han propuesto diversas hipótesis, sin que hasta el momento ninguna satisfaga por completo a los estudiosos, pues hace falta mayor número de datos para sustentarlas.

Veamos algunos datos relacionados con la decadencia teotihuacana, no sin antes advertir que éstos han dado pie a las diferentes interpretaciones conocidas: en diversos lugares se han encontrado vestigios que apuntan a que la ciudad fue incendiada; en pisos y edificios se han detectado pozos de saqueo, lo que parece indicar un final violento para Teotihuacan; en la última fase de la ciudad —Metepec (650-750 d.C.)— se nota un descenso en la población, pasando de manera brusca de 70 000 a 5 000 habitantes para los años posteriores a 750.

Hipótesis acerca de la caída de Teotihuacan

Ya hemos discutido acerca de las causas de que surgiera una ciudad como Teotihuacan sin que hasta ahora se haya encontrado una respuesta satisfactoria. Algo parecido ocurre en lo que a la caída de la

urbe se refiere. Pese a ello, se han planteado algunas ideas que tratan de explicarla. Recuerdo que en la década de 1960 se manejaba la posibilidad de que una gran epidemia hubiera diezmado a la población; sin embargo, no había evidencias para sustentar tal cosa, pues no se contaba con datos que mostraran una gran mortandad, o múltiples entierros que hicieran pensar en esa posibilidad.

Otra idea —ésta y otras las considero sin fundamento— es que tal vez haya ocurrido un sismo, capaz de provocar el consecuente abandono. Hasta el momento no se ha encontrado dato alguno que permita siquiera suponer lo anterior, pues ningún edificio muestra estragos, fisuras, etc., que pudieran hacer pensar en esta posibilidad.

Otra idea constantemente manejada fue la de la llegada de grupos "bárbaros" del norte que atacaron la ciudad, la saquearon y la incendiaron, provocando así su abandono. Esto se sustentaba hasta cierto punto en algunas fuentes históricas que mencionaban el asentamiento de grupos norteños en el altiplano. Hasta ahora no se ha podido demostrar fehacientemente que tales grupos invadieran la ciudad, y aunque hay presencia de este tipo de asentamientos, éstos no son tan numerosos como para pensar que la gran metrópoli decayó por el ataque de tan bárbaros individuos.

Otro factor que se ha tomado en consideración es el hecho de que hacia esos años empezaban a surgir nuevos focos de poder, como Xochicalco, Cacaxtla, Tula, etc. —es decir, el comienzo del Epiclásico—, lo que probablemente cortó las vías comerciales de Teotihuacan, con consecuencias terribles para la otrora poderosa ciudad. Aquí cabe advertir que un bloqueo de las vías de comercio no es razón suficiente para que una ciudad como Teotihuacan se venga abajo. Pensemos que los productos sujetos a comercio no eran indispensables para el sostenimiento de la urbe, pues se trataba de bienes suntuarios para consumo de la clase alta: plumas de quetzal, algunos tipos de piedras para adornos, quizá algunos frutos tropicales..., pero hasta ahí.

Basado en el materialismo histórico, también se ha explicado la caída de Teotihuacan a causa de un levantamiento campesino en

contra de la clase dirigente. Se decía que el grupo trabajador, cansado de la explotación que significaba trabajar para la élite teotihuacana, se había rebelado, lo que había redundado en un enfrentamiento a manera de una lucha de clases, con los resultados que ya sabemos. Así lo plantea Julio César Olivé cuando habla sobre el cambio del Clásico al Posclásico:

> La civilización puede subdividirse en los periodos teocrático y militarista; quizá separe a ambos una revolución social, antiteocrática; el periodo teocrático comprende las fases que se han venido agrupando en la parte superior del horizonte Preclásico e incluye también las fases del horizonte Clásico. La revolución antiteocrática explica la desintegración de los grandes centros ceremoniales, que tenían funciones religiosas, económicas y políticas y en los cuales la civilización llegó a su apogeo; el periodo militarista contempla el ascenso de los guerreros erigidos en clase dominante y que inauguran las tendencias imperiales.[1]

En este planteamiento, hecho en la década de 1950, no se contemplaba lo que ahora sabemos: durante el Clásico, periodo al que corresponde el desarrollo de Teotihuacan, hubo un acendrado militarismo, como se demuestra en muchas estelas de la región maya, en las que se ven prisioneros atados y sojuzgados, y existen datos suficientes para sustentar también la presencia de un marcado militarismo en Teotihuacan. No se trataba, pues, de sociedades teocráticas, sino de sociedades beligerantes, verdaderos Estados imperiales que trataban de ocupar otros territorios mediante la guerra.

Otro planteamiento que se hizo fue desde un punto de vista ecológico: la caída de la ciudad se debió a una fuerte deforestación del área inmediata, provocada por la explotación de madera en las construcciones. Pues bien, sabemos que en cada edificio se necesi-

[1] Julio César Olivé, "Estructura y dinámica de Mesoamérica", *Acta Anthropologica,* época 2, vol. 1, núm. 3, México, 1958.

taba este material para construir muros, techos y otros acabados, lo que trajo como consecuencia que, a lo largo de varios siglos, esta explotación fuera la causa de un cambio climático que provocó menos lluvias y, por lo tanto, el decaimiento en la producción agrícola. La gente exigía más a los sacerdotes para que los dioses enviaran más agua a la tierra para obtener buenas cosechas, lo que no se conseguía pese a los ruegos del sacerdote intermediario. La consecuencia de esto fue fatal para la ciudad, según aseguran quienes sostienen esta idea. Sin embargo, investigaciones realizadas por Emily McClung, responsable del Laboratorio de Paleoetnobotánica y Paleoambiente del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, señalan que este factor no fue determinante ni mucho menos para la caída de Teotihuacan. Así lo expresa la investigadora:

> No hay evidencias contundentes de una causa ecológica para la caída de Teotihuacan. Hay evidencias de que para el periodo Epiclásico, inmediatamente después de esta decadencia, hubo un incremento en la humedad del valle, a pesar de la presencia de curiosos indicadores locales: en el sector semiárido hubo mayor humedad, mientras que el sector húmedo estuvo más seco. Una posible explicación para esto podría ser el abandono del sistema agrícola y el descuido en el mantenimiento tanto de la zona de riego como de las terrazas dependientes de la lluvia temporal.[2]

Otra interpretación acerca del fin de Teotihuacan nos lo proporciona el doctor René Millon. Para este profundo conocedor de la cultura teotihuacana, lo que bien pudo ocurrir fue el desgaste de una élite poderosa, que se enfrentó a las exigencias cada vez mayores de los militares, quienes disputaban el poder a los sacerdotes. Puesto que la política teotihuacana estaba estrechamente unida a lo sagrado, resultaba indispensable acabar con toda imbricación

[2] Emily McClung, "El paisaje prehispánico del Valle de Teotihuacan", *Arqueología Mexicana*, vol. XI, núm. 64, noviembre-diciembre, México, 2003, p. 41.

de lo sagrado y lo político. El resultado de ello fue una terrible devastación en la Ciudadela, la Calle de los Muertos y otros edificios públicos y templos. Así lo expresa Millon:

> El centro no fue simplemente consumido por un fuego extenso. Los templos y los edificios públicos no fueron simplemente destruidos, sino desmantelados, quemados, reducidos a escombros una y otra y otra vez en ambos lados de la avenida por más de una milla. Yo he llamado a esta destrucción "Carthaginian" y tenía estas características. Esto es porque aquellos que empezaron este proceso quisieron estar seguros de que ningún poder o ninguna fuerza del estado teotihuacano volviese a renacer de esas ruinas. Porque la religión y el Estado estuvieron fusionados, el Estado no podía haber sido destruido sin destruir sus templos, y la destrucción de sus templos significaba la demolición ritual de cada uno de ellos dentro de un proceso de destrucción violenta. Esto fue lo que les sucedió a todos los templos de la Ciudadela, a los templos de la calle de los Muertos, a los templos situados en la periferia de la ciudad. Surgió un proceso de destrucción ritual y de desacralización sin precedente en Mesoamérica hasta que el corazón de la ciudad estuvo en ruinas ardientes, hasta que la mayoría de sus templos fueron destruidos y quemados.[3]

Millon nos presenta un cuadro realmente impresionante de lo que pudo ocurrir. Como puede verse, para él, principalmente fueron causas internas las que ocasionaron el fin de Teotihuacan.

Otra opción

Además de los anteriores planteamientos ¿puede existir otra posible causa de la decadencia de Teotihuacan en el siglo VIII? Desde luego que sí. Para ello acudiremos a los datos que las fuentes históricas nos

[3] René Millon, "The Place Where Time Began", en *Teotihuacan, Art from the City of the Gods*, Thames and Hudson, The Fine Arts Museum of San Francisco, 1993, p. 33.

proporcionan para el centro de México después de la caída de Teotihuacan. En ellos leemos cómo diversas sociedades que dominaban y explotaban a otros pueblos fueron finalmente destruidas por los oprimidos. En efecto, si recordamos lo que aconteció en Tula, capital de los toltecas, veremos que no difiere mucho de lo ocurrido en Teotihuacan, si nos basamos en los datos que la arqueología nos proporciona: la parte ceremonial incendiada, palacios o edificios públicos quemados, pozos de saqueo, desmantelamiento de edificios; en fin, el panorama es muy similar al de la gran urbe del Clásico. Tula vivió momentos de inestabilidad política interna entre dos grupos: toltecas-chichimecas y toltecas-nonoalcas. Esto pudo presentar un momento propicio a los pueblos sujetos a Tula —entre ellos los aztecas, que según Kirchhoff ocupaban un área alejada de la metrópoli imperial— para que se levantaran en contra de la ciudad y acabaran por incendiarla y destruirla. Algunos mitos mexicas tal vez hacen mención de ello cuando refieren que fue en Coatepec, cercano a Tula, donde se dio un combate entre fuerzas mexicas y sus enemigos los sureños. Pero veamos otros ejemplos.

Sabemos que los mexicas o aztecas empezaron a conspirar en contra del señorío al que se hallaban sujetos y del cual eran tributarios. Esta situación desembocó en la alianza de tres ciudades —Tenochtitlan, Texcoco y Tacuba— para luchar juntas en contra del tepaneca de Azcapotzalco. El final lo conocemos: Azcapotzalco es finalmente destruida e incendiada por sus tributarios, quienes de ahí en adelante ostentarán el poder del centro de México. Los papeles se invirtieron, y quienes antes fueron tributarios se convirtieron en señores que imponían grandes tributos a quienes tenían sometidos. Pero veamos otro ejemplo más. Cuando Hernán Cortés llegó a las costas veracruzanas recibió la queja por parte de los grupos totonacos de estar sujetos tributariamente al señor de Tenochtitlan, Moctezuma. El conquistador, con gran habilidad, aprovechó la situación para obtener el apoyo de los totonacas en contra de Tenochtitlan. Lo que siguió es de sobra conocido: un puñado de soldados españoles apoyados por miles y miles de contingentes indígenas enemigos y tributarios de los aztecas acabaron por destruir

la otrora poderosa Tenochtitlan y quemaron los principales templos. Recordemos que la manera de representar en los códices el triunfo militar sobre el enemigo es pintando el templo incendiado, lo que debió de ser una práctica común.

Con estos tres ejemplos, todos del centro de México y perfectamente documentados en diversas fuentes históricas, queremos llamar la atención sobre una cosa: la relación entre opresor y tributario en estos casos se resolvió con la alianza de los pueblos sojuzgados en contra de sus opresores, que devino en triunfo para los primeros. Ahora bien, para Teotihuacan no contamos con fuentes históricas que nos pudieran iluminar sobre el particular, pero es razonable pensar que una práctica documentada por cerca de seis siglos no surgió de repente; debía de haber antecedentes, y todo apunta a que fue en Teotihuacan donde, quizá por primera vez, se dio una situación de este tipo, pues los datos son similares en todos los casos.

Como conclusión a las distintas hipótesis presentadas respecto de la decadencia de Teotihuacan, podemos decir que algunas de ellas atienden aspectos externos —cortes de vías comerciales, por ejemplo—, en tanto que otras apelan a causas internas: inestabilidad que conduce a la destrucción —levantamiento antiteocrático, desacralización del lugar—. Por mi parte, me inclino por una combinación de ambos tipos: problemas internos por la lucha del poder que producen inestabilidad (algo que venía sucediendo a todo lo largo de la historia teotihuacana) y se combinan con factores externos, como la rebelión de grupos sojuzgados, dan lugar al principio del fin de la ciudad y al comienzo de una larga historia para el centro de México.

Falta aún mucho por investigar sobre el tema, pero me parece que hay elementos suficientes para plantear la hipótesis antedicha, basada en documentos y en datos proporcionados por la arqueología. El tiempo dirá quién tiene la razón.[4]

[4] Dicha hipótesis la venimos sosteniendo desde tiempo atrás. Puede verse expresada, por ejemplo, en *Teotihuacan*, Lunwerg y Jaca Book, Barcelona-Madrid y Milán, 1990.

Epílogo

La ciudad ha sido destruida. Nuevos grupos ocupan el lugar y su presencia es visible en varios puntos de Teotihuacan. Poco a poco los vestigios son cubiertos por el tiempo; pero para los pueblos que se van asentando en el centro de México no escapa que allí existió una gran ciudad. Por aquí y por allá se ven reminiscencias de la antigua urbe, y aunque ésta se va cubriendo de tierra y árboles, la fisonomía no pone en duda su existencia. Sin embargo, no saben quiénes fueron sus constructores. Entonces esos pueblos sacralizan el lugar, y lo que fue obra del hombre se convierte en obra de los dioses. Le dan por nombre "Teotihuacan", que en lengua nahua quiere decir "lugar donde se hacen los dioses". De la realidad se pasa al mito, y así, Teotihuacan es el lugar donde se convocó a los dioses para crear el Quinto Sol. Cuatro Soles o Edades se habían sucedido en las que los dioses trataron de crear al hombre y el alimento que habría de sustentarlo. Fueron cuatro intentos que no fructificaron. Los dioses decidieron entonces intentar una vez más su acto creador y fue así como nació el Quinto Sol en Teotihuacan. ¡Qué importancia debió de tener el lugar para que, después de destruido, se le considerara lugar de los dioses...!

La ciudad destruida y ahora mitificada fue sin lugar a dudas el sitio donde comenzó el tiempo. En Teotihuacan tiene origen toda una serie de manifestaciones que tendrán presencia definitiva en sociedades posteriores. Y es aquí cuando surge la polémica sobre a cuál de las dos ciudades, Teotihuacan o Tula, se refieren las diferentes fuentes históricas. En algunos casos la referencia es clara a la Tula de los toltecas; pero en otros, todo parece indicar que se hace alusión a Teotihuacan. Sea como fuere, la verdad es que en Teotihuacan vemos el surgimiento de una serie de caracterís-

ticas que posteriormente tendrán cabal presencia en las culturas que se asentaron en el centro de México. Quizá algún día este tema apasionante pueda dilucidarse; mientras tanto, la historia continúa...

Bibliografía

Acosta, Jorge, *El Palacio del Quetzalpapálotl*, INAH, México, 1964 (Memorias núm. 10).

Armillas, Pedro, "Los dioses de Teotihuacan", *Anales del Instituto de Etnología Americana*, vol. 6, Universidad Nacional de Cuzco, Perú, 1945.

———, "Arqueología del occidente de Guerrero", en *El Occidente de México*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1948.

Barba, Beatriz, "Tlapacoya, un sitio preclásico de transición", *Acta Anthropologica*, época 2, vol. 1, núm. 1, México, 1956.

Bernal, Ignacio, "Teotihuacan ¿capital de imperio?", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XX, México, 1966.

Cabrera, Rubén, "Los ritos funerarios en Teotihuacan y su diferenciación social", *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 40, noviembre-diciembre, México, 1999.

———, "Análisis espacial y urbano del complejo arquitectónico de la Plaza de la Luna en Teotihuacan", *Arqueología e historia del Centro de México. Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma*, INAH, México, 2006, pp. 115-130.

Cabrera, Rubén, y George Cowgill, "El Templo de Quetzalcóatl", *Arqueología Mexicana*, vol. I, núm. 1, abril-mayo, México, 1993.

Caso, Alfonso, "El paraíso terrenal en Teotihuacan", *Cuadernos Americanos*, vol. I, núm. 6, México, 1942, pp. 127-136.

Cowgill, George, "Computer Analysis of Archaeological Data from Teotihuacan, Mexico", en Sally y Lewis Binford, eds., *New Perspectives in Archaeology*, Nueva York, 1968.

———, "Métodos para el estudio de las relaciones espaciales en los datos de la superficie de Teotihuacan", en Beatriz de la Fuente, *Teotihuacan*, UNAM, México, 1987.

Cowgill, George, "An update on Teotihuacan", *Antiquity,* núm. 82, Society for American Archaeology, Washington, pp. 962-975.

Díaz Oyarzábal, Clara Luz, *Chingú*, INAH, México, 1980 (Colección Científica, núm. 90).

Eckholm, Gordon, "Ceramic Stratigraphy at Acapulco, Guerrero", en *El Occidente de México*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1948.

Fuente, Beatriz de la, *Teotihuacan,* UNAM, México, 1987.

Gamio, Manuel, *La población del Valle de Teotihuacan*, 3 vols., Secretaria de Agricultura y Fomento, México, 1922.

García Cook, Ángel, *El desarrollo cultural en el norte del valle poblano: inferencias*, INAH, México, 1976 (Departamento de Monumentos Prehispánicos, núm. 1).

García Moll, Roberto, "Tlatilco, prácticas funerarias", *Arqueología Mexicana*, vol.VII, núm. 40, México, 1999.

Gómez Chávez, Sergio, *La Ventilla, un barrio de la antigua ciudad de Teotihuacan*, ENAH, México, 2000 (tesis).

Harris, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica*, Siglo XXI Editores, México, 1994.

Heyden, Doris, "An Interpretation of the Cave Underneath the Pyramid of the Sun in Teotihuacan, Mexico", *American Antiquity*, vol. 40, núm. 2, Society for American Archaeology, Washington, 1975.

Kelly, Isabel, y Eduardo Matos Moctezuma, "Una vasija que sugiere relaciones entre Teotihuacan y Colima", en *The Archaeology of West Mexico,* Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, México, 1974.

Kidder, A.V., J. D. Jennings y E. M. Shook, *Kaminaljuyu*, Carnegie Institution of Washington, 1946 (Pub. 561).

Linné, Sigvald, *Archaeological Researches at Teotihuacan, Mexico*, The Ethnographical Museum of Sweden, Estocolmo, 1934 (New Series, Publication No. 1).

Manzanilla, Linda, *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyahualco*, 2 vols, UNAM-IIA, México, 1993.

Manzanilla, Linda, "Armonía en el tiempo y el espacio", *Arqueología Mexicana*, vol. I, núm. 1, abril-mayo, México, 1993.

———, "Teopancazco: un conjunto residencial teotihuacano", *Arqueología Mexicana*, vol. XI, núm. 64, noviembre-diciembre, México, 2003.

Manzanilla, Linda, y Carlos Serrano, *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses*, UNAM-IIA-DGAPA, México, 2003.

McClung de Tapia, Emily, "Aspectos ecológicos del desarrollo y la decadencia de Teotihuacan", *Anales de Antropología*, núm. 15, UNAM, México, 1978.

———, *Ecología y cultura en Mesoamérica*, UNAM, México, 1984.

———, "Patrones de subsistencia urbana en Teotihuacan", en Beatriz de la Fuente, *Teotihuacan*, UNAM, México, 1987.

———, "De la subsistencia al disfrute", *Arqueología Mexicana*, vol. I, núm. 1, abril-mayo, México, 1993.

———, "El paisaje prehispánico del valle de Teotihuacan", *Arqueología Mexicana*, vol. XI, núm. 64, noviembre-diciembre, México, 2003.

Matos Moctezuma, Eduardo, "Estudio de la agricultura y su relación con los patrones de asentamiento", en *Cholula: reporte preliminar*, Editorial Nueva Antropología, México, 1967, pp. 49-57.

———, "El proceso de desarrollo en Mesoamérica", en *Teorías, métodos y técnicas en arqueología*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, s/f., pp. 161-175.

———, "Notas sobre el proceso de desarrollo en el centro de México", *Nueva Antropología*, núm. 12, México, 1979, pp. 93-110.

———, *Teotihuacan*, Lunwerg y Jacabook, Barcelona-Madrid y Milán, 1990.

———, *Reflexiones en el tiempo*, UNAM, México, 1993 (Colección de Arte, núm. 47).

———, "Excavaciones recientes en la Pirámide del Sol, 1993-1994", en *Artes de México. La pirámide del Sol, Teotihuacan (Antología)*, Instituto Cultural Domecq, México, 1993, pp. 312-329.

———, "Surgimiento y caída de Teotihuacan: dos hipótesis", en

Arqueología Mesoamericana. Homenaje a William T. Sanders, tomo I, INAH-Arqueología Mexicana, México, 1996, pp. 209-212.

Matos Moctezuma, Eduardo, "Huehuetéotl-Xiuhtecutli en el centro de México", *Arqueología Mexicana,* vol. 10, núm. 56, julio-agosto, México, 2002, pp. 58-63.

———, "El México prehispánico", en *Enciclopedia Temática Universal. Más actual Siglo XXI,* Centro de Estudios para el Desarrollo de México, México, 2004.

———, "Arquitectura, hombres y dioses. La línea oblicua en la arquitectura religiosa de Mesoamérica", en *Acercarse y mirar. Homenaje a Beatriz de la Fuente,* UNAM, México, 2004.

Millon, René, "Irrigation at Teotihuacan", *American Antiquity,* vol. 20, Salt Lake City, 1954, pp. 177-180.

———, "Irrigation System in the Valley of Teotihuacan", *American Antiquity,* vol. 23, Salt Lake City, 1957.

———, "Extensión y población de la ciudad de Teotihuacan en sus diferentes periodos: un cálculo provisional", en *Teotihuacan. XI Mesa Redonda,* Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1966.

———, *Urbanization at Teotihuacan,* vol. 1, partes 1-2, University of Texas Press, Austin, 1973.

———, "Teotihuacan: City, State, and Civilization", en *Handbook of Middle American Indians,* University of Texas Press, Austin, 1981.

———, "The Place Where Time Began", en *Teotihuacan, Art from the City of the Gods,* Thames and Hudson, The Fine Arts Museum of San Francisco, 1993.

Olivé, Julio César, "Estructura y dinámica de Mesoamérica", *Acta Anthropologica,* época 2, vol. 1, núm. 3, México, 1958.

Parsons, Jeffrey, *et al., Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of Mexico,* University of Michigan, Ann Arbor, 1982 (Memoirs of the Museum of Anthropology, núm. 14).

Pasztory, Esther, "The Iconographic of Teotihuacan Tlaloc", *Studies in Pre-Columbian Arts and Archaeology,* núm. 15, Dumbarton Oaks, Washington DC, 1974.

Pasztory, Esther, "Teotihuacan Unmasked: a View Through Art", en *Teotihuacan, Art from the City of the Gods,* Thames and Hudson, The Fine Arts Museum of San Francisco, 1993.

Piña Chán, Román, *Tlatilco,* INAH, México, 1958 (Serie Investigaciones, núms. 1 y 2).

———, *Mesoamérica,* INAH, México, 1960 (Memoria núm. 6).

Rattray, Evelyn, "La cerámica de Teotihuacan: relaciones externas y cronología", *Anales de Antropología,* núm. 15, UNAM, México, 1979.

———, "Los barrios foráneos de Teotihuacan", en *Teotihuacan,* UNAM, México, 1987.

Sánchez Saldaña, Patricia, *Cuicuilco, estudio osteológico de la población prehispánica,* ENAH, México, 1971 (tesis).

Sanders, William, *The Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley: a Preliminary Report of the Results of the Teotihuacan Valley Project,* Pennsylvania State University Press, 1965.

———, "Life in a Classic Village", en *Teotihuacan. XI Mesa Redonda,* Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1966.

Sanders, William, J. Parsons y R. S. Santley, *The Basin of Mexico,* New York Academic Press, Nueva York, 1979.

Schavelzon, Daniel, *La pirámide de Cuicuilco,* Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

Sejourné, Laurette, *Un palacio en la Ciudad de los Dioses,* INAH, México, 1959.

Serra, Mari Carmen, y Sugiura Yamamoto, "Terremote-Tlaltenco, DF", *Anales de Antropología,* núm. 21, UNAM, México, 1979.

Spence, Michael, "The Obsidian Industry of Teotihuacan", *American Antiquity,* vol. 23, núm. 4, 1967.

———, "The Scale and Structure of Obsidian Production in Teotihuacan", en Beatriz de la Fuente, *Teotihuacan,* UNAM, México, 1987.

Staino, Sergio, y José Canziani, *Los orígenes de la ciudad,* Ediciones INDEA, Lima, 1984.

Stuart, George, "Las criptas reales de Copán", *National Geographic,* vol. I, núm. 2, diciembre, 1997.

Sugiyama, Saburo, *Human Sacrifice, Militarism, and Rulership*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005 (New Studies in Archaeology).

Sugiyama, Saburo, y Rubén Cabrera, "Hallazgos recientes en la Pirámide de la Luna", *Arqueología Mexicana,* vol. XI, núm. 64, noviembre-diciembre, México, 2003.

Taube, Karl, "Climbing Flower Mountain: Concepts of Resurrection and the Afterlife at Teotihuacan", en *Arqueología e historia del Centro de México. Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma*, INAH, México, 2006, pp. 153-170.

Terray, Emmanuel, *El marxismo ante las sociedades primitivas*, Losada, Buenos Aires, 1971.

Urcid, Javier, "Las urnas del barrio zapoteca de Teotihuacan", *Arqueología Mexicana*, vol. XI, núm. 64, noviembre-diciembre, México, 2003.

Weitlaner, Roberto, "Exploración arqueológica en Guerrero", en *El Occidente de México*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1948.

Wiesheu, Walburga, *Religión y política en la transformación urbana*, INAH, México, 2002 (Serie Científica, núm. 446).

Créditos de figuras y láminas

Lámina 1. Pirámide y plaza de la Luna. Zona arqueológica de Teotihuacan, Estado de México. D. R. © Carlos Blanco/Arqueología Mexicana/ Raíces, 2009.

Lámina 2. La Pirámide del Sol vista desde la Ciudadela. Archivo fotográfico Manuel Toussaint, Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM (en adelante AFMT-IIE).

Lámina 4. Vista general de Teotihuacan (AFMT-IIE).

Lámina 7. Estructura al pie de la Pirámide de la Luna que muestra la imagen del universo en el plano horizontal (AFMT-IIE).

Lámina 12. Vasija ceremonial con felinos, pintada al fresco (AFMT-IIE).

Lámina 13. Vasija con motivos mayas. Fotografía de Maribel Morales (AFMT-IIE).

Lámina 15. Máscara antropomorfa. Teotihuacan, Clásico Tardío, piedra verde y concha. Litoteca, Zona arqueológica de Teotihuacan. D. R. © Marco Antonio Pacheco/Arqueología Mexicana/ Raíces, 2009.

Láminas 15 y 16. Máscaras de piedra. Fotografía de Maribel Morales (AFMT-IIE).

Lámina 19. Figura articulada en cerámica (AFMT-IIE).

Lámina 20. Dios Viejo, Huehuetéotl. Teotihuacan, Clásico, piedra pómez. Unidad de Salvamento Arqueológico de Teotihuacan. D. R. © Marco Antonio Pacheco/Arqueología Mexicana/ Raíces, 2009.

Lámina 21. Brasero "tipo teatro". Teotihuacan, Clásico Temprano, cerámica. Museo de sitio de Teotihuacan. D. R. © Marco Antonio Pacheco/Arqueología Mexicana/Raíces, 2009.

Lámina 22. Entierro colectivo; los individuos con las manos atadas a la espalda. Fotografía de Catalina Hernández (AFMT-IIE).

Lámina 23. Detalle del entierro; individuo con collar formado

por mandíbulas humanas. Fotografía de Catalina Hernández. (AFMT-IIE).

Lámina 24. Detalle de rostro en el Templo de Quetzalcóatl (AFMT-IIE).

Lámina 25. Detalle de la Pirámide de la Serpiente Emplumada. Zona arqueológica de Teotihuacan. D. R. © Marco Antonio Pacheco/Arqueología Mexicana/Raíces, 2009.

Lámina 26. Deidad arrojando dones a la tierra, Tetitla (AFMT-IIE).

Lámina 27. Dibujo de la pintura de deidad arrojando dones a la tierra. Demetrio Sodi (AFMT-IIE).

Lámina 28. Representación policroma de ave con pectoral (AFMT-IIE).

Lámina 30. Ave policromada con escudo y dardos (AFMT-IIE).

Lámina 31. Reproducción del mural de los "animales mitológicos" de la Calle de los Muertos (AFMT-IIE).

Lámina 32. Reproducción de la pintura mural de la Casa Barrios, en la que se representa un guerrero armado con escudo y dardos (AFMT-IIE).

Lámina 33. Sacerdote arrojando granos a la tierra en un ritual agrario, Tepantitla. Fotografía de Gerardo Vázquez (AFMT-IIE).

Lámina 34. Guerrero armado con dardos (AFMT-IIE).

Lámina 35. Xochiquétzal, pintura mural de Tepantitla, Teotihuacan, Estado de México. Reproducción de Agustín Villagra Caleti, Sala Teotihuacan, Museo Nacional de Antropología. D. R. © Marco Antonio Pacheco/Arqueología Mexicana/Raíces, 2009.

Lámina 36. Detalle de *El Tlalocan,* Tepantitla, Teotihuacan. Reproducción de Agustín Villagra. Sala Teotihuacan, Museo Nacional de Antropología. D. R. © Agustín Uzárraga/Arqueología Mexicana/Raíces, 2009.

Los dibujos incluidos en el libro fueron retrazados por Samuel Morales Hernández. Tanto las láminas como las figuras son reproducidas con autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Teotihuacan, de Eduardo Matos Moctezuma, se terminó de imprimir y encuadernar en junio de 2009 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C.V. (IEPSA), Calz. San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su composición, elaborada por *Lorenzo Javier Ávila* en el Departamento de Integración Digital del FCE, se usaron tipos Bembo de 15, 12, 11:13, 10:13 y 9:10 puntos. La edición consta de 3000 ejemplares.

Teotihuacan es la primera gran ciudad del centro de México. Surgida en los albores de nuestra era, Teotihuacan dejará su influencia en diversas regiones de Mesoamérica. Fue contemporánea de ciudades tan importantes como Monte Albán, en Oaxaca; Palenque y Yaxchilán, en Chiapas, y Cholula, en Puebla. Durante siete siglos se desarrolló y fue la ciudad con mayor número de habitantes, en una extensión de 22 kilómetros cuadrados. La ciudad estaba dividida en dos ejes y en ella vemos los comienzos de toda una serie de características, tanto religiosas como de organización social, que posteriormente adoptarán las culturas que se asentaron en el centro de México. Ciudad cosmopolita, en ella se encontró presencia de otras culturas como la maya y la zapoteca.

¿Cómo surgió Teotihuacan? ¿Cuáles fueron los factores que determinaron su colapso hacia el año 750 d.C.? El arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma nos lleva a lo largo de estas páginas por los senderos de esta urbe que marcó una serie de características que dejaron su huella en diversas sociedades mesoamericanas.

Eduardo Matos Moctezuma realizó estudios de arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Ha trabajado en sitios como Teotihuacan, Cholula, Tula, Tlatelolco y Tenochtitlan. Es investigador emérito del INAH y miembro de El Colegio Nacional. En el FCE ha publicado *Tenochtitlan*, *Muerte a filo de obsidiana*, *Vida y muerte en el Templo Mayor*, *Vida, pasión y muerte de Tenochtitlan* y *La piedra del Sol*. En 2008 fue reconocido con el Premio Nacional de Ciencias y Artes.

www.fondodeculturaeconomica.com

9 786071 600820

BY NC ND